Experiencias en Grupos

W. R. Bion

Grupos e Instituciones

PAIDOS

Este libro de W. R. Bion aporta una perspectiva nueva, fundamental y revolucionaria para el conocimiento y conducción del grupo en aspectos vinculados con su origen y estructura. Proporciona las bases para integrar el enfoque psicoanalítico clásico —focalizado sobre el individuo— con los conceptos kleinianos de identificación proyectiva y con las técnicas y conceptos del enfoque de la dinámica de grupo. Las observaciones de Bion acerca de los contenidos y tono de los intercambios entre paciente y paciente y entre los pacientes y el terapeuta en el grupo terapéutico, el significado de lo que se dice y de lo que no se dice, de la mímica y de los silencios, le han permitido establecer un repertorio de conceptos que hacen comprensibles conductas aparentemente extrañas e indescifrables. Entre estos conceptos, se destaca el hoy ya clásico de *supuesto básico* (fantasía colectiva y unitaria subyacente). La comprensión de la mentalidad de grupo que Bion suministra en esta obra enriquece la fundamentación racional de los procedimientos para la terapia de grupo y sirve al terapeuta para establecer su propio rol en éste y la naturaleza de sus interpretaciones.

14304
9 788475 090207

www.paidos.com

PAIDOS

grupos e instituciones

Dirigida por Ida Butelman

M. Grotjahn
EL ARTE Y LA TECNICA
DE LA TERAPIA GRUPAL ANALITICA

J. Chazaud
INTRODUCCION A LA TERAPEUTICA INSTITUCIONAL

W. R. Bion
EXPERIENCIAS EN GRUPOS

A. Dellarossa
GRUPOS DE REFLEXION

W. R. Bion

Experiencias en grupos

editorial paidós
Buenos Aires

Título del original inglés
EXPERIENCES IN GROUPS
AND OTHER PAPERS

Publicado por
TAVISTOCK PUBLICATIONS

Traducción de
ÁNGEL NEBBIA

Supervisión de
JANINE PUGET y MARTHA GUASTAVINO

IMPRESO EN LA REPUBLICA ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la Ley Nº 11.723

5ª edición, 1979

©

Copyright de todas las ediciones en castellano by

EDITORIAL PAIDOS
S.A.I.C.F.
Defensa 599, 1er. piso. Buenos Aires

ÍNDICE

PÁG.

AGRADECIMIENTO 9

INTRODUCCIÓN 11

CONSIDERACIONES PREVIAS

TENSIONES INTRAGRUPO EN LA TERAPIA 15
Su estudio como tarea del grupo, 15. Un esquema para la rehabilitación (W.R.B.), 15. Disciplina para el neurótico, 16. El experimento, 18. Algunos resultados, 20. Comentario, 23. Aplicación de la terapia de grupo en un pequeño pabellón (J.R.), 24. Conclusiones, 26.

EXPERIENCIAS EN GRUPOS

I 31

II 40

III 53

IV 66
El grupo de dependencia, 66. El odio al aprendizaje por experiencia, 73.

V 78
El grupo de trabajo, 81.

VI 94
Valencia, 95. El dilema del individuo, 96. El dual del *sbD*, 97. Ansiedad del grupo de trabajo, 99. La causa de la ansiedad, 100. Oscilación emocional en un grupo, 101.

Pág.

VII 103
Escisión, 103. Otros puntos de vista sobre grupos, 104.

REVISIÓN

Dinámica de grupo 115
El grupo de trabajo, 116. Los supuestos básicos, 119. Características comunes a todos los grupos de supuesto básico, 124. Formas aberrantes del cambio de un supuesto básico a otro, 126. El grupo especializado de trabajo, 127. Supuestos básicos, tiempo y desarrollo, 128. Relación entre un supuesto básico y otro, 129. Resumen, 134. El punto de vista psicoanalítico, 135. Comunicación verbal, 150. Sumario, 152.

AGRADECIMIENTO

Agradezco a las siguientes personas su autorización para reimprimir los trabajos reunidos en este volumen: al editor del *Lancet* por "Tensiones intragrupales en terapia" (*Lancet*, 27 de noviembre de 1943); al director y a la comisión editorial de *Human Relations* por "Experiencias en grupos, 1 - VII" (*Human Relations*, Vols. 1-IV, 1948, 1951); al editor del *International Journal of Psycho-Analysis*, por "Dinámica de grupo: revisión" (*International Journal of Psycho-Analysis*, Vol. XXXIII, Pt. 2, 1952).

INTRODUCCION

Estos artículos han despertado un interés mayor del que yo esperaba. En consecuencia, numerosas solicitudes quedaron sin complacer por falta de ejemplares.

Ahora comprendo que la mejor solución hubiera consistido en reimprimirlos desde un primer momento. Me negaba, empero, a hacerlo sin introducir las modificaciones dictadas por experiencias posteriores. Sin embargo, la reelaboración casi nunca es afortunada, y puede perderse mucho con la exclusión de teorías expuestas a modo de ensayo, demostrativas de cómo evolucionan las ideas. Por consiguiente, los artículos se han reimprimido sin alteración. Podrá comprobarse que dos de ellos no corresponden a las series que aparecieron originalmente en *Human Relations*; el primero se incluye porque explica los orígenes de mi creencia de que este estudio merecería una prueba adicional; y el último, porque sintetiza ciertas conclusiones que me habría gustado elaborar con mayor detalle, y que puede que otros intenten desarrollar. Tengo además una razón puramente personal para expresar mi reconocimiento por la colaboración con John Rickman y la inspiración que siempre engendraron su generosidad y su entusiasmo.

Lamento no haber discutido los problemas de soberanía y poder. En pequeños grupos similares a los empleados aquí, dichos temas no logran madurez. La forma madura es extrínseca y se impone en el grupo sólo en forma de invasión provocada por otro grupo. Si cuento con el tiempo necesario espero discutir estos problemas en un volumen futuro, donde consideraré asimismo las fuentes extraeconómicas del valor monetario, que no sólo son importantes como tales, sino que a través de la influencia que ejercen sobre la economía, contribuyen en forma significativa a la dinámica de la soberanía y el poder.

Como psicoanalista, me sorprende el hecho de que el enfoque psicoanalítico, a través del individuo, y el que describen estos estudios, a través del grupo, abarcan diferentes facetas del mismo fenómeno. Los dos métodos proporcionan una visión binocular rudimentaria. Las observaciones corresponden a dos categorías cuya afinidad se nota a través de ciertos fenómenos que, al ser examinados con nuestro método, se centran

en la situación edípica, relacionada con el grupo de emparejamiento; cuando se examinan con el otro, se centran en la esfinge, en relación con los problemas del conocimiento y del método científico.

Mi labor actual, que espero publicar, me ha convencido de la importancia capital de las teorías de Melanie Klein sobre la identificación proyectiva y el interjuego entre las posiciones esquizo-paranoide y depresiva.

Sin la ayuda de estas teorías dudo que sea posible avanzar en el estudio de los fenómenos de grupo. Me permito llamar particularmente la atención sobre el último capítulo, donde se encontrará un bosquejo del papel que desempeñan los mecanismos con los que se relacionan esas teorías.

CONSIDERACIONES PREVIAS

TENSIONES INTRAGRUPO EN LA TERAPIA

SU ESTUDIO COMO TAREA DEL GRUPO [1]

El término "terapia de grupo" puede tener dos significados. Puede referirse al tratamiento de un número de individuos reunidos para realizar sesiones terapéuticas especiales, o a un esfuerzo planeado para descubrir las fuerzas que en un grupo llevan a una fácil actividad cooperativa.

La terapia de los individuos reunidos en grupo es generalmente una explicación del trastorno neurótico —explicación que se da unida al apoyo y que a veces depende principalmente del efecto catártico de la confesión pública. La terapia de grupo depende de la adquisición del conocimiento y de la experiencia de los factores que condicionan un buen espíritu de grupo.

UN ESQUEMA PARA LA REHABILITACIÓN (W. R. B.)

En el tratamiento individual, la neurosis se presenta como un problema del individuo. En el tratamiento grupal debe presentarse como problema del grupo. Esta fue la meta que me propuse al hacerme cargo del sector de adiestramiento de un hospital psiquiátrico militar. Por lo tanto, mi primera tarea fue investigar qué significaría el logro de este objetivo, en términos de horarios y organización. No pude entregarme a esta labor en una atmósfera calma y recogida. Ni bien me senté ante mi escritorio comenzaron a acosarme problemas urgentes planteados por pacientes importunos u otras personas. ¿Vería a los N C O a cargo del sector de adiestramiento para explicarles sus obligaciones? ¿Visitaría al paciente A que tenía una necesidad urgente de salir por 48 horas para ver a un viejo amigo que acababa de regresar del Medio Oriente? Por otra parte, el paciente B necesitaría consejo, pues a causa de un infortunado atraso del tren, parecía como si hubiese prolongado su licencia más allá de lo convenido. Y así sucesivamente.

Una hora con este tipo de problemas me convenció de que lo que

[1] Escrito en colaboración con John Rickman.

hacía falta era disciplina. Exasperado por lo que sentía como una postergación de mi tarea, me puse a considerar este problema.

Disciplina para el neurótico

Bajo el mismo techo se reunían de 300 a 400 hombres, que ya en sus unidades gozaban del beneficio de los valores terapéuticos implícitos en la disciplina militar, la buena alimentación y la atención regular, todo lo cual no había bastado para mantenerlos alejados del hospital psiquiátrico.

Tales casos constituyen la totalidad de la población de un hospital psiquiátrico, y cuando llegan al sector de entrenamiento, no están sujetos siquiera a la mínima restricción, como podría ser el confinamiento en cama.

Hacía falta, pues, un tipo de disciplina similar a la que logra en el campo de batalla un oficial de experiencia al mando de un *batallón desorganizado*. ¿Pero en qué consiste dicha disciplina? Dada la urgente necesidad de acción, busqué, y encontré, una hipótesis de trabajo, a saber, que tal disciplina depende de dos factores fundamentales: 1) la presencia del enemigo, que ofrece un peligro y un objetivo comunes; y 2) la presencia de un oficial que, por su experiencia previa, conozca en parte sus propias faltas, respete la integridad de sus hombres y no tema su simpatía ni su hostilidad.

Un oficial que aspire a ser el psiquiatra a cargo de un sector de rehabilitación debe saber lo que es ocupar una posición responsable en un momento en que la responsabilidad significa enfrentar cuestiones de vida o muerte. Debe saber cómo ejercer autoridad en circunstancias que hacen a sus compañeros incapaces de aceptarla, a menos que quien la tenga aparezca como digno de ejercerla. Debe saber lo que significa vivir en estrecha relación emocional con sus camaradas. En suma, debe conocer la vida que lleva un oficial combatiente. Un psiquiatra que conozca esto se ahorrará al menos el craso error de pensar que los pacientes son carne de cañón en potencia y como tal deben ser devueltos a sus unidades. Comprenderá que su tarea consiste en producir hombres que se respeten a sí mismos, socialmente adaptados a la comunidad, y que, en consecuencia, acepten voluntariamente sus responsabilidades tanto en tiempo de paz como de guerra. Sólo así podrá verse libre de profundos sentimientos de culpabilidad que entorpecen cualquier esfuerzo en pro de un tratamiento eficaz.

¿Cuál es el peligro común que comparten los hombres en el sector de rehabilitación? ¿Qué objetivo podría unirlos?

No fue difícil encontrar un peligro común. Toda clase de extravagancias neuróticas amenazan constantemente el trabajo del psiquiatra o de cualquier institución destinada al tratamiento de perturbaciones neuróticas. El peligro común en el sector de *entrenamiento* era la existencia de la neurosis como una incapacidad de la comunidad. Me encontraba, pues, de nuevo en mi punto de partida, la necesidad, en el tratamiento de un grupo, de considerar la neurosis como un problema del grupo. Pero gracias a mi incursión en el problema de la disciplina, había hecho dos nuevas adquisiciones. La neurosis debe ser enfocada como un peligro para el grupo; y ocuparse de ella debe constituir, de alguna manera, el objetivo común del grupo.

¿Pero cómo podría convencer al grupo de que debía encarar las manifestaciones neuróticas como un problema común?

El paciente neurótico no siempre desea tratarse, y cuando en última instancia su desesperación lo lleva a hacerlo, no está aún completamente convencido. Esta reticencia ha sido reconocida en el estudio de la resistencia y de otros fenómenos similares; pero lo que no se ha admitido es la existencia de mecanismos semejantes dentro de las sociedades.

La sociedad no se ha visto aún en la necesidad de buscar tratamiento psicológico para tales desórdenes porque no ha adquirido suficiente "insight" [1] de sus dificultades.

Había que organizar el sector de *adiestramiento* de manera que, al menos, no obstaculizara el aumento de "insight" y mejor aún si se podía poner de relieve la forma en que el comportamiento neurótico acrecienta las dificultades de la comunidad, destruyendo la felicidad y la eficiencia.

Si podía demostrar que los desórdenes de la comunidad eran resultado de la neurosis, la neurosis misma sería considerada digna del estudio y del ataque. Así se adelantaría en el camino de superar la resistencia en la sociedad.

El sector de entrenamiento debía cumplir con dos requisitos militares de menor importancia, pero eminentemente prácticos. La organización debía, en lo posible, facilitar un medio para comprobar el progreso de los pacientes, de modo tal que el psiquiatra pudiera decir si un hombre podía ser dado de alta.

También sería útil tener indicios acerca de la orientación del paciente, de su motivación efectiva, para poder tener una idea del tipo de trabajo hacia el cual cabía orientarlo una vez dado de alta.

[1] "Insight" palabra utilizada en la literatura psicoanalítica para significar visión interior - percepción interior - conciencia de enfermedad.

Me resultó útil visualizar la proyectada organización del sector de entrenamiento como si fuera una armazón limitada por paredes transparentes. Se admitiría al paciente en ese espacio, y las actividades se organizarían dentro del mismo de tal manera que aquél pudiera moverse libremente en cualquier dirección, según la resultante de sus impulsos conflictuales. Sus movimientos no debían ser perturbados, en lo posible, por ninguna interferencia externa. Como resultado, se podría confiar en que su conducta daría una indicación adecuada de sus verdaderos deseos y objetivos, como opuestos a los objetivos que él mismo proclamara o que el psiquiatra le atribuyera.

Era de esperar que algunas de las actividades organizadas en el "espacio" serían claramente bélicas, otras de tipo netamente civil y por fin otras serían la mera expresión de la impotencia neurótica. A medida que se viera cómo el progreso del paciente se da a lo largo de una u otra de estas líneas, se podría apreciar con bastante objetividad su "debe y haber", para decirlo con la expresión del mayor Eric Wittkower, en la esfera de selección de oficiales. Según sus progresos se orientaran hacia una u otra de las posibles salidas de ese espacio imaginario, se podría emitir juicio sobre su verdadero objetivo.

Al mismo tiempo, la organización podría ser empleada para ampliar el objetivo principal del sector de entrenamiento: la educación y entrenamiento de la comunidad en los problemas de las relaciones interpersonales. Si fuera posible aproximarse a la construcción teórica, esto permitiría que los miembros del sector de entrenamiento se colocaran, por así decirlo, fuera del marco y contemplaran objetivamente y con una comprensión creciente la dinámica de los problemas en consideración.

El experimento

Se reunió al sector de entrenamiento, integrado por varios centenares de hombres, y se le comunicó que en el futuro se aplicaría el siguiente reglamento:

1. Todos los hombres deberían realizar una hora diaria de entrenamiento físico, a menos que un certificado médico los eximiera.
2. Todos los hombres deberían ser miembros de uno o más grupos destinados al estudio de un oficio, cursos de correspondencia del ejército, carpintería, lectura de mapas, etc.
3. Cualquiera que lo deseara podría formar un nuevo grupo, ya por no existir un grupo adecuado a su actividad particular o porque, por una u otra razón, no pudiera unirse a un grupo similar existente.
4. El que se sintiera incapaz de ir con un grupo, tendría que ir a la sala de descanso.
5. La sala de descanso estaría a cargo de una enfermera asistente; se tendría allí la tranquilidad necesaria para dedicarse a leer, escribir o a entrenamientos tales como el juego de damas. Se podría hablar en voz baja, con permiso de la enfermera, pero los otros pacientes no deberían ser perturbados. Habría divanes a disposición de los pacientes que no se sintieran aptos para ninguna actividad y desearan recostarse.

   Como medida de rutina, la enfermera tomaría los nombres de todos aquellos que estuvieran en la sala de descanso.

Se anunció también que todos los días a las 12.10 se pasaría revista para hacer anuncios o tomar otras disposiciones relativas al sector de entrenamiento. Sin saberlo los pacientes, la intención implícita en esta reunión, estrictamente limitada a treinta minutos, era la de dar la oportunidad a los hombres para que salieran de sus respectivos marcos referenciales y consideraran sus propias actividades como si fueran nuevos espectadores. En suma, éste debía ser el primer paso hacia la elaboración de seminarios terapéuticos.

Durante los primeros días hubo pocas novedades, pero era obvio que empezaba a nacer entre los pacientes un amplio proceso de discusión y pensamiento. Las primeras reuniones de las 12.10 fueron poco más que intentos de juzgar la sinceridad de las propuestas; más adelante comenzaron a formarse grupos dispuestos a colaborar a conciencia. Entre las actividades más notorias surgió la de realizar un programa de grupo en el que se llevaría el registro de las horas de trabajo y lugares de reunión de los grupos, a fin de hacer anuncios y distribuir entradas para conciertos gratuitos y otros espectáculos similares. En breve, la sala donde se exhibían los programas para mostrar, por medio de banderines colocados en los registros de trabajo, las actividades de cada hombre en el sector de entrenamiento, que ahora crecía rápidamente, adquirió características primaverales con la exhibición de banderines multicolores con diagramas sugeridos por la inventiva de los pacientes. A raíz de una feliz idea se prepararon banderines adicionales con una calavera y tibias cruzadas, para aquellas personas que no podían concurrir pese a no estar de retiro.

La existencia de esta espléndida exhibición dio cauce a lo que, probablemente, fue el primer intento de cooperación terapéutica en una reunión de las 12.10. Al realizar mis visitas a los grupos, había estable-

cido el hábito de alejar momentáneamente de su trabajo a uno o dos hombres y los llevaba conmigo "sólo para ver cómo vive el resto del mundo". Esto me permitió comunicar en dicha reunión un hecho interesante observado por mí mismo y por otros que me habían acompañado en las visitas. A saber, la actividad era muy escasa pese a que había muchos grupos y cada hombre gozaba de una libertad casi total para seguir los dictados de sus propias inclinaciones siempre que su propuesta fuese práctica. El taller de carpintería contaba con uno o dos hombres como máximo; el de cuidado de autos, con otro tanto; en suma, sugerí que el sector de entrenamiento daba la sensación de ser sólo una fachada sin nada detrás. Esto, dije, parecía extraño, porque yo recordaba cómo, en un principio, los pacientes del sector de entrenamiento se habían quejado amargamente de lo que consideraban el mayor defecto del ejército: la "patraña" que éste encerraba. En consecuencia, la presencia de algo similar dentro del sector de entrenamiento merecería ser estudiada y discutida.

Ante este anuncio el auditorio pareció sentirse "descubierto". Presenté la discusión de este problema como un asunto de responsabilidad común, y no como algo que me concernía solamente a mí, como funcionario.

Con sorprendente rapidez el sector de entrenamiento comenzó a volverse autocrítico. La libertad de movimientos que la organización original permitía dio lugar a que las características neuróticas de la comunidad se mostraran con dolorosa claridad. A los pocos días los hombres se quejaban de que los pabellones (considerados hasta entonces como impecables) estaban sucios y no se los podía conservar limpios bajo el rutinario sistema de una hora para el trabajo en el pabellón. Solicitaron, y se les permitió organizar, dentro de los programas del grupo, un "grupo de orden", cuyos deberes consistían en mantener los pabellones limpios durante todo el día. Gracias a esto, en la siguiente inspección semanal, el Oficial Comandante del hospital comprobó que la limpieza había aumentado en un grado sorprendente.

Algunos resultados

Es imposible detallar la marcha de todos los aspectos terapéuticos de la organización; pero daremos dos ejemplos de los métodos empleados y los resultados que se obtuvieron.

A poco de comenzar el nuevo planeamiento, los hombres empezaron a quejarse de que los pacientes se aprovechaban de la falta de exigencias

de la organización. "Sólo un 20 por ciento de los hombres", decían "toma parte en las actividades y trabaja realmente; el 80 por ciento restante es un conjunto de holgazanes". Se quejaban de que con frecuencia la sala de descanso no sólo estaba llena de gente que simplemente pasaba el tiempo, sino que incluso ciertos hombres habían dejado a un lado la sala de descanso. Yo conocía esta situación, pero rehusé al menos aparentemente responsabilizarme de su modificación. En cambio señalé que en una reunión del Consejo Militar para Asuntos de Actualidad, celebrada algunas semanas antes, se había considerado precisamente ese problema, es decir, el de la existencia dentro de las comunidades (y la comunidad en discusión era la Rusia Soviética) de individuos que no cooperaban, como en nuestro caso, y del problema que su presencia planteaba a la sociedad. ¿Por qué, entonces, se mostraban tan sorprendidos y ofendidos al descubrir que este mismo problema afligía al sector de entrenamiento?

Esta mesurada respuesta no satisfizo a los quejosos. Ellos deseaban que los culpables fueran castigados, o tratados de otra manera. A eso respondí que, sin duda, los mismos que se quejaban tenían también síntomas neuróticos; de lo contrario no estarían en el hospital. ¿Por qué sus perturbaciones debían ser tratadas de una manera y las del "80 por ciento" de otra? Después de todo, el problema del "80 por ciento" no era nuevo: magistrados, oficiales de justicia, asistentes sociales, la Iglesia y los hombres de Estado habían intentado solucionarlo en la vida civil, algunos de ellos a través de la disciplina y el castigo.

El "80 por ciento", sin embargo, aún estaba con nosotros. ¿No se debería a que no se había aclarado plenamente la naturaleza del problema y ellos (los quejosos) no estarían tratando de precipitar una curación antes de que la enfermedad fuera diagnosticada? Al parecer, dije, el problema no sólo concernía al sector de entrenamiento, o aun solamente al ejército, sino que tenía amplias implicaciones en toda la sociedad. Sugerí que los interesados lo estudiaran y volvieran con nuevas propuestas cuando consideraran que comenzaban a ver claro.

A esta altura conviene señalar que mi determinación de no intentar la solución de ningún problema hasta que sus alcances no hubieran sido claramente delimitados, ayudó a crear, después de una impaciencia vivaz y saludable, la real convicción de que la unidad iba a considerar su tarea con seriedad científica. Un crítico afirmó que con tal sistema de paciente observación sería sumamente lento obtener resultados, en caso de que al final se lograra alguno. Se le respondió recordándole que sólo pocos días antes él mismo había señalado espontáneamente que la disciplina militar y las obligaciones impuestas al sector de entrenamiento habían mejorado más allá de lo que se pudiera esperar en el corto lapso de un mes.

El segundo ejemplo muestra el desarrollo de una idea, desde su primitivo estado de impulsos neuróticos hasta su transformación en actividad práctica y sensata.

El grupo representante de la gran mayoría propuso la formación de una clase de baile. A pesar de que tenía la apariencia de poner a prueba mi promesa referente a darles facilidades para las actividades de grupo, era obvio que esta propuesta hecha por hombres que no participaban en la lucha, llevaba implícito un patético sentimiento de inferioridad hacia la mujer. Se pidió a los miembros de la unidad que hicieran propuestas concretas. No nos detendremos en los pasos que dieron para cumplir con tal solicitud; finalmente las clases se llevaron a cabo durante ciertas horas que generalmente se dedicaban a entretenimientos vespertinos; por propia voluntad de los hombres, se limitaron a aquellos que carecían de todo conocimiento de baile, y la enseñanza estuvo a cargo de miembros del A. T. S. En suma, una propuesta que comenzó como una idea casi impracticable, completamente ajena a cualquier objetivo militar aparentemente serio, terminó en un estudio formal e inofensivo que se realizaba al final de un día de trabajo. Por otra parte, los hombres interesados habían tenido que abordar al primero como disciplina y luego como cortesía social al Oficial Comandante, a los oficiales del A.T.S., y al A.T.S.

Mientras tanto, las revistas de las 12.10 se transformaron rápidamente en reuniones semejantes a las de negocios ágiles y constructivos, a pesar de que el sector recibía en esos momentos fuertes contingentes de nuevos pacientes que desconocían la organización, a la vez que perdía los que recibían el alta, con frecuencia cuando se habían transformado en elementos muy útiles.

Al mes de comenzar la aplicación del esquema se produjeron cambios profundos. Mientras que en un principio parecía casi imposible encontrar maneras de emplear a los hombres, al finalizar el mes resultaba difícil hallar tiempo para realizar todo el trabajo que ellos deseaban hacer. Los grupos ya habían comenzado a funcionar con eficiencia fuera de las horas dedicadas ordinariamente a la revista diaria. Durante un período considerable, salvo en un solo caso, desaparecieron las ausencias que no obedecían a retiro. Los pacientes que no pertenecían al sector de entrenamiento se manifestaron ansiosos de integrarse a él, y a pesar de que la población cambiaba frecuentemente, el sector adquirió un *esprit de corps* inconfundible, que se ponía en evidencia en detalles tales como la vivacidad con que los hombres prestaban atención cuando los oficiales entraban en la sala en que se llevaban a cabo las reuniones de las 12.10. La relación entre los hombres y los oficiales era amistosa y

cooperativa. Los primeros se mostraban deseosos de hacer participar a los oficiales en los conciertos y otras actividades que estuvieran preparando. Daba la impresión, sutil pero inconfundible, de que tanto los hombres como los oficiales estaban empeñados en una tarea importante y valiosa. Aun cuando los hombres no hubiesen captado enteramente la naturaleza de la tarea en la que estaban comprometidos. La atmósfera no difería mucho de la que se observa en nna unidad militar bajo el mando de un general en quien los soldados confían aunque no conozcan sus planes.

Comentario

No es posible extraer muchas conclusiones de un experimento que duró en total seis semanas. No se pudieron considerar a fondo problemas en tan breve tiempo; y otros no se pudieron discutir abiertamente ya que la guerra proseguía.

Se hizo evidente el interés creciente de los hombres, en las reuniones de la 12.10, de mostrar su capacidad de contacto con la realidad y regular sus relaciones con los demás —y con sus tareas— en forma eficiente. Se hizo clara la necesidad de organizar seminarios para terapia de grupo; y asimismo las bases para su establecimiento parecían estar firmemente establecidas.

El concepto total de "ocupación" en el sector de entrenamiento visto como un estudio o un aprendizaje del manejo de las relaciones interpersonales dentro del grupo, pareció justificarse ampliamente como planteo terapéutico. Cualquiera que conozca la dinámica de los buenos regimientos en el campo de batalla, se habría sorprendido ante ciertas similitudes de perspectivas entre los miembros de tales unidades y los hombres del sector de entrenamiento. En este sentido el ensayo pudo ser considerado muy útil; pero había que aprender también otras lecciones.

Se planteaban serias dudas sobre la conveniencia del ambiente hospitalario para la psicoterapia. Era posible proyectar una organización que sería adecuadamente descrita como unidad de entrenamiento psiquiátrico, y, en verdad, se habían realizado algunos intentos de elaboración de una estructura y de un *modus operandi* de tal unidad. También cabían ciertos reajustes de puntos de vista en relación con el psiquiatra. Para que la terapia de grupo alcanzara sus propósitos, parecía necesario que el psiquiatra tuviera el punto de vista y esa especie de capacidad de comprensión intuitiva que caracteriza a un buen comandante de división. De otra manera existiría siempre la sospecha latente de que algunos ofi-

ciales combatientes son mejores psiquiatras y obtienen resultados más eficaces, que los que se han dedicado al campo limitado de la entrevista individual.

Por último, conviene volver a llamar la atención sobre el hecho de que la sociedad, como el individuo, puede negarse a tratar sus trastornos por medios psicológicos hasta que se ve forzada a hacerlo al comprender que, al menos algunos de estos trastornos, son de origen psicológico. La comunidad representada por el sector de entrenamiento tuvo que aprender este hecho antes de ser capaz de utilizar todas sus energías en pos de la autocuración. Lo que se aplica a la pequeña comunidad del sector de entrenamiento puede aplicarse a la comunidad como tal y sera necesario mayor "insight" antes de que pueda obtenerse un sincero respaldo para quienes de esta manera intentan habérselas con los resortes profundamente arraigados de la moral nacional.

Aplicación de la terapia de grupo en un pequeño pabellón (J. R.)

En la división hospitalaria de la mencionada institución se experimentó la nueva terapia de grupo, con pacientes de un pabellón que constaba sólo de 14-16 camas. Cada paciente tuvo una entrevista inicial con el psiquiatra, en la cual su historia personal se obtuvo de la manera usual; después de esto, todas las mañanas se realizaron discusiones de grupo antes de la hora dedicada a la "marcha de rutina"; luego, a medida que los pacientes regresaban a los pabellones, podían acudir a la sala del psiquiatra a discutir en privado lo tratado durante la discusión de grupo —que generalmente era también el tema de conversación durante la marcha—, y sus sentimientos personales al respecto.

Las conversaciones terapéuticas se centraron en la dificultad que tenían los hombres para colocar, antes que el suyo, el beneficio colectivo del grupo al que pertenecían. La discusión de grupo incluyó los siguientes tópicos:

a) Ya que la residencia en este pabellón es temporaria, algunos entran al sector de entrenamiento y otros vienen de la división de admisión para tomar su lugar, ¿cómo se ha de encarar esta situación siempre cambiante? Nosotros —la distinción entre médico y paciente, oficiales y militares de otra graduación, constituyó otro tópico especial— debíamos adaptarnos a gentes que ingresaban en nuestro grupo para quienes la actitud hacia "nuestro pabellón" (siempre nos referimos a él como a "nuestro pabellón") no significaba nada en absoluto. Podíamos considerarlos o como a extraños o como a miembros del grupo imperfectamente adaptados. Lo mismo sucedía con los que "salían" hacia el sector de entrenamiento; no se podía esperar que mantuvieran indefinidamente la actitud adecuada al "grupo de pabellón", ni tampoco que incluyeran el sector de entrenamiento —mucho más amplio— en su "grupo de pabellón"; tendrían que encontrar su lugar en las nuevas agrupaciones y dejar que su experiencia del pabellón fuese sólo un recuerdo y, era de esperar, un recuerdo provechoso. Se discutía además si los que ya estaban en el sector de entrenamiento volverían a participar en las discusiones de grupo que se realizaban diariamente, y la cuestión no era el resultado que obtendrían de ellas (ya que parecía no haber dudas de que se contaban entre las experiencias más interesantes que jamás habíamos tenido), sino, si por venir de otro grupo, o por haber perdido contacto con el pabellón, no resultarían una distracción para quienes iban encontrando su camino en el grupo del pabellón.

b) ¿En qué medida las diferencias de rango adquiridas "afuera" determinarían la conducta de los miembros del grupo entre sí mientras permanecieran en el pabellón? ¿Sería efectivo cualquier intento de igualdad? ¿O sería preferible, sin olvidar el rango adquirido afuera, considerar qué equivalentes surgen en el pabellón y en este caso cuáles son las bases de tales equivalentes?

c) ¿Qué es lo que genera disconformidad dentro del pabellón? ¿Es algo peculiar a la guerra, a cualquier pabellón, o a cualquier asociación de personas?

d) ¿Qué es lo que ocasiona agrado y felicidad dentro del pabellón? ¿Es el ejercicio de la iniciativa individual que tiene como criterio único el de manifestar la libre expresión de la propia capacidad, o proviene de reconocer qué es lo que el pabellón necesita del individuo? ¿Existe una incompatibilidad entre estos dos puntos de vista y, si así fuera, dicha incompatibilidad es aplicable a todos o sólo a algunos de los miembros? ¿Si sólo es aplicable a algunos, qué causa la origina? ¿Es una característica que se manifiesta a través de todas sus vidas y en todo momento, o es más evidente en algunos momentos que en otros? ¿Si existen variaciones, puede el pabellón disminuir la incompatibilidad sin que resulte opresivo para los individuos afectados?

Este enfoque del problema de la neurosis tuvo efectos considerables. Se manifestó gran interés —y por momentos incluso inquietud— por discutir tanto en público como en privado las implicaciones sociales de los problemas de la personalidad. Generalmente se considera al neurótico como un ser centrado en sí mismo y hostil a los esfuerzos cooperativos; pero quizás esto se deba a que casi nunca es colocado dentro de un ambiente en el que cada uno de los

miembros está en igualdad de condiciones con respecto a las relaciones interpersonales.

El experimento fue interrumpido por cambio de destino del personal, de manera que no puedo dar resultados clínicos o estadísticos; sin embargo, pareció mostrar que es posible que el clínico tome en cuenta la estructura del grupo y las fuerzas que operan en dicha estructura sin perder contacto con los pacientes y, además, si éste es el enfoque adoptado, tanto dentro como fuera del grupo puede surgir la ansiedad.

Conclusiones

Estamos ahora en una posición más favorable para definir "el buen espíritu de grupo" que constituyó nuestro objetivo. "El buen espíritu de grupo" es tan difícil de definir como lo es el concepto de buena salud con relación a un individuo. Algunas de sus características, sin embargo, están asociadas con:

a) Un propósito común, que puede ser el de vencer al enemigo o defender y promover un ideal o construcción creativa en el campo de las relaciones sociales o de los entretenimientos físicos.

b) El reconocimiento común de los "límites" del grupo y de sus posiciones y funciones con relación a las de grupos o unidades más extensos.

c) La capacidad de absorber a nuevos miembros y perder otros sin temer por la individualidad del grupo, es decir que "el carácter del grupo" debe ser flexible.

d) Libertad entre los subgrupos internos de límites rígidos (es decir, exclusivos). Si se forma un subgrupo no debe estar centrado en ninguno de sus miembros ni tampoco en sí mismo y debe tratar a otros miembros del grupo principal como si no hubiese barreras dentro de los límites de dicho grupo principal—; el valor del subgrupo para la función del grupo principal debe ser reconocido en forma general.

e) Cada miembro es valorado individualmente por su contribución al grupo y tiene libertad de movimientos dentro de éste. Su libertad de movimiento sólo está limitada por las condiciones aceptadas en general, ideadas e impuestas por el grupo.

f) El grupo debe tener capacidad para enfrentar el descontento dentro del mismo y debe contar con medios para enfrentar dicho descontento.

g) El grupo debe constar de tres personas como mínimo. Dos miembros establecen una relación personal; con tres o más se produce un cambio cualitativo (relaciones interpersonales).

Estos experimentos realizados en el sector de rehabilitación de un hospital psiquiátrico militar ponen en evidencia la necesidad de un examen más exhaustivo de la estructura y de la interacción de fuerzas dentro de los grupos. La psicología y la psicopatología con frecuencia han centrado su atención en el estudio del individuo, excluyendo el campo social, considerados como elementos de igual importancia en el proceso de interacción.

1

A principios de 1948, el Comité Profesional de la Tavistock Clinic me solicitó tomara a mi cargo grupos terapéuticos empleando mi propia técnica. En realidad no tenía elementos para saber lo que el Comité entendía con esto, pero era evidente que para ellos yo había trabajado anteriormente con grupos terapéuticos. En verdad, sólo había experimentado tratando de persuadir a grupos de pacientes que la tarea del grupo fuera el estudio de sus tensiones y supuse que el Comité deseaba que hiciera esto de nuevo. Era desconcertante que el Comité pareciera creer que los pacientes pudiesen ser curados en tales grupos. Ello me hizo pensar desde un principio que su idea acerca de lo que había sucedido en aquellos grupos en los que yo era uno de los integrantes, era muy diferente de la mía. De hecho, la única cura de que podía hablar con certeza estaba en relación con un síntoma propio, comparativamente sin importancia: la creencia de que los grupos debían tomar mis esfuerzos con simpatía. Sin embargo, consentí, y en consecuencia, después de las formalidades debidas me encontré sentado en una sala con ocho o nueve personas —a veces más, otras menos— algunas veces pacientes, otras no. Con frecuencia, cuando los miembros del grupo no eran pacientes me encontré perplejo. Describiré lo que pasó.

Los miembros del grupo comienzan a llegar a la hora convenida y entablan una breve conversación; luego, cuando se ha reunido un cierto número de personas, el silencio cae sobre el grupo. De pronto, surge de nuevo una conversación inconexa, y luego se hace otro silencio. Me doy cuenta de que, en cierto sentido, soy el centro de atención del grupo. Además tengo la sensación incómoda de que se espera que haga algo. Cuando esto sucede expreso mi ansiedad al grupo, señalando que, si bien mi actitud puede ser equivocada, siento que no puedo proceder de otra manera.

Pronto descubro que mi confidencia no es bien recibida. En verdad, despierta indignación el hecho de que exprese tales sentimientos sin que parezca apreciar que el grupo tiene el derecho de esperar algo de mí. No discuto esto, pero me limito a señalar que es evidente que el grupo no obtiene de mí lo que cree estar autorizado a esperar. Me pregunto cuáles son esas esperanzas, y qué es lo que las ha despertado.

La relación amistosa entre los integrantes del grupo, aunque dolorosamente puesta a prueba, los capacita para darme alguna información. La mayoría de los miembros ha sabido que yo me encargaría del grupo; algunos dicen que tengo reputación de poseer amplio conocimiento sobre grupos; algunos opinan que debo explicar lo que hemos de hacer; otros piensan que se trata de una especie de seminario, o quizás de una conferencia. Cuando les llamo la atención sobre el hecho de que tales ideas me parecen basadas en habladurías, parece surgir el sentimiento de que estoy intentando negar mi autoridad como experto en grupos. Siento —y les digo— que el grupo esperaba algo de mí, y que está desilusionado. El grupo está convencido de que sus esperanzas están justificadas y de que mi conducta es provocativa y deliberadamente frustradora siendo que podría comportarme en forma diferente si lo deseara, y sólo me estoy comportando así por mala voluntad. Les señalo que es difícil para el grupo admitir que ésta podía ser mi manera de dirigir los grupos, y aún más: que se me permitiera adoptar tal procedimiento.

A esta altura, me parece que la conversación indica que el grupo ha cambiado sus propósitos.

Mientras espero que se afiance en su nueva actitud, puede ser útil que trate de dar al lector alguna explicación de mi conducta, que en este momento puede haberlo intrigado tanto como a los miembros del grupo. Por supuesto, no soñaría en hacer esto dentro del grupo, pero la posición del lector no es la misma que la que ocupa alguien que no sólo dispone de la palabra escrita como elemento de juicio. El lector se debe haber planteado diversos problemas. Puede pensar que mi actitud con el grupo es artificialmente ingenua y sin duda egoísta. ¿Por qué perturbar al grupo discutiendo problemas tan irrelevantes como el de mi personalidad, mi historia, mi carrera, y otros similares? No espero dar una respuesta exhaustiva a estas preguntas, pero en forma provisoria diré que no considero haber forzado al grupo a centrar su discusión en mí, aunque estoy de acuerdo en que el grupo se vio obligado a hacerlo. Aunque parezca ajena al propósito de la reunión la preocupación por mi personalidad parecía imponerse indudablemente por sí misma, aunque ello fuera embarazoso para el grupo tanto como para mí. Me limité a expresar lo que pensé que estaba sucediendo. Por supuesto, puede argumentarse que yo provoqué esta situación, y tal vez así sea, aunque no lo creo. Pero aun suponiendo que mis observaciones fueran correctas, puede surgir la duda sobre la utilidad del propósito que me llevaba a hacerlas. A esto sólo puedo contestar que no sé si dichas observaciones cumplen con una finalidad útil. Ni siquiera puedo estar seguro de la naturaleza de esta clase de observación. Por analogía con el psicoanálisis,

estaría tentado a llamarlas interpretaciones de la transferencia del grupo; pero pienso que cualquier psicoanalista estaría de acuerdo conmigo en que, antes de que tal descripción pueda ser justificada, es necesario que se haga evidente a través del grupo. Puedo argumentar a mi favor diciendo que estos hechos ocurren espontánea y naturalmente en la vida diaria, que son, por lo menos inconscientemente, inevitables y que sería de gran utilidad determinar cuándo este tipo de observaciones corresponde a los hechos. Constantemente nos sentimos afectados por lo que consideramos una actitud del grupo con respecto a nosotros, y, consciente o inconscientemente, nos dejamos llevar por tal idea. De lo dicho no debe deducirse que se deba hablar sin consideración, tal como yo mismo confieso haber hecho dentro del grupo. Admito lo peculiar de mi conducta, aunque, si buscamos precedentes de esta actitud, todos estamos familiarizados con cierta clase de gente que se conduce de esta manera, particularmente aquellos que tienden a sentirse perseguidos. El lector pensará que éste no es precedente feliz, y no pasará mucho tiempo antes de que se evidencie que el grupo piensa lo mismo. Pero ahora es necesario que volvamos al grupo, al que dejamos en pleno proceso de cambio.

Lo primero que llama nuestra atención es que el ambiente ha mejorado. El señor X, que tiene una personalidad muy agradable, se hizo cargo del grupo, y está tratando de reparar la deplorable situación creada por mí. Pero he dado una impresión equivocada si al parecer he sugerido que podemos observar al grupo en forma objetiva. Pues el señor X, que se muestra ansioso por el bienestar del grupo, dedica su atención a lo que, desde su punto de vista, es el origen del malestar, es decir, yo. Quiere enfrentarse inmediatamente con los factores que, a su juicio, destruyen la moral y la buena camaradería del grupo. En consecuencia, me pregunta sin rodeos cuál es mi propósito, y por qué no explico claramente mi conducta. Sólo puedo disculparme y decir que, aparte del sentimiento de que afirmar que quiero estudiar las tensiones del grupo es quizá una descripción muy inadecuada de mis motivaciones, no puedo aclarar más su problema; el grupo le brinda bastante simpatía cuando él abandona esa respuesta muy insatisfactoria para preguntar a una o a otras dos personas, que parecen más francas y cooperativas que yo. Sin embargo, capto cierta resistencia del grupo a seguirlo sin reservas. Los disidentes parecen haberse convencido de que el Comité de la Tavistock Clinic debe haber tenido sus buenas razones para pedirme que me hiciera cargo del grupo; da la impresión de que quieren pensar que la experiencia de un grupo dirigido por mí habrá de ser valiosa, pese a las observaciones que han hecho hasta el momento.

Con todo, el señor X está obteniendo éxito. El señor Y le dice que

es un Oficial de Prueba y que ha venido a obtener información científica de los grupos, muy valiosa para él. El señor R siempre ha tenido interés en el estudio científico de los grupos, aunque no esté relacionado profesionalmente con ellos. Los señores X, Y y R dan también algunos detalles de sus antecedentes y explican en qué basan la presunción de que un estudio científico los beneficiará.

Pero las dificultades no tardan en aparecer. Uno o dos miembros del grupo no son tan espontáneos como los señores Y y R. Además, parece surgir cierta hostilidad hacia el señor X porque ha tomado la dirección del grupo. Las respuestas se hacen evasivas, y da la impresión de que la información obtenida no es precisamente la que se deseaba. A medida que la conversación se hace más confusa, empiezo a sentir que soy nuevamente el foco del descontento. Sin saber claramente por qué, sugiero que lo que el grupo realmente desea conocer son los motivos que me llevan a estar presente, y dado que éstos no han sido descubiertos, ninguna sustitución los satisface.

Es obvio que mi interpretación no ha sido bien recibida. Uno o dos miembros desean saber por qué yo he de concentrar la curiosidad, cosa que debiera ser válida sin ninguna otra explicación. Tengo la impresión de que se concede muy poca importancia a la opinión que expreso como posible explicación de lo que acontece. Me parece que ha sido ignorada, o ha sido considerada como evidencia de mi retorcido punto de vista. Para peor, no estoy completamente seguro de que mi observación, aunque correcta, sea realmente la más apropiada para el momento. Pero la he hecho y estoy preparado para observar lo que sigue.

Debo explicar que esta descripción tan somera no hace justicia al estado emocional por el que pasaba el grupo en este momento. El señor X parece incomodado porque su iniciativa no ha sido bien recibida, y el resto del grupo muestra varios grados de incomodidad. Por mi parte debo confesar que es una reacción a la que estoy acostumbrado por haberla observado en cada uno de los grupos de que he sido miembro. En consecuencia no puedo descartarla como una simple peculiaridad de éste. Para mi está claro el hecho de que cualquiera sea la opinión del grupo sobre el señor X, mucho más errónea es la impresión que tienen con respecto a mí. Sospecho, sobre todo, que lo que está en cuestión es mi personalidad y especialmente mi capacidad para las relaciones sociales, o sea, mi idoneidad para el papel que de mí se esperaba. En este momento en el grupo el descontento con lo que sucede y especialmente con la parte que a mí me toca en producirlo, alcanza tal medida que incluso llega a hacérseme dudosa la continuidad de la existencia del grupo. Durante algunos momentos temo que terminaré por explicar al Comité

Profesional que su proyecto ha fracasado por la incapacidad del grupo para tolerar mi comportamiento. La actitud del resto del grupo me sugiere que por la mente de sus integrantes discurren otros pensamientos igualmente sombríos.

En la tensa atmósfera reinante, mis propios pensamientos no representan un índice de confianza. Por una parte, tengo memoria reciente de un grupo que solicitó abiertamente mi exclusión; por otra, es frecuente en mi experiencia que un grupo, aun sin decir nada, simplemente ignore mi presencia y me excluya de la discusión casi tan completamente como si no estuviera. Algunas veces, al producirse tales crisis, la reacción adopta una forma piadosa, sugiriendo que yo mismo me excluyo y dificulto las cosas al no participar. Una reacción tan sauve como ésta es bastante tranquilizadora, pero no puedo olvidar que la primera vez que intenté poner en práctica tales métodos, el experimento terminó con mi inmediata destitución del puesto. Preferiría creer que mi destitución se debió entonces a circunstancias casuales, pero recuerdo que, aun así, los pacientes con quienes trabajaba me prevenían constantemente, por razones que ignoro, que se estaban haciendo serios intentos para sabotear el esquema. Por lo tanto, frente a una situación como la que estoy describiendo, tengo suficientes razones como para creer que el descontento es real, y que puede conducir a la disolución del grupo.

Pero en esta ocasión mis temores son disipados por nuevos acontecimientos. El señor Q sugiere que en este momento un argumento lógico difícilmente contribuirá a lograr la información deseada, y, en verdad, es probable que sea mejor que yo no explique por qué hice tal interpretación dado que no permitiría que el grupo experimente por sí mismo la naturaleza de los fenómenos grupales. Afirma que, después de todo, debo tener alguna razón para adoptar la posición que he adoptado. La tensión del grupo se relaja inmediatamente, y aparece una actitud mucho más amistosa hacia mí. Después de todo se hace claro que el grupo tiene una elevada opinión sobre mí, y comienzo a sentir que quizás les he estado engañando al no ser más comunicativo. En un primer momento estuve tentado a rectificar mi actitud, respondiendo a este cambio amistoso con una explicación de mi conducta. Pero me controlo al comprender que el grupo simplemente ha retornado a su actitud primitiva de insistir en que los rumores son un hecho; en consecuencia, señalo que el grupo parece ahora estar coaccionándome para que rectifique mi posición y me ajuste a sus deseos de que mi conducta se adapte más a lo que ellos esperan o les es familiar en otros campos. Recalco también que el grupo ha ignorado en esencia lo que dijo el señor Q, desplazando el énfasis de lo que quiso significar a sólo una parte de lo que dijo: que

después de todo, era probable que yo supiera lo que hacía. En otras palabras, resultó difícil para un miembro individual transmitir al grupo significados diferentes de aquellos que el grupo desea tomar en consideración.

Esta vez el grupo está realmente molesto, y es necesario explicar que tiene todo el derecho de estarlo. Es evidente que nadie les explicó nunca lo que significa pertenecer a un grupo que cuenta con mi presencia. Para el caso, tampoco nadie me explicó nunca lo que significa estar en un grupo en el cual estuvieran individualmente presentes todos los miembros. Pero tengo que comprender que hasta el momento la única persona cuya presencia ha resultado desagradable soy yo, de manera que mis quejas no tienen el mismo valor que las del resto del grupo. Se me hace evidente que existe una sorprendente contradicción en la situación en que me encuentro. Yo también he oído rumores acerca del valor de mi contribución en los grupos; me he esforzado en hallar aspectos notables de mi contribución, pero no lo he logrado. En consecuencia, puedo comprender al grupo cuando siente que tiene derecho a esperar algo diferente de lo que en realidad está obteniendo. Bien puedo ver que mis afirmaciones deben parecerle al grupo tan inexactas como en general suelen serlo las apreciaciones de la propia posición en una sociedad determinada, y además de muy poca importancia para cualquiera, salvo para mí mismo. Siento, por lo tanto, que debo tratar de presentar una visión más amplia de la situación que la que he dado hasta el momento.

Teniendo esto en cuenta, digo que, en mi opinión, mis interpretaciones están perturbando al grupo. Agrego que el grupo toma mis interpretaciones como una revelación de la naturaleza de mi personalidad. Sin duda están haciendo intentos por considerar que, en cierto sentido, describen la vida mental del grupo, pero tales intentos se ven oscurecidos por la sospecha de que mis interpretaciones, al ser desentrañadas, arrojan más luz sobre mí mismo que sobre ninguna otra cosa, y que lo que se pone así en evidencia contrasta notablemente con las esperanzas que los miembros del grupo tenían al venir. Esto debe ser muy perturbador; pero dejando completamente aparte este punto, tenemos que reconocer que quizás los miembros del grupo suponen demasiado fácilmente que la etiqueta que lleva una caja es una buena descripción del contenido.

Debemos reconocer que se ha llegado a una crisis en que los miembros pueden muy bien haber descubierto que la participación en un grupo del que soy miembro, resulta ser una experiencia que no desean tener. En este sentido debemos admitir que los miembros del grupo pueden necesitar retirarse, de la misma manera que una persona puede desear retirarse de un cuarto en el que ha entrado por error. Yo mismo no creo que ésta sea una descripción correcta, porque, le recuerdo al grupo, fue evidente que en un principio el grupo no estaba dispuesto a considerar la idea de que no habían investigado adecuadamente la veracidad de los rumores que corrían a mi respecto. Por lo tanto, de acuerdo con mi opinión, aquellos que sintieron que habían sido confundidos por el testimonio de otros y ahora deseaban renunciar, debían considerar seriamente por qué se resistían de tal modo a cualquier afirmación que pareciera cuestionar la validez de sus creencias en el valor de mi contribución al grupo.

Debo aclarar en este momento que las fuerzas emocionales, subyacentes en esta situación, son sumamente poderosas. No creo ni por un instante que el hecho objetivo de que soy sólo un miembro de un grupo, que posee cierto grado de conocimiento especializado, y que en tal sentido no difiero de ningún otro de los miembros, tenga posibilidades de ser aceptado. Las fuerzas que se oponen a ello son demasiado poderosas. Un grupo externo —esto es, la clínica responsable de que haya tomado a un grupo bajo mi atención— ha puesto el sello de su autoridad a un mito de dimensiones desconocidas, pero fuera de esto, estoy seguro de que el grupo es completamente incapaz de enfrentar sus propias tensiones emocionales, sin creer que dentro de él hay una especie de Dios que es enteramente responsable de lo que sucede. Debemos entender, en consecuencia, que cualesquiera sean las interpretaciones que yo —u otro—, ofrezcan, es probable que el grupo las reinterprete de manera que se ajusten a sus propios deseos, exactamente como sucedió con la intervención del señor Q. Por lo tanto, se hace importante señalar que los medios de comunicación dentro del grupo son débiles en extremo, y muy inciertos en su acción. En verdad, casi se podría pensar que habría menos equívocos si cada uno de los individuos miembros del grupo hablara un lenguaje desconocido para el resto. Habría así menos riesgo de suponer que se ha entendido lo expresado por cualquiera de los miembros.

Ahora el grupo se ha volcado con cierto resentimiento —quizá con mayor ansiedad que resentimiento— hacia otro miembro. Tengo la impresión de que se dirigen a él en busca de un líder, pero sin una real convicción de que dicho miembro pueda serlo. Esta impresión se ve robustecida por el hecho de que el hombre en cuestión parece querer esfumarse. La conversación se hace más y más difusa, y siento que la experiencia se está volviendo penosa y aburrida para la mayoría. Se me ocurre algo nuevo. Les digo que me parece que estamos decididos a tener un

líder, y que el líder que deseamos parece poseer ciertas características que tomamos como patrón para medir las de los diferentes individuos que probamos. A juzgar por lo que rechazamos, parecemos saber perfectamente lo que queremos. Al mismo tiempo, sería difícil que, partiendo de nuestra experiencia hasta el momento, pudiéramos decir cuáles son esas características deseadas. Tampoco está claro por qué requerimos un líder. El horario de reunión del grupo ha sido considerado, y no parece haber ninguna otra decisión que el grupo deba tomar. Parecería que hace falta un líder para impartir órdenes efectivas y afrontar decisiones del momento. Pero, en este caso, ¿qué es, en nuestra situación actual, lo que nos hace pensar que necesitamos un líder de esta clase? No puede ser la situación externa, pues nuestras necesidades materiales, y nuestras relaciones con los grupos externos, son estables y no parecen indicar que necesitaremos tomar ninguna decisión en un futuro inmediato. O el deseo de un líder nace de cierta supervivencia emocional, que opera en el grupo sin ninguna utilidad, como un arcaísmo, o, si no, se trata de cierto grado de conciencia de una situación que no hemos definido, que demanda la presencia de tal persona.

Si mi descripción de lo que significa estar en un grupo del que soy miembro ha sido de alguna manera adecuada, el lector habrá experimentado ciertos recelos, albergado algunas objeciones y reservado muchas preguntas para una discusión posterior. En la etapa presente sólo deseo aislar, para examinarlos, dos rasgos de la experiencia del grupo; uno de ellos consiste en la futilidad de la conversación del grupo. Comparadas con el término medio del intercambio social, las conversaciones del grupo carecen casi por completo de contenido intelectual. Por otra parte, si observamos cómo ciertas suposiciones se aceptan como hechos, sin ninguna objeción, parece evidente que también el juicio crítico falta casi completamente. Para apreciar esta afirmación el lector debe recordar que él está en condiciones de leer este detalle con tranquilidad, en pleno uso de su capacidad de juicio. Esta no es la situación del grupo. Al margen de lo que aparezca en la superficie, dicha situación está cargada de emociones que ejercen sobre el individuo una influencia poderosa, y frecuentemente inadvertida. Como consecuencia, sus emociones están movilizadas en detrimento de su juicio. De acuerdo con esto, el grupo se debatirá frecuentemente con problemas intelectuales que, según se cree, el individuo podría resolver sin dificultad estando en otra situación, creencia que más adelante resultará ser ilusoria. Los fenómenos que conducen a estas perturbaciones en la conducta racional de los grupos pueden muy bien transformarse en uno de los principales objetivos de este estudio, fenómenos cuya existencia soy capaz de indicar sólo por descripciones de hechos que tienen menos relación con el propósito de nuestro estudio, que la que tienen las líneas de un impreso monocolor con los colores de una pintura en la que el color constituye la cualidad sobresaliente.

El segundo rasgo que debo mencionar es la naturaleza de mi propia contribución. Sería satisfactorio que pudiera dar una explicación lógica de mi técnica —la técnica que, según debe recordarse, el Comité Profesional deseaba que yo empleara—, pero estoy persuadido de que sería inadecuado y se prestaría a confusiones. En el curso de las siguientes secciones daré una descripción tan exacta como me sea posible de lo que digo y hago, pero me propongo también indicar lo que los grupos piensan que yo digo y hago, no meramente para ilustrar la dinámica mental de un grupo, sino para brindar al lector tanto material como pueda a fin de que él llegue a sus propias conclusiones. Sin embargo, subrayaré un aspecto de mis interpretaciones del comportamiento grupal, que para el grupo, y probablemente para el lector, parece ser un mero concomitante de mi personalidad, pero que de hecho es completamente deliberado: el hecho de que tales interpretaciones parezcan estar relacionadas con asuntos que sólo tienen importancia para mí mismo.

II

Concluí el capítulo anterior declarando que mis interpretaciones de la conducta del grupo en términos de la actitud del grupo hacia mí, parecen constituir una contribución tan impertinente como inadecuada. Las críticas que se hagan a este rasgo de mi conducta en un grupo requieren una investigación cuidadosa, y como consecuencia se deduce que debo ofrecer respuestas y no refutaciones a tales críticas. Vamos a considerar en principio algunas situaciones grupales.

Sentados en círculo, la pieza suavemente iluminada por una lámpara de pie, una paciente del grupo se queja airadamente:

> Ustedes (es decir, el grupo) siempre están diciendo que monopolizo, pero si yo no hablo, se quedan sentados así, como momias. Estoy harta de todos ustedes. Y usted (señalando a un hombre de veintiséis años, que eleva sus cejas en un afectado gesto de sorpresa) es el peor de todos. ¿Por qué se sienta siempre allí como un buen muchachito sin decir nunca nada, pero perturbando al grupo? Al Dr. Bion lo escuchan a veces, pero nunca dice una palabra útil. Muy bien, me callaré. Veamos qué hacen ustedes si yo no monopolizo.

Consideremos otra: la pieza es la misma, pero en una tarde de verano plena de sol; un hombre habla:

> De lo que me quejo es de esto: hice una pregunta perfectamente simple. Dije lo que pensé que sucedería porque no estoy de acuerdo con el Dr. Bion. Dije que sería interesante saber lo que pensaban otros, ¿pero alguno de ustedes aventuró una respuesta? Ni una. Y ustedes, las mujeres, son las peores —excepto la señorita X—. ¿Cómo podemos llegar a alguna parte si nadie contesta? Ustedes se ríen cuando digo "excepto la señorita X", y sé qué es lo que están pensando, pero se equivocan.

Aquí tenemos otra: una paciente dice:

> Todo el mundo parece estar absolutamente de acuerdo con lo que acaba de decir el Dr. Bion, pero yo dije lo mismo cinco minutos antes y como sólo se trataba de mí, nadie prestó la menor atención.

Observemos todavía otro ejemplo, una mujer dice:

> Bueno, ya que nadie dice nada, voy a relatar mi sueño. Soñé que estaba en la playa, y me iba a bañar. Había muchas gaviotas... Bueno, había muchas cosas más.
>
> *Un miembro del grupo:* ¿Quiere decir que eso es todo lo que puede recordar?
>
> *Mujer:* Oh, no, no. Pero todo es tan tonto.

El grupo permanece inmóvil, malhumorado, y cada uno parece atrapado por sus pensamientos. Parecen haberse quebrado todos los contactos entre los miembros del grupo.

> *Yo:* ¿Qué es lo que hizo que usted detuviera la narración de su sueño?
>
> *Mujer:* Bueno, nadie pareció muy interesado, y sólo comencé a hablar "para hacer rodar la bola".

Llamaré la atención sólo sobre uno de los aspectos de estos episodios. La primera mujer dijo: "Ustedes el (grupo) siempre están diciendo que yo monopolizo..." En verdad, sólo una persona había dicho eso, y únicamente en una ocasión, pero la referencia que ella hizo comprendía a todos, e indicaba claramente que pensaba que todo el grupo tenía esa impresión de ella. El hombre del segundo ejemplo, dijo: "Ustedes se ríen cuando digo "excepto la señorita X", y sé qué es lo que están pensando"... La mujer del tercer ejemplo dijo: "...porque se trataba sólo de mí nadie prestó la menor atención". En el cuarto ejemplo la paciente sintió que el grupo no estaba interesado y que era mejor que ella abandonara su iniciativa. Ya he señalado antes que cualquiera que tenga algún contacto con la realidad formula siempre, consciente o inconscientemente, una apreciación de la actitud de su grupo hacia él. Estos ejemplos muestran, si es que hay necesidad de alguna demostración, que la misma cosa ocurre en nuestro grupo de pacientes. Por el momento dejo a un lado ciertos hechos obvios, tal como el de que existe algo, en cualquiera de los que hablan, que colorea sus afirmaciones sobre la situación en que se encuentra.

Ahora bien, aun cuando se sostenga que la visión que un individuo tiene de la actitud del grupo hacia él, no es importante más que para dicho individuo, espero que esté claro que esta clase de valoraciones pertenece tanto a la vida mental del individuo como, por ejemplo, las percepciones que obtiene a través del sentido del tacto. En consecuencia, aunque el modo en que un hombre valora la actitud del grupo hacia sí mismo no nos condujera a nada más, su estudio, de hecho, es importante.

Pero mi último ejemplo, muy común, muestra que, en verdad, la forma en que las personas de un grupo hacen estas apreciaciones es asunto de gran importancia para el grupo, pues el florecimiento o la decadencia de la vida social del grupo depende de los juicios que hacen sus miembros.

¿Qué sucede si uso esta idea de la actitud que tiene el grupo en relación con los individuos como base para la interpretación? En el primer capítulo hemos visto ya algunas de las reacciones. En los ejemplos que presenté pueden apreciarse algunos resultados de esta clase de interpretación, aunque yo no los señalé especialmente; pero ahora mencionaré una reacción común. El grupo tenderá a expresar aún más la preocupación por mi persona, hasta que parezca que se haya llegado a un punto donde, por el momento, la curiosidad del grupo esté satisfecha. Esto puede tomar dos o tres sesiones. Luego todo empieza de nuevo, pero esta vez con algún otro miembro. Lo que pasa ahora es que otro miembro es el objeto de las fuerzas que previamente se concentraron en mí. Cuando siento que se ha acumulado suficiente evidencia como para convencer al grupo, les digo que pienso que lo que ha sucedido es tal cosa. Una de las dificultades para hacerlo es que la transición entre la preocupación por mi persona y la preocupación por otro miembro del grupo, se caracteriza por un período durante el cual la preocupación por el otro muestra signos inconfundibles de contener una continua preocupación por mí. Mencioné esta situación en el primer capítulo (pág. 34) donde me describí interpretando el hecho de que, al inquirir a los demás, lo que el grupo hacía en realidad era mostrar su preocupación por mí. Pienso que en aquella ocasión habría sido más exacto si hubiese interpretado la situación emocional como una transición de la clase que acabo de describir.

Muchas personas discuten la exactitud de estas interpretaciones. Aun cuando la mayoría de los miembros han tenido evidencias inconfundibles de que su conducta está siendo afectada por una valoración consciente o inconsciente de la actitud que el grupo manifiesta hacia ellos, dirán que no saben qué es lo que el resto del grupo piensa al respecto, y que no creen que algún otro lo pueda conocer tampoco. Esta objeción a la precisión de las interpretaciones debe ser aceptada, aun si la modificamos diciendo que la precisión es cuestión de grado; porque es un signo de reconocimiento de que la duda es un elemento de la automática apreciación, por parte del individuo, de la actitud del grupo hacia él. Si un individuo manifiesta que no tiene ninguna duda, realmente uno querría saber por qué es así. ¿Existen circunstancias en que la actitud del grupo es manifiestamente inconfundible? ¿O el individuo es incapaz

de tolerar la ignorancia en un asunto en que la precisión es esencial si su comportamiento social ha de ser sensato? En cierto sentido, yo diría que el individuo en un grupo aprovecha su experiencia, al mismo tiempo se hace más exacto en la apreciación de su posición dentro del campo emocional, y más capaz de aceptar como un hecho el que aun su creciente comprensión es insuficiente para sus necesidades.

Podría pensarse que mi reconocimiento destruye los fundamentos de cualquier técnica que descanse en esta clase de interpretación, pero no es así. Se ha aclarado la naturaleza de la experiencia emocional de la interpretación, pero no se ha modificado el hecho de que es inevitable como parte de la vida mental humana, ni tampoco su primacía como método. Esto sólo podrá ser rebatido cuando se demuestre que alguna otra actividad mental explica con más precisión los problemas de mayor importancia para el estudio del grupo.

He aquí el ejemplo de una reacción donde se cuestionó la exactitud de la interpretación; el lector debe tener en cuenta lo anterior cuando enfrente las conclusiones que yo he sacado de éste y de otros ejemplos similares.

Durante un tiempo estuve ofreciendo interpretaciones que fueron escuchadas muy cortésmente; pero la conversación se hizo cada vez más confusa, y empecé a sentir que mis intervenciones no eran deseadas; lo digo en los términos siguientes: durante la media hora pasada, el grupo estuvo discutiendo la situación internacional, pero yo señalé que la conversación mostraba algo referente a nosotros. Cada vez que lo hice sentí que mi contribución era mal recibida, y provocaba enojo. Ahora estoy seguro de ser objeto de la hostilidad de ustedes por persistir en esta clase de contribución.

Después que hablé se hizo un silencio de uno o dos minutos, y luego un hombre del grupo dijo muy cortésmente que él no experimentó ningún sentimiento de hostilidad frente a mis interpretaciones, y que tampoco observó que ningún otro lo tuviera. Dos o tres miembros se manifestaron de acuerdo. Por otra parte, las afirmaciones se hicieron con moderación, y de una manera perfectamente amistosa, salvo quizá por lo que uno podría considerar como excusable fastidio por tener que ofrecer una seguridad que hubiera debido sobrentenderse. En cierto modo siento que me están tratando como a un niño, al que se maneja con calma, pese a su impertinencia. Sin embargo, no me propongo considerar este problema ahora, sino más bien tomar con seriedad las afirmaciones de estos miembros que al parecer representan a todo el grupo al negar cualquier sentimiento de hostilidad. Pienso que un planteo correcto de la situación requiere mi aceptación de que todos los indivi-

duos del grupo son perfectamente sinceros y precisos cuando expresan que no sienten hostilidad hacia mí.

Recuerdo otro episodio similar.

Además de mí, tres hombres y cuatro mujeres están presentes en el grupo; un hombre y una mujer se hallan ausentes. Uno de los hombres le dice a una mujer:

¿Cómo marchó su asunto la semana pasada?

La mujer: ¿Usted se refiere a mi reunión? Oh, todo anduvo perfectamente. Muy bien, realmente. ¿Por qué?

El hombre: Simplemente por saber. Recordará, supongo, que estaba bastante preocupada al respecto.

La mujer (en forma descuidada): Oh, sí. Realmente lo estaba.

Luego de una pausa breve el hombre comienza de nuevo.

Dice: Parece que usted no quiere hablar mucho sobre el asunto.

Ella contesta: Oh, sí, realmente lo deseo, pero no pasó mucho más. Todo salió muy bien.

Otra de las pacientes se une ahora y trata de llevar más lejos la conversación, como si sintiera que está debilitándose; pero luego de uno o dos minutos tamhién ella desiste. Se produce una pausa que interrumpe luego una mujer y narra una experiencia que tuvo durante la semana. Empieza en forma bastante ágil, y luego se detiene. Uno o dos miembros tratan de alentarla con preguntas, pero advierto que hasta ellos se sienten oprimidos por alguna preocupación. La atmósfera del grupo está cargada de esfuerzos estériles. Nada puede ser más evidente que la determinación de los individuos de transformar la sesión en lo que consideran un éxito. Pienso que si no fuera por los dos ausentes, el grupo estaría marchando muy bien. Comienzo a sentirme frustrado cuando recuerdo cómo las ausencias de uno o dos miembros han obstaculizado la marcha de las últimas sesiones. Tres de las personas presentes en esta sesión han estado ausentes durante una u otra de las sesiones anteriores. Parece lamentable que el grupo se vea obstruido en esta forma cuando todo está preparado para obtener los mejores resultados. Comienzo a preguntarme si la manera en que el grupo enfrenta los problemas es realmente valiosa, cuando ofrece tanta oportunidad para que se manifieste la apatía y la obstrucción, contra las que no se puede hacer nada. A pesar del esfuerzo que se está realizando, hasta el momento la conversación es sólo una pérdida de tiempo. Quisiera poder pensar en alguna interpretación que echara luz sobre el problema, pero el material es tan pobre que no encuentro nada en qué fundamentarla. Algunos

miembros empiezan a mirarme en forma desesperada, como si quisieran expresar que han hecho todo lo que han podido —y que ahora todo depende de mí—, y, en verdad, siento que tienen razón. Me pregunto si valdría la pena decirles que ellos se sienten así con respecto a mí, pero rechazo la idea porque me parece que no tiene objeto decirles lo que ellos ya deben saber.

Las pausas se hacen más largas y los comentarios más fútiles, cuando se me ocurre que los sentimientos que yo mismo experimento— en especial, opresión por la apatía del grupo y una urgencia por decir algo útil y esclarecedor— parecen ser compartidos por el resto de los presentes. Un grupo cuyos miembros no pueden asistir regularmente será apático e indiferente para los sufrimientos del paciente individual. Cuando comienzo a preguntarme qué puedo decir como interpretación, me enfrento con una dificultad que ya se le habrá ocurrido al lector: ¿Qué es este grupo que es indiferente y hostil a nuestra tarea? Debo suponer que está formado por las mismas personas que veo esforzarse por realizarla, pero, en lo que a mí respecta al menos, incluye también a los dos ausentes. Me recuerda lo que sucede cuando se observa con el microscopio una preparación demasiado gruesa; con un foco veo, quizá no muy claramente, pero con bastante distinción, una imagen; si lo altero ligeramente, veo otra. Usando lo que acabo de expresar como analogía con lo que estoy haciendo mentalmente, dedicaré ahora otra mirada a este grupo y describiré el esquema que veo al alterar el foco.

La imagen de un conjunto de individuos que se esfuerzan por resolver sus problemas psicológicos es reemplazada ahora por la de un grupo que se moviliza para expresar su hostilidad y su desprecio hacia los pacientes neuróticos y hacia todo aquel que desee enfrentar seriamente los problemas de la neurosis. En este momento me parece conducido por los dos miembros ausentes, que nos señalan que hay formas de pasar el tiempo mejores que meterse en el tipo de experiencia a que el grupo está acostumbrado cuando yo soy miembro de él. En una sesión anterior el líder del grupo fue uno de los miembros ahora ausentes. Como dije antes, me inclino a pensar que los actuales líderes del grupo no están en la sala: son los dos ausentes, de quienes se siente que no sólo están descontentos con el grupo, sino que expresan activamente su descontento. Los miembros presentes son los seguidores. A medida que escucho la discusión, me pregunto si puedo precisar más los hechos que fundamentan esta impresión.

Debo confesar que en un principio poco veo que confirme mis sospechas, pero luego noto que uno de los hombres que hace preguntas emplea un tono especialmente arrogante. Si mantengo mi microscopio men-

tal en el mismo foco, su reacción a las respuestas que recibe me parece expresar cortés incredulidad. Una mujer en un rincón se mira las uñas con cierto aire de disgusto. Cuando se produce un silencio, lo interrumpe una mujer que, a través del primer foco, parecía estar haciendo todo lo posible para estimular la tarea del grupo, con una interjección que expresa claramente su deseo de no participar en un juego esencialmente estúpido.

No creo haber logrado precisar muy bien mis impresiones, pero sí veo la forma de resolver la dificultad en que me encontré en el primer ejemplo. Se recordará que en esa ocasión me sentí muy seguro de la hostilidad del grupo hacia mí y mis interpretaciones, pero no tenía una brizna de evidencia en que respaldar mi interpretación para hacerla convincente. En verdad, encontré ambas experiencias muy desconcertantes; me pareció que mi método de investigación había fallado, y que había fallado en la forma más obvia. Cualquiera que estuviese habituado a la terapia individual podría haber previsto que un grupo de pacientes negaría una interpretación, y que el grupo presentaría una magnífica oportunidad para negarla efectivamente. Se me ocurre, sin embargo, que si un grupo ofrece espléndidas oportunidades para la evasión y el rechazo, debería presentar oportunidades igualmente espléndidas para observar la forma en que se realizan tales evasiones y rechazos. Antes de investigar esto, examinaré los dos ejemplos que he dado, con el objeto de formular algunas hipótesis que darán forma a la investigación.

Se puede ver que lo que dice y hace el individuo dentro del grupo arroja luz tanto sobre su personalidad como sobre la opinión que tiene del grupo; a veces su contribución ilumina un aspecto más que otro. Está preparado para ofrecer algunas contribuciones que, indudablemente, partan de él mismo, pero hay otras que desea hacer en forma anónima. Si el grupo puede ofrecer medios por los cuales las contribuciones puedan hacerse en forma anónima, se establecen las bases para un sistema de evasión y rechazo realmente efectivo, y en los primeros ejemplos que di, posiblemente el hecho de que cada miembro pudiera negar sinceramente que se sentía hostil, se debió a que el aporte de hostilidad al grupo se efectuó en forma anónima. Tendremos que examinar cuidadosamente la vida mental del grupo para ver cómo se desenvuelve para posibilitar estas contribuciones anónimas. Arriesgaré la idea de la existencia de una mentalidad grupal que actúa como recipiente de todas las contribuciones anónimas que se hacen, y a través del cual se gratifican los impulsos y deseos implícitos en dichas contribuciones. Cualquier contribución a esta mentalidad grupal debe obtener el apoyo de las otras contribuciones anónimas, o estar de acuerdo con ellas. Esperaría que la mentalidad grupal

se caracterizara por una uniformidad contrastante con la diversidad de pensamiento de las mentalidades individuales que han contribuido a su formación. Esperaría también que la mentalidad grupal, tal como la he postulado, se opusiera a los objetivos reconocidos por los miembros individuales. Si la experiencia muestra que esta hipótesis llena una función de utilidad, podremos añadir otras características de la mentalidad del grupo a través de la observación clínica.

He aquí algunas experiencias que me parecen valiosas.

El grupo está compuesto por cuatro hombres, incluyéndome yo mismo y cuatro mujeres. La edad de los pacientes oscila entre los treinta y cinco y los cuarenta años. La atmósfera reinante se caracteriza por el buen humor y la cooperación. El cuarto está alegremente iluminado por el sol de la tarde.

Señora X.: La semana pasada pasé un momento desagradable. Estaba haciendo cola para entrar al cine cuando sentí una sensación tan rara como nunca. Realmente, pensé que me desmayaría o algo por el estilo.

Señora Y.: Qué suerte tiene de haber ido al cine. Si yo pudiese ir al cine sentiría que no tengo nada de qué quejarme.

Señora Z.: Sé lo que la señora X quiere decir. Yo también me siento así, sólo que yo hubiese tenido que abandonar la cola.

Señor A.: ¿No probó inclinarse? Esto hace que la sangre vuelva a la cabeza. Creí entender que usted se sintió desmayar.

Señora X.: No era desmayo, precisamente.

Señora Y.: Siempre he pensado que el hacer ejercicio es muy bueno. No sé si esto será lo que quiere decir el señor A.

Señora Z.: Yo creo que hay que usar la fuerza de voluntad. Eso es lo que me preocupa —yo no tengo nada de voluntad.

Señor B.: Me ocurrió algo similar la semana pasada, sólo que no estaba haciendo cola. Estaba sentado tranquilamente en mi hogar cuando...

Señor C.: Tiene suerte de poder estar sentado en su casa, tranquilamente. Si yo pudiera hacerlo, consideraría que no tengo nada que me preocupe.

Señora Z.: Yo puedo sentarme tranquilamente en casa, muy bien, pero lo que me preocupa es que nunca soy capaz de salir a ninguna parte. Si usted no se puede quedar en casa, ¿por qué no va al cine o a alguna otra parte?

Después de escuchar esta clase de conversación durante un tiempo, se me hace evidente que cualquiera del grupo que sufra alguna pesadumbre neurótica va a recibir el consejo de hacer algo, aunque quien lo im-

parte sabe por experiencia propia que es absolutamente inútil. Por otra parte, está claro que nadie tiene la menor paciencia con un síntoma neurótico. En mi mente crece hasta hacerse evidencia la sospecha de que no hay la menor esperanza de que este grupo demuestre cooperación. Me veo obligado a preguntarme qué otra cosa esperaba, de acuerdo con mi experiencia de terapeuta individual. Siempre me ha sido familiar la idea de que un paciente es una persona cuya capacidad de cooperación es muy limitada. ¿Por qué habría de sentirme desconcertado u ofendido cuando un grupo de pacientes demuestra precisamente esta característica? Se me ocurre que quizás este mismo hecho me brindará una oportunidad para lograr que atiendan un enfoque más analítico. Pienso que de acuerdo con la forma en que anda el grupo, su lema debería ser "Vendors of quack nostrums unite'' (Unión de vendedores de panaceas). Tan pronto como me dije esto comprendí que estaba expresando mi sentimiento, no de la falta de armonía del grupo, sino de su unidad. Por otra parte, pronto me di cuenta de que el lema que atribuí al grupo no surgió accidentalmente, pues cada intento que realizo para obtener atención, muestra que el grupo se me enfrenta como una unidad. La idea de que los neuróticos son incapaces de cooperar tiene que ser modificada.

No voy a presentar otros ejemplos que muestren la actuación en equipo como una característica de la mentalidad grupal, especialmente porque hasta el momento no puedo encontrar ningún método para describir tal situación. Para que el lector tenga una idea de lo que trato de decir, confiaré en ciertos hechos circunstanciales, tal como se presentan en el curso de este trabajo, pero sospecho que no se puede obtener una verdadera idea fuera del grupo mismo. Por el momento observaré que en la mentalidad grupal el individuo encuentra un medio de expresar las contribuciones que desea hacer en forma anónima, y, al mismo tiempo, el mayor obstáculo para la realización de los objetivos que desea obtener a través de su pertenencia al grupo.

Podría pensarse que existen muchos obstáculos para la realización de los objetivos individuales dentro del grupo. No deseo prejuzgar al respecto, pero por el momento no les otorgaré gran importancia. Es evidente que cuando se forma un grupo, los individuos que lo constituyen esperan obtener cierta satisfacción a través de él. También es evidente que lo primero que se les revela es un sentimiento de frustración producido por la presencia del mismo grupo. Puede argumentarse que es completamente inevitable que un grupo satisfaga ciertos deseos y frustre otros, pero yo me inclino a pensar que las dificultades inherentes a la situación grupal, tal como, por ejemplo, la falta de intimidad que provoca

la compañía, producen un tipo de problema completamente distinto de la clase de problema producido por la mentalidad grupal.

En el curso de mi discusión del grupo mencioné a menudo al individuo, pero al formular el concepto de mentalidad grupal, especialmente en el episodio en que los dos ausentes jugaban un importante rol en la orientación emocional del grupo, describí al individuo como opuesto en alguna medida a la mentalidad grupal, aunque contribuya a formarla.

Ahora es el momento de centrar la discusión en el individuo, y al hacerlo me propongo despedirme del neurótico y sus problemas.

Aristóteles dice que el hombre es un animal político, y tal como yo entiendo la *Política*, creo que lo que significa es que el grupo es esencial para que un hombre pueda llevar una vida plena. No voy a salir en defensa de un trabajo que me ha parecido siempre extremadamente pesado, pero pienso que ésta es una afirmación que los psiquiatras no pueden olvidar sin peligro de obtener una perspectiva desviada del sujeto en discusión. Lo que deseo señalar es que el grupo es esencial para que el hombre desarrolle plenamente su vida mental, tan esencial como lo es para las actividades más obvias de la economía y la guerra. Podría decir que en el primer ejemplo que di anteriormente (pág. 31 y sigts.) el grupo era esencial para mí porque quería tener un grupo para estudiar; probablemente los otros miembros podrían decir lo mismo; pero aunque hubiera admitido esto como objetivo de los miembros individuales, incluyéndome a mí —y debe recordarse que no hice tal cosa— considero que la vida mental del grupo es esencial para la realización del individuo, aparte de cualquier necesidad temporaria o específica, y que la satisfacción de esta necesidad tiene que buscarse a través de la pertenencia a un grupo. Ahora bien, el rasgo que sobresale en todos los grupos de los que he tomado ejemplos, muestra que el sentimiento más prominente que experimenta el grupo es de frustración, una sorpresa sumamente desagradable para el individuo que llega en busca de gratificación. Por supuesto, puede que el resentimiento que esto provoca se deba a una ingenua incapacidad para entender lo que he señalado anteriormente, es decir, que está en la naturaleza del grupo el negar ciertos deseos y satisfacer otros, pero sospecho que el mayor monto de resentimiento resulta de expresar en el grupo impulsos que los individuos desean satisfacer en forma anónima, y de la frustración producida en el individuo por las consecuencias que le acarrea tal satisfacción.

En otras palabras, me propongo buscar, dentro del área que previamente señalé como mentalidad grupal, las causas del fracaso del grupo para lograr que el individuo realice una vida plena. Puede que la situación sea percibida como paradójica y contradictoria, pero no me pro-

pongo hacer ningún intento para resolver tales contradicciones en este momento. Supondré que el grupo es potencialmente capaz de ofrecer al individuo la gratificación de cierto número de necesidades de su vida mental, que sólo pueden ser provistas por un grupo. Excluyo, por supuesto, las satisfacciones de su vida mental que puede obtener en la soledad, y, aunque no sea tan supuesto, las que puede lograr con su familia.

Sugiero que la mentalidad grupal plantea un desafío de la capacidad del grupo para realizar las necesidades individuales.

El grupo enfrenta este desafío mediante la elaboración de una cultura de grupo que le es característica. Empleo la frase "cultura del grupo" de una manera muy amplia; incluyo en ella la estructura que el grupo logra en un momento dado, las tareas que se propone y la organización que adopta. Me referiré ahora a mis especulaciones (Cap. I, pág. 38) sobre los motivos subyacentes en la insistencia del grupo acerca del líder. Dije entonces que parecería que tal insistencia fuera, en la situación que describía, o una supervivencia emocional que operaba inútilmente, o la respuesta a cierta demanda surgida de la toma de conciencia de una situación que no habíamos definido. El intento hecho en tal ocasión de constituir el grupo de manera que consistiera en un líder y sus secuaces [1], sobre quienes aquél mostraría su supremacía, es un excelente ejemplo de lo que quiero incluir bajo la palabra cultura. Si suponemos que la situación indefinida es la mentalidad grupal de la que he estado hablando, y creo que hay buenas razones para suponerlo, entonces lo que el grupo intentaba era responder al desafío presentado a su capacidad para llenar las necesidades del individuo a través de esta simple cultura de líder y secuaces. Se verá que, dentro del esquema que ahora presento, el grupo puede ser considerado como un interjuego entre las necesidades individuales, la mentalidad de grupo y la cultura. Para ilustrar el sentido de lo que quiero decir con esta tríada, he aquí otro episodio tomado de un grupo.

Durante un lapso de tres o cuatro semanas dentro de un grupo de pacientes, percibí una atmósfera sumamente desagradable —se ignoraban mis aportaciones, la respuesta usual era un cortés silencio, y luego la conversación continuaba sin que, a mi parecer, mostrara el menor signo de haber sido influida por ninguno de mis comentarios. De pronto un paciente comenzó a exhibir algo que el grupo sintió como síntoma de enajenación mental, al hacer afirmaciones que parecían ser producto de alucinaciones. Instantáneamente me encontré readmitido en el grupo. Yo era el líder bueno, dueño de la situación, plenamente capaz de

[1] La palabra inglesa *follower* (seguidor, acompañante, secuaz) se traduce habitualmente en la literatura psicoanalítica como *secuaz*. [T.]

manejar una crisis de esta naturaleza; en suma, a tal punto el hombre adecuado para la tarea, que hubiese parecido vana la prosecución de que cualquier otro miembro del grupo intentara alguna iniciativa útil. Había que verlo para creer la rapidez con que la consternación se transformó en dulce complacencia. Antes de que el paciente despertara alarma en el grupo, mis intervenciones podrían haber sido pronunciamientos de un oráculo, tal era el silencio ceremonioso con que las recibían; pero eran pronunciamientos de un oráculo en decadencia —nadie hubiese soñado en tomar su contenido como algo valioso. Pero cuando en el grupo surgió la alarma, pasé a ser el centro de un culto en todo su poder. Desde el punto de vista de cualquier hombre que intentara realizar un trabajo serio, ninguna de las dos situaciones era satisfactoria. Una estructura grupal dentro de la que uno de los miembros es un dios, ya sea en la cumbre del poder o desacreditado, tiene una eficacia muy limitada. En este caso la cultura del grupo podría ser descrita casi como una teocracia en miniatura. No concedo importancia a esta frase como descripción, sino en la medida en que ayuda a definir lo que habría entendido por cultura en tal ocasión. Hecho esto, el empleo adecuado de mi hipótesis de: individuo, mentalidad grupal y cultura, requiere un intento de definir las cualidades de los otros dos componentes de la tríada. Antes de que la situación diera un vuelco, la mentalidad grupal había sido de tal naturaleza que las necesidades del individuo podían ser exitosamente negadas por la presencia de una relación amistosa entre los pacientes, y una actitud hostil y escéptica hacia mí. La mentalidad del grupo presionaba con fuerza sobre este paciente en especial por razones que es innecesario analizar. Esa vez fue posible efectuar un cambio en el grupo sin dilucidar la mentalidad grupal ni el efecto que ésta ocasionaba en el individuo, sino exhibiendo parte de la cultura del grupo. El grupo cambió y se convirtió, por su aspecto y su comportamiento, en algo muy semejante a escolares en el período de latencia. El paciente que manifestó síntomas tan serios, dejó de sentirse perturbado, al menos exteriormente. De nuevo los miembros del grupo trataron de volver a sus respectivos casos, pero presentando sólo problemas triviales, o de naturaleza no dolorosa. Entonces pude sugerir que el grupo había adoptado una pauta cultural análoga a la de un patio de recreo, y si bien se debía admitir que enfrentaban muy adecuadamente algunas de las dificultades del grupo —yo quería decir enfrentar la mentalidad grupal, pero no lo expresé así— se trataba de una cultura que sólo permitía encarar problemas de tipo escolar. El grupo cambió nuevamente y todos los miembros, incluso yo, parecíamos estar más o menos en el mismo nivel.

En ese momento, por primera vez en seis meses, una mujer mencionó dificultades matrimoniales muy serias que la estaban perturbando.

Espero que estos ejemplos den cierta idea de lo que entiendo por cultura, y también alguna idea de por qué considero que es necesario aclarar, si es posible, dos de los tres componentes de la tríada.

Mi intento de simplificar mediante los conceptos bosquejados provocará errores a menos que el lector tenga *in mente* la idea de que la situación grupal es, en la mayoría de los casos, sorprendente y confusa; la acción de lo que he llamado mentalidad grupal, o de la cultura de grupo, sólo ocasionalmente se ofrece de manera completamente clara. Además, el hecho de que uno mismo está envuelto en la situación emocional hace difícil conservar la mente clara. Hay momentos, tales como la escena que describí cuando se hallaban ausentes dos miembros del grupo, en que es evidente que los individuos luchan contra la apatía del grupo. En aquella ocasión atribuí la conducta del grupo a la influencia de uno o dos de sus miembros. No existe nada de extraordinario en esto: se repite a los niños que ellos son responsables de la mala reputación de la escuela, porque se considera que la conducta de uno será interpretada como comportamiento de todos; se dice a los alemanes que ellos son responsables de la conducta del gobierno nazi; se dice que el que calla, otorga. A nadie le hace muy feliz que se insista de esta manera en la responsabilidad colectiva, pero supondré, no obstante, que a menos que el grupo desautorice abiertamente a su líder, de hecho lo está apoyando. En suma, repito, estoy totalmente justificado al decir que el grupo siente tal y tal cosa cuando, de hecho, sólo una o dos personas parecen comportarse de manera que fundamente esta afirmación, si, en el momento en que esto se produce, el grupo no da muestras de la conducción que recibe.

Me atrevo a decir que tal vez será posible basar la creencia en la complicidad del grupo en algo más convincente que una evidencia negativa; pero por el momento ésta me parece suficiente.

III

En las secciones anteriores expliqué mis aportaciones al grupo. Dije que la situación emocional es casi siempre tensa y confusa, y por lo tanto no le resulta fácil al psiquiatra, que necesariamente debe ser parte del grupo, decir lo que está pasando. Los sentimientos de frustración son comunes, el aburrimiento agudo, y con frecuencia lo único que trae alivio son los arranques de exasperación que se producen entre los miembros. Cuando una interpretación que doy esclarece una situación que ha permanecido oscura durante semanas, inmediatamente se produce otro período de oscuridad que se prolonga tanto como el anterior.

Pongo a prueba esta situación confusa al considerar cuál es la posición que ocupo en un momento dado dentro de las emociones del grupo, y me complazco en observar, al menos para satisfacción propia, la clase de liderazgo que otros están desempeñando. He sugerido que suponer la existencia de una mentalidad grupal ayuda a dilucidar las tensiones del grupo. Uso este término, mentalidad grupal, para describir lo que creo que es la expresión unánime de la voluntad del grupo, una expresión de voluntad a la que cada individuo contribuye anónimamente. He dicho que este fenómeno de la vida mental del grupo ocasiona dificultades en la realización de los objetivos individuales. El tercero y último de mis postulados fue el de la cultura de grupo, término que usé para describir aquellos aspectos del comportamiento que parecían surgir del conflicto entre la mentalidad grupal y los deseos del individuo. Como ilustración concreta de lo que quería decir, di algunos ejemplos de las experiencias que me llevaron a formular estos conceptos.

Al ofrecer al grupo mi interpretación, evito términos tales como 'mentalidad grupal'; los términos usados deben ser tan simples y precisos como sea posible. Así, al referirme a lo que llamo mentalidad grupal, puedo decir: Pienso que durante estos últimos cinco minutos, el grupo se ha unido para incomodar a cualquiera que diga o haga algo que me ayude a dar más interpretaciones. Pasaré entonces a describir los hechos que muestran cómo el grupo ha actuado así, y que me han hecho pensar que trabajaba en equipo, aunque no pueda descubrir cómo ha podido lograr esta cooperación. Si tuviera alguna evidencia al respecto, la ofrecería.

O podría expresar, al hablar de lo que llamo cultura de grupo: estamos comportándonos ahora como si fuéramos iguales, hombres y mujeres adultos, que discuten el problema libremente, con tolerancia hacia las diferencias de opinión y sin preocuparnos si tenemos o no "derechos" para expresar un punto de vista.

O bien, al hablar del individuo, diría: El señor X se ve en apretos, porque desea tratar un problema propio, pero siente que va a ponerse en una situación difícil con el resto del grupo si persiste en su actitud.

He dado este último ejemplo para mostrar que la situación podría describirse igualmente en términos de mentalidad grupal, como en el primer ejemplo. Este no es un asunto que tenga importancia en sí mismo, pero el psiquiatra debe decidir cuál es para él la fórmula que mejor ilumina la situación, y, luego, en qué términos la describirá ante el grupo.

No dedicaré más tiempo a discutir el lenguaje que debe emplearse en las interpretaciones; es importante, pero no creo que se lo pueda expresar fácilmente en un libro. Supondré, en consecuencia, que el lector entiende que hay que describir la situación en términos concretos, y dar información en la forma más completa y precisa posible, sin recurrir a los conceptos teóricos en que se basan los puntos de vista del psiquiatra.

¿Cómo resultó en la práctica el uso de estos tres conceptos (mentalidad grupal, cultura de grupo e individuo) como fenómenos interdependientes? No muy bien; comprobé que el grupo reaccionó de una manera excéntrica y molesta. Una y otra vez ofrecí interpretaciones del tipo de las descritas, y de vez en cuando la reacción subsiguiente podía explicarse como consecuencia lógica de la interpretación que había ofrecido, pero había excepciones que me confundían. Los cambios que sufría el grupo eran de tal naturaleza, que me dejaban perplejo e incapaz de aplicar mis teorías de manera convincente. Sentía que eran inaplicables, o que iluminaban algún aspecto de la situación que no tenía real importancia.

Quisiera dar ejemplos concretos, pero no recuerdo lo que se dijo textualmente, y, de cualquier manera, lo que produjo lagunas en mis teorías no fueron las palabras, sino la emoción que las acompañaba. En consecuencia, desde luego admito lo que hay de subjetivo en mi relato.

Dije que el efecto de la interpretación era excéntrico. No obstante, después de un tiempo noté que algunas pautas de comportamiento se repetían y, en particular, una que se desenvolvía así: dos miembros del

grupo se trababan en discusión; a veces apenas se podía describir lo que sucedía entre ellos, pero era evidente la existencia de una trabazón, entre ambos, que el grupo como tal también percibía. En estas ocasiones el grupo se sentaba en silencio, atento —una conducta verdaderamente sorprendente si se considera la impaciencia que provoca en el neurótico cualquier actividad que no se centre en su problema personal. En cualquier ocasión en que dos personas establecen este tipo de relación en el grupo —se trate de un hombre y una mujer, de dos hombres, o de dos mujeres— parece existir el supuesto básico, compartido tanto por el grupo como por la pareja en cuestión, de que la relación es de tipo sexual. Es como si no pudiera existir, fuera del sexo, ninguna razón posible para que dos personas se pongan de acuerdo. El grupo tolera esta situación, y, aunque se intercambie sonrisas suspicaces, parece preparado para permitir que la pareja continúe indefinidamente su relación. Hay excepciones, pero no tan numerosas como se podría imaginar, si se considera que los otros individuos tienen mucho que quisieran decir.

Ahora bien, es evidente que dos personas en un grupo pueden unirse por una cantidad de propósitos no sexuales; en consecuencia, debe haber un grado considerable de conflicto entre el deseo de la pareja de lograr el objetivo que persigue conscientemente, y las emociones derivadas del supuesto básico de que dos personas sólo se pueden encontrar con un propósito, el propósito sexual.

En un momento determinado la pareja queda en silencio y, si se les pregunta el porqué, pueden dar como respuesta muchas razones —no desean monopolizar, han dicho todo lo que tenían que decir—. No niego la validez de estas explicaciones, pero añadiría que los integrantes de la pareja se dan cuenta de que su contacto no está de acuerdo con el supuesto básico del grupo, o bien que está de acuerdo con éste, pero no con otros aspectos de lo que se considera una conducta pública adecuada.

Se puede decir de cualquiera que haya empleado una técnica de investigación que dependa de la presencia de dos personas, y el psicoanálisis es una de tales técnicas, no sólo que toma parte en la investigación de una mente por otra, sino también que investiga, no la mentalidad de un grupo, sino la de una pareja.

Si mi observación del supuesto básico del grupo es correcta, no debe sorprender que una investigación de ese tipo parezca demostrar que el sexo ocupa una posición central junto con otras emociones más o menos secundarias.

Si el supuesto básico con relación a la pareja es que sus integran-

tes se encuentran con propósitos sexuales, ¿cuál es el supuesto básico en relación con las personas que se unen en grupo? El supuesto básico es en este caso el de que la gente se reúne en grupo con el propósito de preservar al grupo. Es muy común que en las discusiones se insista hasta el cansancio en la preocupación de que los miembros ausentes sean un peligro para la coherencia del grupo, a la vez que se considera a los que están presentes como virtuosos por el solo hecho de estarlo. Quien no esté habituado a esta clase de grupos se sorprendería al comprobar cómo un grupo compuesto por gente que se supone inteligente, puede continuar por tanto tiempo en esta área tan limitada, como si la discusión fuera emocionalmente satisfactoria.

Nadie se preocupa por hacer del grupo algo digno de ser preservado y, de hecho, consideran cualquier protesta acerca de la forma en que el grupo emplea su tiempo, o la sugestión de un cambio en la tarea, como algo que nada tiene que ver en la discusión de la temida desintegración del grupo. Fuera del grupo, y a veces en él, los individuos creen que la forma en que el grupo emplea su tiempo puede regular la intensidad con que la gente desea pertenecer a él, pero en el grupo pasa cierto tiempo antes de que los individuos superen el sentimiento de que la adhesión al grupo es un fin en sí misma.

Mi segunda observación es que el grupo parece conocer sólo dos técnicas de autodefensa: el ataque o la fuga. La frecuencia con que un grupo, cuando opera como tal, recurre a uno u otro de estos dos procedimientos, y sólo a ellos, para enfrentar todos sus problemas, me hizo al comienzo sospechar acerca de la posibilidad de que existiera un supuesto básico relativo a la formación misma del grupo. La observación clínica ofrece argumentos tanto para decir que este supuesto básico consiste en que el grupo se reúne para el "ataque-fuga", cuanto que se reúne para preservar al grupo. La última hipótesis es adecuada para explicar por qué el grupo, que se muestra intolerante con actividades que no sean una forma de ataque-fuga, tolerará, sin embargo, la formación de parejas. La reproducción, dentro del proceso de preservación del grupo, se reconoce como equivalente al ataque-fuga.

La preocupación por el ataque-fuga lleva al grupo a ignorar otras actividades o, si no puede hacerlo, a suprimirlas o evitarlas. El supuesto básico de un grupo sobre el grupo choca tan netamente con otros puntos de vista sobre lo que puede hacer un grupo, como choca el supuesto básico de emparejamiento con las otras consideraciones relativas a qué actividades son propias de las parejas.

Partiendo del supuesto básico acerca de los grupos, surge cierto número de supuestos subsidiarios, algunos de importancia inmediata. El

individuo siente que, dentro del grupo, el bienestar individual es un asunto de consideración secundaria —el grupo está primero; en la huida al individuo se lo deja de lado; la necesidad fundamental es la supervivencia del grupo, no la del individuo.

El supuesto básico del grupo entra en marcado conflicto con la idea de un grupo que se reúne para realizar un trabajo creativo, especialmente con la idea de un grupo que se reúne para enfrentar las dificultades psicológicas de sus miembros. Surgirá el sentimiento de que el bienestar individual no cuenta, siempre que el grupo continúe; y surgirá también el sentimiento de que cualquier método para enfrentar la neurosis que no consista en luchar contra ella o escapar del miembro afectado por ella, es un método inexistente directamente opuesto al bien del grupo; un método como el mío no se considera adecuado para ninguna de las técnicas básicas del grupo.

Todos vivimos en grupo y tenemos mucha experiencia, por inconsciente que sea, de lo que ello significa. En consecuencia, no debe sorprender que quienes critican mis intentos de utilizar grupos, lo sientan como algo injusto con el individuo o como un método para que éste escape de sus problemas. Se supone que si el ser humano, como animal gregario, elige un grupo, lo hace para luchar o para escapar de algo.

La existencia de tal supuesto básico ayuda a explicar por qué en los grupos se ve que, aunque me vivan en una posición preeminente como líder del grupo, también sienten que me evado de la tarea. La clase de liderazgo que se reconoce como apropiado es el liderazgo del hombre que moviliza al grupo para atacar a alguien, o bien que lo conduce en la fuga. Es interesante que en relación con este contexto mencione que, cuando en compañía del doctor Rickman hice un experimento en el tratamiento de soldados internos en el Northfield Military Hospital, se suponía o bien que estábamos tratando de conducir los soldados al combate, o bien que estábamos ayudando a que un conjunto de holgazanes continuara esquivando la tarea. La idea de que lo que se intentaba era un tratamiento fue considerada como un engaño, primoroso, pero fácil de descubrir. Aprendimos así que a los líderes que ni atacan ni huyen no se los comprende fácilmente.

Llegamos ahora al siguiente punto: las reacciones a las interpretaciones basadas en los conceptos de mentalidad grupal, cultura de grupo e individuo, sugieren que mis teorías eran inadecuadas. El recxamen descubrió la existencia de supuestos básicos relativos al objeto de las relaciones de pareja y las relaciones de grupo.

A la luz de estos supuestos básicos propongo modificar así el concepto de mentalidad grupal:

La mentalidad grupal es la expresión unánime de la voluntad del grupo, a cuya formación el individuo contribuye de manera inconsciente, y que tiene sobre él una influencia enojosa cuando piensa o actúa en desacuerdo con los supuestos básicos. En consecuencia, constituye un mecanismo de intercomunicación diseñado para asegurar que la vida del grupo marche de acuerdo con los supuestos básicos.

La cultura del grupo es una función del conflicto entre los deseos del individuo y la mentalidad grupal.

De esto se sigue que la cultura de grupo mostrará siempre evidencia de los supuestos básicos subyacentes. A los dos supuestos básicos ya mencionados es necesario añadir uno más. Es el supuesto básico de que el grupo se reúne para obtener seguridad de un individuo de quien depende.

En el informe anterior (Cap. I) se vio un grupo desconcertado por la diferencia entre lo que ellos esperaban de mí y lo que realmente encontraron. Había ansiedad por que el grupo se moviera según líneas bien establecidas, por ejemplo, las de un seminario o una conferencia. Aunque cada individuo entendió que nos reuníamos a fin de estudiar los grupos y sus tensiones internas en el grupo mismo, tal actividad de mi parte no pareció comprensible. Cuando surgió otro líder, pronto lo descartaron, y el grupo volvió a depositar su confianza en mí, aunque se mantuvo tan reacio como siempre a reconocer o aceptar la clase de conducción que yo les daba. Describí el deseo del grupo de excluirme como miembro. En otra ocasión similar, algunos miembros me habían dicho que se estaban haciendo intentos para sabotear el grupo. En aquella sesión dije que el grupo reclamaba un líder para desempeñar una función que no tenía campo de acción, o al menos una función para la cual yo no había observado ninguno.

Esta revisión de mis teorías me habría capacitado para entender la situación mejor de lo que lo hice; mis explicaciones e interpretaciones habrían tenido más cohesión si hubiera podido relacionarlas con los conceptos que acabo de describir.

En primer lugar, el intento de usar el grupo como seminario tendía a mantenerlo en un nivel de conducta sofisticado y racional, adecuado para la realización de los fines que los individuos deseaban obtener; era como si el grupo fuera consciente de que sin un intento de tal naturaleza mi proceder llevaría a un tipo de grupo que sería más bien un obstáculo que una ayuda en la consumación de los deseos conscientes del individuo.

Fracasado este intento, comenzó a surgir el grupo que, de acuerdo con mi teoría, está dominado por el supuesto básico de la unidad en función de ataque-fuga.

Con el surgimiento de este grupo, el liderazgo que yo ejercía dejó de ser reconocible como tal. Si en la ocasión en que se me previno contra el sabotaje yo hubiera sido el líder que el grupo esperaba, habría entendido la invitación a reconocer la existencia de un enemigo —el primer requisito de un grupo de esta clase—. Si lo único que cabe es luchar o escapar, hay que encontrar algo contra quién luchar o de quién escapar.

El líder sustituto fracasó, pero en este plano el grupo fue original. De acuerdo con mi experiencia, la mayoría de los grupos, y no sólo los grupos de pacientes, encuentran un sustituto que los satisface plenamente. Por lo general, se trata de un hombre o de una mujer con marcados rasgos paranoides; quizás si la presencia de un enemigo no es lo bastante obvia, para el grupo lo mejor que se pueda hacer es elegir un líder para quien sí lo sea.

Una revisión de mis anteriores experiencias de grupo indica que tales experiencias no fueron incompatibles con mis nuevos conceptos. Trataré ahora de llevar dichas teorías a la práctica.

He aquí lo que sucedió en un grupo al que le ofrecí interpretaciones que mostraban cómo el tratamiento despertaba sentimientos desagradables en los miembros. El efecto de las interpretaciones había sido que los miembros sintieran que yo amenazaba al grupo "bueno". En un momento dado mi interpretación dependía de las observaciones que hiciera la señorita Y. Ella escuchó mis palabras, pero no hizo comentario alguno como si yo no hubiese hablado en absoluto. Pocos minutos más tarde, al dar otra interpretación de la misma clase, sucedió algo similar; unos minutos más tarde, de nuevo lo mismo. El grupo quedó en silencio. En el momento en que la señorita Y ignoró mi interpretación, me di cuenta de que el grupo había adquirido cohesión como grupo; no tenía ninguna duda al respecto. Al terminar mi tercera interpretación, estaba seguro no sólo de que el grupo había adquirido cohesión, sino de que lo había hecho para poner fin a mis intervenciones. Tuve la seguridad de que esta determinación se encarnó en el señor X que no había dicho una sola palabra. El señor X era un hombre que poseía fuertes sentimientos de odio y un gran temor por su agresividad. Sólo hablaba cuando se trataba de un grupo de emparejamiento, o de un grupo reunido para satisfacer la necesidad de dependencia. Aunque en ambos casos hablaba, lo hacía con timidez, por lo menos hasta que él mismo no se hubo desarrollado. Pero dentro del grupo en cohesión, se mantenía en silencio, y daba la impresión

de profunda satisfacción emocional. Esta era la impresión que daba en este momento de mi relato.

Durante el período de silencio pude darme cuenta de que otro de los pacientes experimentaba una fuerte satisfacción emocional. En cierto sentido parecía ser menos importante que el señor X y hasta estar subordinado a él. El señor M, como lo llamaré, estaba sentado con la mirada fija en el señor X. De tanto en tanto, sus ojos se desviaban pensativamente hacia los otros miembros, como si estuviera observando si alguno de ellos deseaba sorprender su mirada. El señor M habla rara vez de sus propias dificultades. Habla como si quisiera animar al grupo, mostrando que ser cándido no causa daño; sin embargo, si ese es su objeto, fracasa, porque sin dnda los más avisados sacan otras conclusiones a partir de la evidencia de cortés y cuidadosa selección que ofrecen sus contribuciones. En esa ocasión su mirada se detuvo en uno de los miembros como invitándolo a hablar, pero la invitación pasó inadvertida.

La señorita J comenzó a hacer un relato de cierto inconveniente que había sufrido en su trabajo. Cuando terminó, ella misma interpuso una tentativa de interpretación de su conducta. Describió luego otros episodios, pero al no poder mantener su actitud de prescindencia frente a la lapidaria hostilidad del grupo, abandonó su tentativa y se refugió en el silencio, no sin antes recalcar que ella se consideraba demasiado susceptible como para poder seguir adelante.

La siguiente intervención partió de la señorita H, que sólo alcanzó a pronunciar unas pocas frases antes de darse por vencida.

Después que el silencio se hubo prolongado por algún tiempo, señalé que ciertos miembros, en particular la señorita J y la señorita H, habían tratado de seguir con el tratamiento, como sentían que debía ser, hablando de sus dificultades, en parte porque consideraban que eso sería útil para ayudarme, y en parte porque deseaban quebrar el sentimiento hostil que reinaba en el grupo. Pensé que el silencio podría ser juzgado a la vez como expresión de la hostilidad del grupo y del grado de conciencia que tenían los individuos de que en el grupo, tal como era, no se podía realizar ningún trabajo creativo.

La que he descrito fue una situación emocional difícil de comunicar con palabras. A esta clase de episodio me refiero cuando digo que el grupo había adquirido cohesión. Cuando el grupo alcanza este nivel, se convierte en algo tan real y forma parte de la vida humana como una familia, pero de ninguna manera es lo mismo que una familia. El líder de tales grupos está lejos de ser el padre de familia. En ciertos estados especiales emocionales que describiré más adelante, el líder se asemeja

a un padre, pero en esta clase de grupo cualquier miembro que exhiba cualidades paternales pronto encuentra que no posee ni el status, ni las obligaciones, ni los privilegios propios de un padre o una madre. En verdad, en la medida en que se espera que yo, como psiquiatra, manifieste cualidades paternales, mi propia posición en el grupo se hace anómala, y la expectación obra como una razón adicional para que se me excluya del grupo —sumado al hecho de que mi comportamiento ya ha hecho que el grupo se una contra mí como enemigo. El que de alguna manera se me mantenga en "escena" cuando el supuesto básico implica que está fuera de lugar toda persona cuyo interés primario es el bienestar del individuo, requiere la autoridad que me confiere mi posición de psiquiatra.

El señor X no tenía necesidad de hablar en ese grupo; estaba identificado con él, dado que los sentimientos que lo hacían sentir más culpable, su odio destructivo, eran los permitidos por el supuesto básico de que el grupo se había unido para luchar o huir.

El señor M desempeñó un papel muy interesante; pensé que era necesario dedicarle cuidadosa atención. Antes de ofrecer una interpretación que fuera comprensible para el grupo, yo tenía que observar la expresión de su rostro, y el orden en que se dirigía a los miembros solicitándoles participación. Era como si se contemplara una película muda de un hombre que conduce una orquesta: ¿Qué clase de música deseaba obtener? La función del señor M consistía en mantener viva la hostilidad, de manera que nadie pudiera dejar de notar mi impotencia para provocar cambio alguno en la situación.

Continué prestando minuciosa atención a las peculiaridades emocionales de esta situación. Me fue posible señalar que los individuos que, tratando de ayudar, provocaban dificultades propias, eran ignorados o se los desairaba; que los intentos de ser constructivo eran tratados en forma similar; que entre todos los miembros del grupo parecía haber un sutil entendimiento, y que en todo lo que hacíamos trabajábamos juntos, en equipo. Pude mostrar que varios miembros del grupo, por ejemplo el señor M, se comunicaban con el resto del grupo por un sistema de gestos, con frecuencia muy sutiles. Añadí que quizás hubiese otros medios de comunicación que aún no habíamos reconocido, quizá porque nuestro poder de observación fuera muy limitado aún.

No sería correcto decir que se ignoraban mis interpretaciones. La atmósfera reinante me hacía sentir que algo de lo que yo decía era recibido, pero a juzgar por la apariencia externa yo podría haber estado separado del resto del grupo por un cristal a prueba de sonidos. En verdad, mis interpretaciones no provocaron la más mínima diferencia en

el comportamiento del grupo, que durante los treinta minutos que restaban para finalizar la sesión, continuó mostrando una total falta de respuesta. Como el lector se imaginará, yo me preguntaba por qué no había respuesta. O las teorías eran erradas nuevamente, o bien mis interpretaciones eran incorrectas. En verdad, me sentía en una situación similar a la que surge en un psicoanálisis cuando, en una sesión subsiguiente, se pone de manifiesto que la falta de respuesta del paciente ha sido bastante parcial.

Esto fue lo que pasó en realidad. En la sesión siguiente el grupo se comportó como grupo en situación de emparejamiento. Preferiría, sin embargo, no continuar con la descripción de este grupo, sino describir una experiencia que tuvo lugar en otro grupo y que es más adecuada para mostrar el pasaje de una cultura de grupo a otra. En el ejemplo que he dado, las interpretaciones parecían producir efecto en los intervalos entre una y otra reunión. Ahora deseo describir una sesión en la que el cambio realmente se estaba produciendo. Elegiré una ocasión durante la cual se operó un cambio a partir del grupo ataque-fuga.

El grupo había estado con frecuencia en el estado de ataque-fuga. En esa ocasión la cultura del grupo resultaba extremadamente tediosa para muchos de los individuos, y en un momento un hombre entabló una conversación conmigo. No sería justo decir que era una conversación sin sentido, pues tenía suficiente coherencia como para exigir respuesta. Luego de unas pocas frases, mi interlocutor se interrumpió como si se diera cuenta de que había agotado sus recursos en el arte de hablar sin decir nada, y no quisiera seguir hasta un punto en que esto se hiciera demasiado obvio. A continuación una mujer hizo algo similar. Ambos se comportaron como si estuvieran satisfechos del éxito de su empresa. Cada uno de ellos repitió su procedimiento con otros dos miembros del grupo. A esta altura otros intentaron conversar de la misma manera que los primeros, pero se notaba que las conversaciones ya no carecían de sentido.

Si hubiera observado esta conducta en un psicoanálisis me habría sentido inclinado a pensar que el paciente deseaba adquirir seguridad, al establecer una especie de contacto amistoso conmigo, sin revelar en modo alguno la naturaleza de la ansiedad contra la que deseaba asegurarse.

En la situación grupal se podría haber formulado una interpretación muy semejante, pero si había que ajustar con exactitud ese comportamiento a las emociones de ese momento y lugar, la interpretación necesitaba ser de tal naturaleza que prestara la debida consideración a las funciones sociales que los individuos desempeñaban. De acuerdo

con ello interpreté la conducta de dichos individuos como una maniobra del grupo: estaban tratando de quebrar la cultura de ataque-fuga al establecer relaciones de emparejamiento. Como primer paso en este procedimiento, tomaron contacto conmigo, porque la experiencia les había demostrado que probablemente yo era el menos susceptible de verme tan envuelto emocionalmente en la situación del grupo como para ser incapaz de reaccionar. Sólo restaba un paso para hacer lo mismo con los miembros, y desde ese momento bastaron pocos minutos para que el grupo se transformara en un grupo reunido con propósitos de emparejamiento. Una vez que esto se hubo producido, la discusión de los problemas individuales se hizo nuevamente posible.

Dije que deseaba dar este ejemplo para ilustrar el cambio mientras se producía, pero me gustaría continuar con este episodio para mostrar qué sucede con los individuos a medida que el grupo pasa de una cultura a otra, y retorna luego a la primera.

Como dije, este grupo había estado sufriendo las frustraciones inherentes al intento de vivir en una cultura de ataque-fuga. Durante cierto lapso, el grupo de emparejamiento pareció ofrecer un ansiado alivio, pero a poco se hizo evidente que esta clase de grupo tenía también sus desventajas. Por una parte, no podían comprender mi propia función satisfactoriamente. Dentro del grupo de ataque-fuga, el supuesto básico hacía difícil que los individuos prestaran mucha atención a lo que yo decía o hacía. El supuesto básico del grupo de emparejamiento hacía difícil que cualquier individuo sostuviera una conversación conmigo. Hacía dificultosa la conversación entre cualquiera de las parejas, pero la posición peculiar ocupada por el terapeuta exacerba la dificultad. Quienes estén familiarizados con la teoría psicoanalítica comprenderán la clase de dificultades que surgen a medida que la conversación avanza.

Mencioné que en la cultura de ataque-fuga las reacciones del grupo colocaban en situación prominente a los individuos con rasgos paranoicos. Efectos similares se obtienen cuando el grupo pasa a otras culturas. Cuando se adquiere conciencia de los cambios producidos al pasar de una cultura de grupo fundada en un supuesto básico a otra cultura de grupo con otro supuesto básico, es posible usar tales cambios en beneficio de la propia observación clínica, de la misma manera que científicos de otros campos utilizan los cambios en la longitud de onda para obtener distintos efectos fotográficos del objeto que desean estudiar.

En las dos culturas que he mencionado hasta el momento, el psiquiatra debe enfrentarse con dificultades creadas por el hecho de que su tarea no se ajusta fácilmente a lo que, de acuerdo con el supuesto

básico del grupo, se reclama del líder. Esto hace que el grupo no esté preparado para recibir la contribución del terapeuta. Pienso que el terapeuta que experimente la falta de respuesta del grupo debe grabar esto en su mente como un factor más en el conjunto de los que ocasionan este rechazo. Si el terapeuta creyera que el grupo comparte la elevada opinión que él tiene de sí mismo, debería preguntarse si su liderazgo ha comenzado a adaptarse a las demandas del supuesto básico del grupo.

Ahora deseo considerar el estado que he descrito como cultura del grupo "de dependencia".

Pareciera que el supuesto básico dentro de esta cultura de grupo fuera que existe un objeto externo cuya función es la de proveer seguridad al organismo inmaduro. Esto significa que siempre se considera que una de las personas está en posición adecuada para satisfacer las necesidades del grupo, y el resto en una posición en que sus necesidades son satisfechas. Cuando el grupo entra en esta cultura y la establece como una alternativa frente a cualquiera de las otras dos culturas por cuya experiencia ha pasado, se evidencia un cierto tipo de alivio similar al que, según he descrito anteriormente, se produce cuando el grupo de ataque-fuga pasa a ser grupo de emparejamiento. Cuando la cultura se ha establecido, los individuos comienzan nuevamente a mostrar incomodidad. Un fenómeno muy frecuente es el de la aparición de sentimientos de culpa relativos a la voracidad. Una breve meditación nos mostrará que esto podía esperarse. La cultura de ataque-fuga o la cultura de emparejamiento no representan, en relación con el individuo, la supervivencia de una actitud que trascienda sus propios límites, aunque podemos considerarla como formas primitivas de grupo. Pero el grupo que tiende a perpetuar el estado de dependencia significa, para el individuo, un estado de voracidad derivado del demandar más atención paterna de la que le corresponde. En consecuencia, dentro de este grupo existe un choque muy agudo entre el supuesto básico y las necesidades del individuo como adulto. En las otras dos culturas el choque se produce entre el supuesto básico de lo que se reclama del individuo como adulto, y lo que el individuo, como adulto, se siente capaz de dar. En esta cultura se hace mucho más evidente el sentimiento de que el psiquiatra es una especie de padre, y de ahí vienen las complicaciones y dificultades que uno debe esperar. El resentimiento por estar en una posición de dependencia se hace tan evidente como el alivio. Las dificultades sexuales son diferentes de las que se exhiben en el grupo de emparejamiento. Se expresan con mayor facilidad el enojo y los celos, pero éstos no adquieren cualidad masiva

y no provocan el temor que suscitan en el grupo de ataque-fuga. Sin duda, esto se produce a raíz del supuesto básico de que existe un ser que está allí para procurar que no surja ningún acontecimiento enojoso a causa de los actos de irresponsabilidad de los individuos. Dentro del grupo de ataque-fuga el odio no se da acompañado por tales seguridades, ya que se considera que el líder existe para expresar ésta y otras emociones afines. Aunque se experimenta alivio porque se pueden expresar los sentimientos con mayor libertad, existe conflicto entre el deseo de hacer esto y el deseo de ser maduro.

Cuando hablé del grupo que deseaba considerar la sesión como un seminario, dije que una de las razones para esto la constituía el temor inconsciente de que a menos que el grupo estuviera enclavado en una estructura madura, se facilitaría la intrusión de las formas de grupo ya descritas, y los objetivos ostensibles de los individuos —reunirse e integrarse como grupo—, resultarían distorsionados en vez de ser fomentados. Este impulso se expresa en el grupo terapéutico por el hecho mismo de llamársele grupo terapéutico. Parece tan razonable pensar en él como grupo terapéutico, suponer que el psiquiatra sea el líder, y hablar sólo de sufrimientos neuróticos, que puede no advertirse que al pensar de esta manera y comportarse de acuerdo con ella, estamos intentando inmovilizar el grupo en una forma de comportamiento que evitará la intrusión de formas de grupo que despiertan temor.

IV

En la sección anterior dije que los pacientes llegaban con un preconcepto que sirve de fundamento a una estructura tendiente a mantener al grupo dentro de un nivel sofisticado. El preconcepto consiste en que el grupo está compuesto de médico y pacientes.

Cuando los hombres se reúnen, por ejemplo, en un comité, se establecen reglas y procedimientos, y generalmente existe un programa. La formalidad con que se realiza el trabajo varía con el grupo. En los grupos en los que soy psiquiatra, por virtud de mi posición, soy al mismo tiempo el más indicado para establecer reglas de procedimientos. Pero yo aprovecho esta posición para no establecer ninguna regla y no adelantar ningún programa.

Cuando se hace evidente lo que estoy haciendo, el grupo acepta mis omisiones, y la medida en que lo hace demuestra que está en juego algo más que una pasión por la eficiencia. Los fenómenos contra los que el grupo se defiende no son otros que las manifestaciones grupales que describí en la última sección —el "grupo de ataque-fuga", el "grupo de emparejamiento" y el "grupo de dependencia"—. Es como si el grupo tuviera conciencia de cuán fácil y espontáneamente se estructura y se adecua para actuar, de acuerdo con estos supuestos básicos, si no se toman medidas para evitarlo. Tal como un grupo de estudiantes puede usar la idea de un seminario o de una conferencia que le sirva para fundamentar una estructura sofisticada, el grupo de pacientes cuenta con una base para una estructura en la convención comúnmente aceptada que tiende a ver en la deficiencia neurótica una enfermedad y en los terapeutas "médicos".

El grupo de dependencia

En un principio, el grupo se aplica a establecer esta idea de médico y pacientes tan firmemente como sea posible: se ajusta a una disciplina estricta, impuesta *ad hoc*, cuidando de limitar severamente las conversaciones a tópicos carentes de importancia, excepto en la medida en que apoyen la apariencia de que los pacientes hablan con un médico.

De esta manera el grupo trata de sentir que la situación es familiar e inmodificable.

A esta altura es común ver que un grupo insiste en que el médico es la única persona que debe ser considerada y, al mismo tiempo, con su comportamiento muestra que no cree que aquél, como médico, conozca su tarea. Si el mismo psiquiatra se siente obligado a restaurar la estructura sofisticada reclamando autoridad como psiquiatra, se hace evidente que no es el paciente el único que tiene necesidad de una situación familiar. El mantenimiento de una estructura sofisticada está asociado con el sentido de que la estructura sólo existe en forma precaria, y puede ser fácilmente trastrocada. Cuando observo a un grupo que lucha con este problema, recuerdo las advertencias, frecuentes en los últimos años, de que la civilización misma estaba en peligro. El problema del líder parece ser siempre cómo movilizar las emociones asociadas con los supuestos básicos, sin poner en peligro la estructura sofisticada que parece asegurar la libertad del individuo para ser un individuo, sin dejar de ser miembro del grupo. Este fue el balance de tensiones que describí anteriormente en términos de equilibrio entre mentalidad grupal, cultura de grupo e individuo.

Como dije, la base médico-paciente pronto demuestra ser inadecuada para mantener una estructura sofisticada, y una de las razones para esto consiste en que sólo se trata de un mero disfraz del grupo de dependencia, de manera que las reacciones emocionales propias de esta clase de grupo básico surgen inmediatamente, y la estructura de sofisticación se desploma sin remedio.

¿Por qué nos importa este problema? En la sección precedente señalé algunos de los inconvenientes de la situación, y ahora examinaremos algunos más. El grupo de dependencia, cuya característica impone el predominio de una persona, ofrece dificultades para el ambicioso, o en verdad, para cualquiera que desee ser oído, pues significa que a los ojos del grupo, y de ellas mismas, tales personas están en una posición de rivalidad con el líder. Se piensa que el beneficio no proviene ya del grupo, sino solamente del líder, con el resultado de que los individuos sienten que se los atiende sólo cuando hablan con el líder del grupo. Esto conduce al sentimiento —de lo más desagradable, dado que se asocia con una impresión de pedir demasiado y dar muy poco— de que se los está defraudando o sometiendo a una situación de total abandono. El alivio que representa la idea de que el psiquiatra se interesa por cada individuo, no le resulta convincente a un grupo de relativa antigüedad, para quien la cura es algo más que una mera experiencia de sentimientos agradables, presumiblemente transitoria. Dado

que cada individuo piensa que sólo es atendido cuando está hablando con el psiquiatra, los miembros del grupo consideran que el progreso alcanzado en la sesión avanza demasiado lentamente. Esta impresión se desvanece sólo en parte al explicarse en detalle cómo el grupo se adhiere a la estructura de dependencia a pesar de las incomodidades que presenta.

El rasgo esencial de la incomodidad en este tipo de grupo consiste en que surge precisamente de la naturaleza del grupo mismo, y este punto ha de demostrarse siempre.

Cuando domina una estructura de dependencia, es muy común que un individuo se presente con una experiencia mental desagradable sobre la que desea hablar. La actitud del grupo hace dificultosa cualquier consideración de su problema, y la frustración de los objetivos del paciente que esto implica puede aparecer como un serio defecto inherente a esta técnica de grupo; pero nuevamente debemos establecer el hecho de que no estamos interesados en ofrecer tratamiento individual en público, sino en llamar la atención sobre las experiencias reales del grupo, y, en este caso, sobre la manera en que el individuo y el grupo tratan con el individuo. Hay algo más: muchas veces los pacientes llegan con relatos cuidadosamente preparados y hablan sólo cuando piensan que pueden participar de una manera que se ajuste a su propia elección. Si el psiquiatra reacciona como si estuviera realizando un tratamiento individual en públlico, pronto se dará cuenta de que está trabajando contra el grupo, y que el paciente lo hace a favor. Si tiene la fortaleza mental suficiente como para evitar esta trampa, observará que la exasperación, a primera vista tan razonable, del paciente cuya dificultad se ignora, está dictada no tanto por la frustración de un objetivo legítimo, como por la exposición de dificultades que el paciente *no* ha venido a discutir; y en particular sus características como miembro del grupo, las características de la afiliación a un grupo, los supuestos básicos, y todo el resto. Así, una mujer comienza con una dificultad personal, que espera aliviar con ayuda del psiquiatra siempre que éste le responda analizando sus asociaciones. Si el psiquiatra no lo hace, la paciente ve surgir una situación totalmente inesperada, que el psiquiatra puede aprovechar para demostrar las dificultades del grupo, que incluirán dificultades de la mujer en cuestión, dificultades que la paciente puede considerar de poca importancia, pero que al final no resultan así. Por supuesto esto es muy común en el psicoanálisis —los temas discutidos no son los que el paciente vino a discutir—. Sin embargo, es importante comprender que el psicoanalista fácilmente puede cometer un disparate

que nunca cometería en un psicoanálisis, al tratar al grupo con un procedimiento similar a un psicoanálisis en público. El psiquiatra debería desconfiar si siente que está tratando con el problema que el paciente o el grupo piensa que él debe tratar. Este es un punto crítico; si el psiquiatra puede manejarse atrevidamente con el grupo en vez de emplear su tiempo en pedir disculpas por su presencia, encontrará que las dificultades inmediatas se ven neutralizadas con creces por las ventajas del uso apropiado de sus medios.

En el grupo de dependencia, la fuga está confinada en el grupo y el ataque en el psiquiatra; el impulso del grupo tiende a apartarlo del objeto hostil; el del psiquiatra tiende hacia él. Fuera de esto, las emociones del grupo parecen estar asociadas sólo con transiciones que van del estado mental del grupo de dependencia a uno de los otros dos grupos básicos. Las características de este grupo son la falta de madurez en las relaciones individuales, y la ineficacia, excepto en el grupo básico, en las relaciones de grupo. Ambas se oponen a los mejores esfuerzos de la habilidad individual en pro de una comunicación esmerada y consciente. Para aprehender la significación total de estos problemas sería necesario comparar esta situación con las condiciones correspondientes en otras clases de grupo.

Salvo en el líder, la suprema virtud del individuo dentro de esta clase de grupo es el temor. La participación en este campo emocional significa una elevada capacidad para la huida instantánea tan pronto como cualquier miembro del grupo experimente temor. Tal situación resulta muy desagradable para el individuo que, después de todo, mantiene plena conciencia de sus deseos como un adulto completamente maduro.

Con frecuencia el grupo se estructura como grupo de dependencia a fin de evitar las experiencias emocionales peculiares a los grupos de emparejamiento y de ataque-fuga. En cierto modo, el grupo de dependencia se presta perfectamente para hacer esto, pues, como he sugerido, puede limitarse a la experiencia de la huida, dejando que el analista experimente, si lo desea, lo que significa dirigirse a los problemas de los que el grupo huye. Esta relación simbiótica entre el grupo y yo —el psiquiatra— sirve para evitar que los miembros del grupo experimenten ciertos aspectos de la vida de grupo para los que no se sienten preparados. Así, se les concede libertad para ejercitarse en el desarrollo de relaciones sofisticadas conmigo. Digo "conmigo" porque las experiencias tempranas del grupo de dependencia indican de todos modos que por parte de los individuos existe una notable in-

capacidad para creer que puedan aprender algo valioso por cooperación mutua.

A través de lo que he dicho debería hacerse evidente que los miembros de un grupo en estado de dependencia encuentran que sus experiencias son insatisfactorias. De cualquier manera, su disposición contrasta con la que experimentan cuando, habiendo delegado todos sus cuidados en el líder, se sientan a esperar que éste resuelva todos los problemas. Gracias a las interpretaciones que he podido darles, los miembros del grupo están incapacitados para atribuir sus desilusiones inmediatas a mi fracaso para hacer lo que se supone que debe hacer un líder de esta clase de grupo. En verdad, si el grupo alberga semejante idea, ello sólo puede obedecer a mi completo fracaso en aclarar lo que estaba ocurriendo. El hecho es que este supuesto básico, y el campo emocional que le es concomitante, produce frustraciones características, algunas de las cuales son más visibles para un paciente que para otro.

Cuando la investigación del grupo dependiente se ha desarrollado, es posible observar la aparición de ciertas características que demandan atención en este momento. El grupo siempre espera que yo actúe con autoridad, en mi carácter de líder, y yo acepto esta responsabilidad, aunque no en la forma que el grupo espera. En las primeras etapas parecía sensato pensar que esta autoridad se basa en la idea de que yo soy un médico y ellos son pacientes, pero existen rasgos en la conducta del grupo cuya aparición con el correr del tiempo muestra que la situación es más compleja. La insistencia del grupo en que nadie más que yo tiene derecho a reclamar atención se da junto a un firme sentimiento de desengaño por lo que hago; la creencia inconmovible de que están justificados al pensar que mi preparación y mi experiencia me capacitan para conducir el grupo, se acompaña de una indiferencia casi igualmente inconmovible hacia todo lo que digo [1].

Si tomo nota de la atmósfera emocional del grupo —y el no

[1] Se ha afirmado en forma errónea que mi técnica se basa en la técnica característica del grupo sin líder que durante la época de la guerra se utilizó para la selección de candidatos a entrenar como oficiales del ejército británico. Esto no es exacto. En 1940 escribí un memorándum que sirvió como estímulo para un experimento llevado a cabo por el Dr. John Rickman en el Hospital de Emergencia del Warncliffe, que pronto se hizo conocido como el "Experimento de Warncliffe". La experiencia así obtenida fue empleada por Rickman y por mí como punto de partida para un experimento posterior realizado en el Hospital Militar de Northfield. La fama o notoriedad alcanzada por este experimento, le otorgó el nombre de "Experimento de Northfield"". Desde entonces este nombre ha adquirido gran respetabilidad por ser adecuado a aquellas actividades que se adaptan a las tradiciones de disciplina y patriotismo por las que se ha hecho justamente famoso el Ejército Británico.

hacerlo requeriría una considerable capacidad para la negación— resulta evidente que al grupo no le interesa entender lo que yo digo, sino más bien hacer uso sólo de aquellas partes de mi contribución que pnede incorporar a lo que parece ser un *corpus* de creencias ya bien establecido. Gestos, tonos de voz, manera y apariencia, y en ocasiones hasta el núcleo fundamental de lo que digo, nada de ello está fuera de lugar, si puede adecuarse a este sistema. El grupo se combina para establecer una sólida imagen del objeto, de la cual pueda depender.

Al principio no es fácil reconocer los rasgos de esta imagen, pero aun así es claro que no constituyen los rasgos de un médico. Cualquier otro miembro del grupo que sea exaltado en mi lugar corre la misma suerte, con el resultado de que los individuos encuentran, sin excepcióu, que influyen en el grupo de una manera caprichosa y que esta influencia sólo se relaciona en forma confusa con los pensamientos que ellos tratan de expresar. Me hago a mí mismo el propósito de iluminar la situación del grupo por medio de un pensamiento nítido, claramente expresado; en el mejor de los casos se trata de una desmedida ambición, pero en un momento dado se hace evidente qué entre los factores que contribuyen a que éste sea un objetivo difícil de obtener, se encuentra la hostilidad del grupo hacia dicho objetivo como tal. Puede captarse mejor la naturaleza de esta hostilidad si se la considera como una hostilidad contra todo método científico y, en consecuencia, hostilidad contra cualquier actividad que pareciera acercarse a este ideal. Se oirán quejas de que mis afirmaciones son teóricas; de que son meras intelectualizaciones; de que mi forma de ser es fría; de que soy demasiado abstracto. Un estudio del grupo realizado durante cierto lapso mostrará que, aunque no hace falta dudar de la capacidad de los individuos para trabajar fuerte, el grupo, como tal, se opone totalmente a la idea de que se han reunido para trabajar, y en verdad, reacciona como si al hacerlo quebrantaran un importante principio. No entraré en más detalles al respecto, pero quizás, si el lector vuelve a alguna de mis descripciones previas sobre la conducta del grupo, reconocerá en ellas algunos de los rasgos que estoy describiendo (en particular págs. 38, 47 y 48). Sugeriré ahora que todos los aspectos del comportamiento en el grupo de dependencia pueden ser reconocidos como relacionados entre sí, si suponemos que en este grupo se cree que el poder no surge de la ciencia, sino de la magia. En consecuencia, una de las características que se reclama del líder del grupo es que sea un mago, o que se comporte como si lo fuera. De acuerdo con esto, los silencios en un grupo de dependencia expresan la decisión de negar al líder el material que éste requiere para la investigación científica, con lo cual se evitan las formas de evolución que parecerían

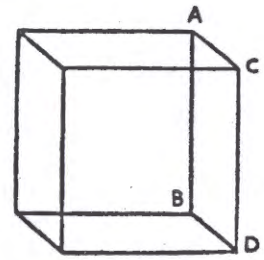
minar la ilusión de seguridad que extraen de estar cuidados por las manos de un mago, o bien son expresiones de devoción y adoración hacia el líder, como mago. A menudo una interpretación será seguida de un silencio que, mucho más que una pausa para pensar, es un tributo de reverente temor.

Cuando el grupo ha alcanzado esta etapa de desarrollo, el psiquiatra puede pensar que se halla ante "resistencias" en el sentido ordinario del término, pero creo que es más provechoso considerar al grupo como una comunidad que sintiera que sus creencias religiosas son objeto de un ataque hostil. En verdad, en esta etapa es muy común dar con frecuentes referencias a la religión. Algunas veces el individuo se identifica con el investigador, otras, con el investigado. Si se identifica con el investigador, toma un aire de autosuficiencia un poco artificial, como para indicar que está investigando una interesante supervivencia del pasado o bien una de las religiones más conocidas del mundo, tal como el Budismo o el Cristianismo. El fin de esta actitud es eludir darse cuenta de que está investigando en ese momento una "religión" emocionalmente vital, cuyos devotos lo rodean y están a la espera para caerle encima. Si el psiquiatra insiste enérgicamente con su investigación, tendrá un sentimiento claro de la hostilidad del grupo y una comprensión emocional de la vitalidad de los fenómenos que tiene que enfrentar. Además, debe tener conciencia de que no sólo tendría que considerar los dogmas del culto, sino los fenómenos concomitantes, tales como las exigencias de dicha religión sobre la vida de sus cultores. Algunas de estas exigencias pueden apreciarse dentro del mismo grupo: la forma en que se sofoca el pensamiento independiente; la caza de herejías; la rebelión que, a su turno, esto produce; los intentos de justificar las limitaciones impuestas, apelando a la razón, o al menos, a la racionalización, etc. Sin embargo, surgen otras manifestaciones en el relato que hacen los individuos de su vida diaria. Pues los "devotos" de la "religión" grupal, se rebelen o no, siguen siendo "devotos" también en su vida cotidiana, y es posible mostrar que algunos de sus conflictos diarios surgen del intento de conciliar las demandas del pensamiento cotidiano con las inherentes a su pertenencia al grupo como comunidad "religiosa". Las implicaciones de esta perspectiva son grandes, y cuanto más observo este aspecto del grupo de dependencia, más convencido estoy de que los pacientes aportan una corriente uniforme de material para apoyar la opinión de que su condición de miembro del grupo de dependencia, como secta "religiosa", ejerce amplia influencia en su vida mental, tanto cuando el grupo se dispersa como en el corto período en que los pacientes se reúnen.

Consideraré ahora otro problema.

El odio al aprendizaje por experiencia

Si el grupo tiene que trabajar constantemente para mantener una estructura sofisticada, debe haber una fuerza que se manifiesta en la dirección opuesta hacia una de las tres estructuras básicas, y es importante observar al grupo desde ese ángulo. Antes de hacerlo me referiré brevemente a la necesidad de emplear una técnica que consiste en un constante cambio de puntos de vista. El psiquiatra debe, si le es posible, contemplar tanto el reverso como el anverso de toda situación. Debe emplear una especie de trastrueque psicológico que se ilustra en la forma más conveniente por analogía con este diagrama sumamente conocido.



El observador puede contemplarlo de tal manera que lo vea como una caja cuya arista A B estuviera más cercana a él, o como una caja cuya arista más cercana fuera C D. El total de líneas es el mismo, pero se obtiene una perspectiva de la caja completamente diferente. De la misma manera, en un grupo, el total de lo que está ocurriendo es el mismo, pero el cambio de perspectiva puede destacar fenómenos completamente diferentes. El psiquiatra no siempre debe esperar que se produzcan cambios en el grupo antes de describir lo que ve. Hay muchos momentos en que necesita señalar que lo que acaba de describir ya ha sido experimentado por el grupo en otra ocasión, pero entonces fue observado más fácilmente, dentro de otros términos, cuando, por ejemplo (para tomar el caso de un individuo), un paciente se quejaba de gran temor a "desmayarse". Algunas veces había descrito el mismo fenómeno como "pérdida de conciencia". En un grupo posterior dicho paciente se mostró algo jactancioso al decir que, cuando en el grupo sucedían cosas que no le agradaban, simplemente las ignoraba.

Fue posible mostrarle que, aunque esta vez lo hacía con un sentimiento de seguridad, estaba describiendo exactamente la misma situación a que se había referido anteriormente con ansiedad al hablar de "desma-

yarse". Su actitud ante los acontecimientos del grupo se había alterado al producirse una alteración en el supuesto básico.

Ni la analogía de anverso y reverso, ni aun la analogía de cambio de perspectiva, sirve realmente para describir la técnica que un psiquiatra debería emplear. Para aclarar mi intención, entonces, usaré la analogía que ofrecemos en matemáticas, los principios de dualidad. Según éstos, un teorema que prueba la relación en el espacio de puntos, líneas y planos, parece probar igualmente la relación de su dual en términos de planos, líneas y puntos. Dentro del grupo el psiquiatra deberá considerar cada tanto cuál es el "dual" de cualquier situación emocional determinada que haya observado. Debe considerar también si el "dual" de la situación que ha descrito no ha sido ya experimentado y descrito en alguna sesión anterior.

Apliquemos ahora esto a la observación del grupo: se recordará que describí cómo, después que los grupos se han formado, pero antes de que se hayan acostumbrado a la técnica, hay una pausa durante la cual todo el mundo "espera que el grupo comience". Es muy común que alguien pregunte cuándo comienza el grupo. Desde cierto punto de vista, la respuesta perfectamente simple es que el grupo comienza a las 10.30, o a cualquier hora que se haya señalado para la reunión; pero un cambio de mi punto de vista, de cierta magnitud por cierto, significa que estoy considerando fenómenos grupales que no "comienzan": los problemas que me interesan continúan, y evolucionan, pero no "comienzan". Por consiguiente, esta pregunta no recibe contestación, aunque puede verse que, si el grupo quiere investirme con un liderazgo de diferente naturaleza del que yo me propongo desempeñar, puede suponer prontamente que es de mi incumbencia el saber cuándo comienza el grupo, o, para el caso, cuando termina. No existe ninguna razón para no dar la respuesta esperada, siempre que no tenga conciencia de que el asunto reviste cierta importancia e implica un apreciable cambio de función, aunque este punto puede no ser visible en el momento.

Si en un grupo logro demostrar la lucha que se libra para mantener la estructura sofisticada, habré logrado también demostrar su "dual". Lo que viene a continuación es una descripción del "dual", aunque a primera vista sea difícil captar su afinidad con el intento de preservar una estructura sofisticada.

En un momento u otro será común encontrar en cualquier grupo algunos pacientes que se quejan de que el tratamiento es largo; de que se olvidan siempre lo que pasó en el grupo anterior; que creen no haber aprendido nada; y que no sólo no ven qué relación tienen las interpretaciones con su caso, sino que las experiencias emocionales sobre las cuales

trato de llamarles la atención no les interesan. Muestran, además, como en el psicoanálisis, que no tienen mucha confianza en su capacidad para aprender por experiencia — "Lo que nos enseña la historia es que la historia no enseña nada".

Todo esto en suma, y otras cosas similares, se reduce al odio hacia el proceso evolutivo. Hasta las quejas con respecto al tiempo, que parecen bastante razonables, no son más que quejas de uno de los elementos del proceso de desarrollo. Hay una radical aversión hacia el aprendizaje por experiencia y una falta de fe en el valor de tal forma de aprendizaje. La experiencia con grupos muestra muy pronto que no se trata simplemente de una actitud negativa; el proceso de desarrollo sufre realmente una comparación con algún otro estado, cuya naturaleza no es inmediatamente visible. La creencia en este otro estado se muestra con frecuencia en la vida diaria. Y quizás más claramente en la concepción escolar del héroe, qne no realiza ningún esfuerzo y sin embargo está siempre en la cima — lo opuesto al "traga-libros", en verdad.

En el grupo se ve claramente que esta anhelada alternativa del quehacer grupal es en realidad algo así como llegar a ser un adulto plenamente capacitado para saber, de manera intuitiva y sin necesidad de aprendizaje o desarrollo, cómo vivir, actuar y desenvolverse en un grupo.

Sólo existe una clase de grupo y una clase de hombre que se aproximen a este sueño, y son el grupo básico —el grupo dominado por uno de lo tres supuestos básicos: dependencia, emparejamiento y ataque-fuga— y el hombre que es capaz de diluir su identidad en el rebaño.

No quiero insinuar ni por un momento que este ideal corresponda a la realidad, pues, por supuesto, la experiencia total del grupo terapéutico muestra que el grupo y los individuos que lo componen están irremediablemente comprometidos en un proceso evolutivo, sin que importe cuál haya sido el caso de nuestros antepasados remotos.

En verdad, mi experiencia con grupos indica que el hombre está irremediablemente comprometido en ambas situaciones. En cualquier grupo puede verse al hombre que trata de identificarse de todo corazón con el supuesto básico o con la apariencia sofisticada. Si se identifica plenamente con el supuesto básico —con el rebaño, por así decirlo— se siente perseguido por lo que siente como el árido intelectualismo del grupo y, en particular, de las interpretaciones. Si se identifica, tanto como le sea posible, con el aspecto puramente intelectual, se encuentra perseguido por objetos internos, que, según sospecho, son en realidad una forma de asir conscientemente las intimaciones de los movimientos emocionales del grupo al cual pertenece; en verdad, una explicación de este

tipo ayudaría a iluminar los sentimientos del individuo de ser perseguido por el grupo, tanto interna como externamente.

Dentro del grupo el paciente siente que debe tratar de cooperar. Descubre que su capacidad de cooperación es emocionalmente más vital en el grupo básico y que, al perseguir los objetivos que no se prestan fácilmente a las técnicas del grupo básico, su habilidad para cooperar depende de una especie de "toma y daca" que se obtiene con gran dificultad, comparada con la rápida respuesta emocional que surge del acuerdo con las emociones del grupo básico.

En el grupo, el individuo adquiere conciencia de ciertas capacidades que sólo existen en potencia mientras se mantenga en relativo aislamiento. El grupo es, en consecuencia, algo más que la suma de los individuos pues un individuo en un grupo es algo más que un individuo aislado. Por otra parte, el individuo en el grupo tiene conciencia de que muchas de las potencialidades adicionales que se activan a través de la pertenencia al grupo, están mejor adaptadas para funcionar en el grupo básico, es decir, en el grupo que adquiere cohesión para actuar, fundándose en los supuestos básicos.

Uno de los problemas de la terapia de grupo reside entonces en el hecho de que, con frecuencia, se usa al grupo para obtener un sentimiento de vitalidad por medio de una total inmersión en el grupo, o un sentido de independencia individual por un total repudio del grupo, y que parte de la vida mental del individuo, constantemente estimulada y activada por su grupo, es su herencia inalienable como animal gregario.

Es este rasgo de la pertenencia al grupo lo que provoca en el individuo el sentimiento de no poder nunca seguir el paso de una corriente de sucesos en los cuales, en cualquier momento dado, está ya comprometido. Hay una matriz del pensamiento dentro de los límites del grupo básico, pero no dentro de los límites del individuo.

Está también el deseo del individuo de sentirse dueño de su destino, y de concentrarse sobre aquellos aspectos de su vida mental que siente como verdaderamente propios y que se originan en su interior. Este deseo tiende a predisponerlo mejor para observar los fenómenos que se relacionan con aquel tipo de grupo del cual puede decirse razonablemente que "comienza", que con los vinculados con otra clase de grupo en que el concepto de "comienzo" no tenga lugar.

Si todo lo que influye en el individuo fuera el deseo de seguridad, el grupo de dependencia podría bastar para satisfacerlo, pero el individuo necesita algo más que seguridad personal, y por eso necesita otras clases de grupo. Si el individuo estuviese preparado para sufrir las penurias de la evolución y todo el esfuerzo de aprendizaje que implican, podría superar el grupo de dependencia. Pero, aun con los impulsos que no se satisfacen en el grupo de dependencia, el hecho es que el individuo desea alcanzar un estado dentro del cual pueda encontrarse totalmente equipado para la vida de grupo, sin sufrir las penurias del crecimiento, y estos deseos lo impulsan hacia un grupo estructurado para el emparejamiento o para el ataque-fuga.

V

El estado emocional propio de un supuesto básico no es completamente grato. Lo que sucede con el analista en el psicoanálisis individual sucede en el grupo. En mi técnica de grupo, el individuo, apoyado por aquél, trata de mantener separados lo bueno y lo malo del grupo, y sostendrá que se siente "mal" o "bien" a causa del grupo, pero no admitirá fácilmente que ciertos estados emocionales gratos, que llama "sentirse mejor", deriven del grupo mismo del cual se queja, ni que las experiencias emocionales desagradables, que designa como "sentirse peor", sean inseparables de la pertenencia al grupo en cuya bondad, por el momento, preferiría creer. Además de las razones que para este tipo de comportamiento se pueden descubrir comúnmente en el psicoanálisis, el individuo en el grupo tiene razones que derivan directamente de peculiaridades de los estados emocionales asociados con los supuestos básicos, y tales son las peculiaridades que discutiré ahora. La investigación surge de que las emociones asociadas con cualquier supuesto básico parecen ser experimentadas en su totalidad por el individuo. Mi descripción original de un grupo que actúa sobre un supuesto básico no hizo justicia a algunos de los rasgos del comportamiento del grupo que ahora vienen al caso. Puede haberse pensado que el grupo hace una suposición común y que todo lo demás, incluyendo el estado emocional con ella asociado, deriva de ésta. Esto no refleja mi creencia. Por el contrario, considero que existe de por sí un estado emocional y que el supuesto básico se deduce de él. Por lo que hace al grupo, el supuesto básico es esencialmente tácito. Los individuos se comportan como si tuvieran conciencia del supuesto, y por esta razón es que la interpretación del supuesto básico resulta convincente. Se trata de una afirmación que da sentido al comportamiento del grupo como un todo. Sin embargo, el supuesto no se expresa en forma abierta ni siquiera cuando se lo lleva a la acción. Tenemos así una situación tal que los individuos se comportan como si tuvieran conciencia, en tanto que individuos, del supuesto básico, pero no como miembros del grupo. Esto es como debe ser; el grupo no posee conciencia; y no está articulada; es al individuo a quien le corresponden ambos atributos.

Es posible hablar de un sentimiento de seguridad que existe en cada uno de los estados emocionales asociados con los tres grupos que participan de supuestos básicos. Sin embargo, es evidente que el sentimiento

de seguridad experimentado en el grupo de dependencia es realmente un sentimiento en combinación indisoluble con los restantes sentimientos e ideas que componen el supuesto básico del grupo de dependencia, y en consecuencia, difiere del sentimiento de seguridad tanto del grupo de ataque-fuga, como del grupo de emparejamiento, que están ligados en forma similar a las otras emociones e ideas propias de los respectivos grupos. Así, el sentimiento de seguridad que deriva del grupo de dependencia está indisolublemente ligado con sentimientos de inadecuación y frustración, y depende de la atribución de omnipotencia y omnisapiencia a uno de los miembros del grupo. Como generalmente el grupo no puede obtener que el psiquiatra fundamente las creencias en su omnipotencia y omnisapiencia, los individuos mostrarán también que su sentimiento de seguridad está restringido por la presión de la exigencia del grupo de que sus individuos sean omniscientes. En forma similar, en el grupo de ataque-fuga la seguridad resulta moderada por la exigencia de coraje y de autosacrificio que hace el grupo. En suma, lo más importante no es un sentimiento determinado —por ejemplo, la seguridad— sino la combinación a la que dicho sentimiento se halla ligado. Algunos sentimientos no desagradables en sí mismos, y, por el contrario, apetecidos por el individuo, no se pueden experimentar a menos que aparezcan en combinación con otros sentimientos no tan deseados, e incluso muy desagradables; así, el individuo debe recurrir a la escisión como medio de aislarse del grupo y de su propia y esencial condición grupal, su cualidad inalienable de animal gregario. Con frecuencia se oye la queja de que, dentro del grupo, el individuo no puede pensar. Tratará de sentirse seguro en su pertenencia al grupo, pero intentará al mismo tiempo separar los sentimientos que lo disgustan y que se combinan con su apetecible seguridad; atribuirá el origen de estos sentimientos a alguna causa distinta de la misma seguridad que él exige —a una causa tal como la pertenencia a un grupo menos importante, a un efímero acontecimiento externo o a la neurosis. De esta manera, hay que dedicar un tiempo considerable a aclarar el supuesto básico del que se deriva el refuerzo emocional, y, luego, a probar que las experiencias emocionales que con frecuencia los pacientes traen a la discusión como síntomas, son realmente productos que derivan de su acuerdo con otros miembros del grupo emocionalmente reforzado, y de su conflicto consigo mismo y con el grupo. Lo que deseo acentuar es que la participación en un supuesto básico no sólo es inevitable, sino que implica compartir emociones que, en la medida en que la investigación psicológica lo revela, son distintas y separadas entre sí, pero sólo aparentemente, y únicamente en el momento en que se manifiestan como fenómenos psicológicos. El resultado es que al

psicólogo no le son accesibles observaciones que pudieran explicar por qué, cuando se trabaja con un supuesto básico, los sentimientos a él asociados están siempre ligados entre sí con una tenacidad y una exclusividad que uno asociaría con combinaciones químicas.

De esto no se deduce, por supuesto, que siempre será así: es concebible que la técnica de grupo se desarrolle hasta un punto en que los fenómenos que actualmente se desconocen se hagan perceptibles. Por el momento deseo señalar que, a través de lo que he ido diciendo, se deduce que la angustia del individuo es idiopática en relación con el supuesto básico con el que se está operando, es decir, que surge del conflicto entre el estado emocional del grupo y la parte de sí mismo que se preocupa por participar en la tarea común.

El estado emocional asociado con cada uno de los supuestos básicos excluye los estados emocionales propios de los otros dos supuestos básicos, pero no excluye las emociones ligadas al grupo sofisticado.

Hasta aquí he dicho muy poco sobre el grupo sofisticado, habiéndome limitado a describir cómo los conflictos de un grupo tienen lugar entre el individuo y el grupo básico, y dentro del individuo mismo como defensor —y participante— del grupo básico. Existe, sin embargo, un conflicto entre el grupo que se ha formado a través de la cooperación de los individuos en un nivel sofisticado —grupo sofisticado— y el grupo básico, y en este aspecto, la relación entre el grupo sofisticado y el básico difiere de la relación que surge entre los estados emocionales asociado con los tres supuestos básicos. No existe un conflicto directo entre los supuestos básicos, sino simples cambios de un estado a otro, ya sea con transiciones suaves o surgidas gracia a la intervención del grupo sofisticado. No existe conflicto, sino alternación; los conflictos surgen sólo en la concxión del grupo básico y el grupo sofisticado.

Sin embargo, aunque pareciera que los grupos de supuesto básico más bien alternan entre sí antes que entrar en conflicto, la intervención del grupo sofisticado, al interferir en este proceso de alternación, parece producir algunas de las apariencias y efectos de conflicto. En particular, las combinaciones emocionales asociadas con los supuestos básicos que no influyen activamente en la vida del grupo, permanecen latentes, en ocasiones por períodos considerables. De esta manera, cuando un grupo se ve invadido por emociones propias del grupo de dependencia, los estados emocionales de los grupos de ataque-fuga y de emparejamiento están latentes. No se hallan manifiestas en el sentido en que lo están las emociones del grupo de dependencia. A este respecto, hay conflicto entre el grupo sofisticado, cubierto por la emoción derivada de un supuesto básico, y los otros dos supuestos básicos. Es necesario reconocer que dentro de este contexto, las interpretaciones que yo he dado, si son aceptadas, son en sí mismas interpretaciones por el grupo sofisticado. Esto origina de inmediato ciertas especulaciones. ¿Cuál es la diferencia entre la forma de intervención que representa una interpretación y las otras intervenciones del grupo sofisticado? Si las intervenciones del grupo sofisticado parecen producir algunos de los efectos o apariencia de conflicto entre un supuesto básico y los otros, ¿la interpretación produce también conflictos? Si la interpretación no produce conflicto, ¿qué es lo que hace? Por el momento propongo ignorar estas preguntas y pasar a considerar el destino de los estados emocionales potenciales representados por los supuestos básicos que no son actuados en un momento dado, y su relación con el grupo sofisticado. Las intervenciones del grupo sofisticado son diversas, pero todas tienen esto en común: son expresiones de un reconocimiento de la necesidad de evolucionar más bien que de confiar en la eficacia de la magia; tienden a enfrentarse con los supuestos básicos, y movilizan las emociones de un supuesto básico en el intento de manejar las emociones y fenómeuos de otro supuesto básico. Esto es lo que da la apariencia de conflicto entre los supuestos básicos que he mencionado antes. Una consecuencia de esta actividad del grupo sofisticado es que cuanto más sofisticado se hace un grupo y cuanto mejor se las arregla para mantener su nivel de comportamiento sofisticado, tanto más lo logra por medio de la sustitución de una pauta de emociones por otra. Así, se puede usar la pauta asociada con el grupo de dependencia para hacer difícil o aun imposible la intromisión de las pautas emocionales, tal como se presentan en los grupos de ataque-fuga y de emparejamiento.

El grupo de trabajo

En algunos grupos que he tenido a mi cargo, lo que yo denomino "grupo sofisticado" ha sido espontáneamente llamado "grupo de trabajo". El nombre es breve y expresa muy bien un importante aspecto de los fenómenos que deseo describir, así que en adelante usaré dicho nombre en vez de "grupo sofisticado". Cuando un grupo se reúne, lo hace para realizar tareas específicas, y en la mayoría de las actividades que realiza hoy el hombre, la cooperación debe ser alcanzada por medios sofisticados. Como he indicado anteriormente, se adoptan reglas de procedimiento; existe generalmente una maquinaria administrativa establecida que funciona por medio de empleados que son reconocidos como tales por el resto del grupo, etc. La capacidad de cooperación en este nivel es

grande, y cualquiera podría demostrarlo a través de su experiencia en grupos. Pero esta capacidad de cooperación es diferente de la que se pone en evidencia en el nivel del supuesto básico. En mi experiencia, la estructura psicológica del grupo de trabajo es muy poderosa, y —útil es subrayarlo— sobrevive con una vitalidad que sugiere que los temores de que el grupo sea ahogado por los estados emocionales propios de los supuestos básicos son completamente despropòrcionados. Dije anteriormente que el grupo lucha desde el primer momento por mantener una estructura sofisticada, y que el empleo puesto en ello indica la fuerza de las emociones asociadas con los supuestos básicos. Todavía pienso que es así, pero creo también que los temores por la estructura del grupo de trabajo son expresiones de desconocimiento de las fuerzas con las que dicho grupo tiene que enfrentarse. El grupo terapéutico debe dirigir constantemente la atención hacia el temor al grupo de supuesto básico, y debe mostrársele que el objeto del temor depende en gran parte del estado mental que predomina en el grupo. En consecuencia, si lo que más se destaca es el grupo de dependencia, hasta el punto de que el grupo parece identificarse con el grupo de dependencia, se siente temor hacia el grupo de trabajo. Así como dentro del grupo de supuesto básico las emociones aparecen entrelazadas entre sí, los fenómenos mentales del grnpo de trabajo también parecen estar ligados entre sí. Ciertas ideas desempeñan un papel importante dentro del grupo de trabajo: no sólo es parte integral de aquél la idea de "desarrollo", más que la de "dotación total por instinto" *(full equipment by instinct)* sino también la idea del valor de un enfoque racional o científico del problema. Así también, como concomitante inevitable de la idea de desarrollo, se acepta la invalidez del aprendizaje por experiencia. Sin embargo, si el grupo se identifica con el supuesto básico de dependencia, todas esas ideas son temidas, por supuesto, no simplemente como ideas, sino como actividades que obran dentro del grupo. Pronto el grupo de dependencia muestra que es parte integral de su estrnctura una creencia en la omnisciencia y omnipotencia de algún miembro del grupo. Cualquier investigación de la naturaleza de esta creencia origina reacciones que recuerdan las controversias de religión versus ciencia. Como lo he señalado anteriormente, una investigación de este punto es, en realidad, una investigación científica de la religión del grupo. Las actividades del grupo de trabajo que parezcan implicar una investigación sobre la naturaleza de la deidad del grupo —generalmente el psiquiatra— suscitan gran variedad de respuestas; pero si se consideran las respuestas como totalidad, se podría imaginar que la descripción de Gibbon sobre la controversia acerca de la unidad de la Trinidad, fue realmente un informe de una sesión de grupo terapéutico,

donde estaba en acción el supuesto básico de dependencia. Y quizá lo fue. Puede que resulte útil en verdad para cualquier psiquiatra que intente probar mis métodos en un grupo, recordar que pocas cosas en la historia han removido más poderosamente los sentimientos de grupo que la controversia sobre las características de la deidad cuyo culto floreciera en el momento. Debería quizás añadir que por florecer entiendo tanto algo que puede ser negativo como positivo; esto es, tanto cuando el grupo es ateo como cuando es teísta. Es esencial que el psiquiatra sea firme al llamar la atención sobre la realidad de las demandas que el grupo le hace, no importa cuán fantásticas aparezcan dichas demandas a través del proceso de clarificación, y, luego, sobre la realidad de la hostilidad que surge de tal clarificación. En ocasiones como ésta se puede apreciar tanto la fuerza de las emociones asociadas con el supuesto básico, como el vigor y la vitalidad que pueden ser movilizados por el grupo de trabajo. Es casi como si los seres humanos tuvieran conciencia de las consecuencias dolorosas, y con frecuencia fatales, que derivan de actuar sin una captación adecuada de la realidad, y por lo tanto, de la necesidad de la verdad como criterio de evaluación de sus hallazgos.

Debemos considerar ahora algunos aspectos de la parte que juega el grupo de trabajo, en combinación con un supuesto básico, para suprimir la actividad manifiesta de los otros dos supuestos básicos. ¿Cuál es el destino de los otros dos supuestos básicos no operativos? Propongo vincular esta pregunta con la que dejé sin contestar anteriormente, sobre la naturaleza y origen de la combinación en que se sostenían las emociones asociadas con cualquiera de los supuestos básicos. Dije entonces que en la actualidad no existían a disposición del psiquiatra observaciones que explicaran por qué las emociones asociadas con un supuesto básico se mantenían ligadas entre sí con tal tenacidad y exclusividad. A fin de explicar esta vinculación y al mismo tiempo el destino de los supuestos básicos no operativos, propongo postular la existencia de fenómenos "protomentales". No puedo representar mi opinión en forma adecuada sin proponer un concepto que trasciende la experiencia. Clínicamente, mi enfoque es psicológico, y en consecuencia sólo tengo en cuenta los fenómenos cuando se presentan como manifestaciones psicológicas. Sin embargo, me resulta conveniente considerar que el estado emocional precede al supuesto básico y sigue a ciertos fenómenos protomentales cuya expresión es. Aun esta afirmación es objetable, puesto que establece un orden más rígido de causa y efecto del que deseo suscribir, pues clínicamente es útil considerar tales acontecimientos como eslabones de una serie circular; a veces es conveniente pensar que el supuesto básico ha sido activado por pensamientos conscientemente ex-

presados, otras, dentro de emociones de gran turbulencia, como resultado de la actividad protomental. No existe ningún peligro en que comencemos la serie por una u otra parte, siempre que se aclare lo que está sucediendo. Empezando entonces al nivel de los acontecimientos protomentales, podemos decir que el grupo evoluciona hasta que sus emociones se hacen expresables en términos psicológicos. En este punto es cuando digo que el grupo se comporta "como si" estuviera actuando de acuerdo con un supuesto básico.

En el sistema protomental existen prototipos de los tres supuestos básicos, cada uno de los cuales existe como una función de la pertenencia individual al grupo; cada uno como una totalidad en la que ninguna parte puede separarse de las demás. Sólo en un nivel distinto, en un nivel donde los acontecimientos emergen como fenómenos psicológicos, parece posible una diferenciación de los componentes de cada supuesto básico, y en dicho nivel podemos hablar de sentimientos de temor o seguridad o depresión o sexo, u otros semejantes.

El sistema protomental, que considero como un sistema donde lo físico y lo psicológico o mental se hallan indiferenciados, es una matriz de la que surgen los fenómenos que en un principio —en el nivel psicológico y a la luz de la investigación psicológica— parecen ser sentimientos discontinuos sólo muy ligeramente asociados entre sí. Es de esta matriz de donde parten las emociones propias del supuesto básico que refuerzan, invaden y en ocasiones dominan la vida mental del grupo. Dado que en este nivel lo físico y lo mental están indiferenciados, se deduce que, cuando se presenta un desorden de este origen, puede manifestarse tanto en formas físicas como psicológicas. Los supuestos básicos no operativos están confinados en el sistema protomental, es decir, que si el grupo sofisticado está inmerso en las emociones asociadas con el supuesto básico de dependencia, los supuestos básicos de ataque-fuga y de emparejamiento quedan relegados dentro de las limitaciones de la etapa protomental. Estos supuestos básicos son víctimas de una conspiración entre el grupo sofisticado y el supuesto básico operante. Sólo la etapa protomental del grupo de dependencia ha tenido la libertad de evolucionar hasta el estado diferenciado, donde el psiquiatra puede discernir su operación como un supuesto básico.

Estos niveles protomentales son los que dan origen a las enfermedades de grupo. Estas enfermedades se manifiestan en el individuo, pero sus características demuestran con claridad que es el grupo el que está atacado, más que el individuo, así como (sólo que en sentido opuesto) en el grupo de ataque-fuga parece siempre que es el grupo, antes que el individuo, el que es defendido. En suma, la importancia de todo esto

consiste en que dentro de cualquier grupo dado la matriz de las enfermedades debe buscarse en dos sitios: uno, es la relación del individuo con el grupo de supuesto básico y consigo mismo como participante en la preservación de tal grupo; el otro, son las etapas protomentales de los otros dos supuestos básicos.

Para aclarar aún más el significado de lo que intento expresar usaré una analogía de la medicina física que, si se recuerda que sólo es usada como analogía, servirá para aquel propósito. Supongamos el caso de un paciente que padezca síntomas de ansiedad. Durante el transcurso del examen se hace evidente que, además de varias dificultades psicológicas, el paciente tiene un leve temblor en las manos; supongamos que un examen posterior muestre signos de una tiroxicosis suficientemente seria como para decidir que el tratamiento más adecuado debe partir de un enfoque físico. En lenguaje ordinario se diría que la enfermedad tenía origen físico. Yo preferiría decir que la matriz de la enfermedad radicaba en la esfera de los hechos protomentales, y que si se hubiese examinado al paciente antes de que, de acuerdo con el standard actual, se hubieran presentado signos de enfermedad reconocibles ya sea por medio de técnicas de la medicina física o de la psiquiatría, el paciente estaría ofreciendo un buen ejemplo, *in petto*, de lo que designo como etapa de acontecimientos protomentales, en la cual lo físico y lo psicológico se hallan todavía indiferenciados y de donde surgen, en ciertas circunstancias, enfermedades de grupo que tienen componentes físicos y psicológicos. Donde mi analogía falla al expresar mi punto de vista, es al presentar la esfera de los acontecimientos protomentales como limitada por el individuo; en mi opinión, la esfera de los acontecimientos protomentales no puede ser entendida con referencia al individuo aislado, y el campo inteligible para el estudio de la dinámica de tales acontecimientos, es el de los individuos reunidos en un grupo. La etapa protomental en relación con el individuo es sólo una parte del sistema, pues los fenómenos protomentales son una función del grupo y, en consecuencia, deben ser estudiados en el grupo.

Al presentar el concepto de sistema protomental he tratado de poner de manifiesto la solidez con que están ligadas entre sí todas las emociones de un supuesto básico y, al mismo tiempo, ofrecer un concepto que responda del paradero de los supuestos básicos no operativos que, es obvio, un grupo sintió como potencialmente activos y, en consecuencia, debe considerarse que están en "alguna parte". Pero con frecuencia me ha resultado útil, después de haber postulado algo semejante, ver qué pasa si trato de usar la nueva teoría con propósitos para los que, originariamente, *no* fue creada. Encuentro que una licencia en la espe-

culación es, a este fin, un terreno de prueba tan bueno como cualquier otro, y por ese medio espero acercarme más a decidir si debo considerar la idea de un sistema protomental sólo como una teoría que reúne todas mis observaciones, como una hipótesis para estimular investigaciones futuras o como un hecho clínicamente observable.

Mi primera especulación debe relacionarse con un campo de estudio inteligible. El pequeño grupo terapéutico no puede serlo hasta tanto mi técnica no esté más ampliamente desarrollada; y aun si lo estuviera, o si yo hubiese mejorado mis poderes de observación, cabría todavía dudar si no sería más inteligente buscar una solución en algún otro terreno. Antes de Freud, los intentos de adelantar en el estudio de las neurosis fueron, en gran medida, estériles, porque el individuo era considerado como un campo de estudio inteligible. Sólo cuando Freud comenzó a buscar la solución en la relación entre dos personas, el estudio de la transferencia, halló ese campo de estudio inteligible, al menos para algunos de los problemas que plantea el enfermo neurótico; y problemas que hasta el momento habían desafiado todos los intentos de solución comenzaron a adquirir sentido. La investigación iniciada entonces ha continuado extendiéndose en profundidad y amplitud. El pequeño grupo terapéutico es un intento de ver si al cambiar el campo de estudio se pueden obtener nuevos resultados. En algún momento se hará necesario considerar el uso que el grupo mismo hace del manejo del campo de estudio, pero por el momento deseo considerar las posibilidades de cambiar nuevamente el campo, a fin de comprobar si así es posible arrojar nueva luz sobre el pequeño grupo terapéutico. El pequeño grupo terapéutico no ofrece evidencia relativa de enfermedad física con la rapidez y en la cantidad suficientes para mi propósito. En consecuencia, prefiero basar mis especulaciones sobre lo que pueda encontrarse en un grupo suficientemente numeroso como para permitir una evidencia estadística de la enfermedad (véase Toynbee, 1935, págs. 12 y 17). Me gustaría poseer evidencias sobre enfermedades como tuberculosis, venéreas, diabetes y otras, particularmente en lo que hace a aspectos tales como la fluctuación en el número de casos, la virulencia y distribución que no se dejaran explicar fácilmente en términos de anatomía, fisiología y otras disciplinas que normalmente son el equipo de las investigaciones del Departamento de Salud Pública. Por otra parte, sería necesario tener estadísticas que fueran válidas en el momento significativo.

En lo que sigue propongo usar las letras *Sb* para indicar el supuesto básico y el estado emocional asociado. El supuesto básico de dependencia se indicará en las letras *sbD*; el de emparejamiento con *sbA* y el de ataque-fuga con las letras *sbF*. Para el sistema protomental propongo

usar las letras *pm*. Así, *pmDA* significará que me refiero a un estado en el que los supuestos básicos de dependencia y emparejamiento no fueran reconocibles como fenómenos psiquiátricos, sino que estuvieran confinados en una especie de estado latente (hasta el momento no aclarado), dentro del sistema protomental, donde lo físico y lo mental están indiferenciados. En forma similar con *pmAF* y *pmDF*. Para el grupo sofisticado o grupo de trabajo usaré *T*.

a) Supongamos que una enfermedad X surge de la etapa protomental de los grupos de dependencia y emparejamiento cuando se ven suprimidos por un *sbF* básicamente expresado. En mi teoría la enfermedad X estará asociada con los grupos *D* y *A* y, por consiguiente, cuando se hace manifiesta, tendrá relaciones psicológicas con las emociones de *sbA* y *sbD*. Además, tendrá una matriz que, en este ejemplo, será *pmD* y *pmA*. Tendrá también una causa psicológica que se apoyará en *sbA*. Esto no significa que yo considere que todas las enfermedades tengan una causa psicológica, que tiene la misma importancia que otras causas; en cambio considero que, en interés de una descripción completa, una enfermedad debería ser clasificada de manera que conozcamos no sólo los hechos ordinariamente descritos en medicina, sino también: 1º) su matriz, es decir, en el ejemplo que he dado, *pmD* y *pmA*; 2) sus relaciones psicológicas, en mi caso imaginario, *sbD* y *sbA*, y 3º) su causa psicológica, en este ejemplo, *sbF*.

De la misma manera añadiría que necesitamos conocer la asociación de la enfermedad física con otras enfermedades físicas, distinta de las asociaciones, ya bien conocidas, que surgen de un estudio de anatomía y fisiología. Debemos, además, buscar estas otras enfermedades asociadas, considerando cuáles son las que pueden ser clasificadas en el ejemplo que he dado como:

Matriz	*pmB*	y *pmA*
Asociación	*sbD*	y *sbA*
Causa	*sbF*	

Esto nos daría las asociaciones de una enfermedad física con otra, que son funciones, no ya de la anatomía, fisiología y bacteriología —ni aun de la psicopatología— sino de la pertenencia del individuo al grupo.

b) Dado que mi tesis depende del argumento de que existe una etapa en que lo físico y lo mental están indiferenciados, se deduce que, cuando una enfermedad se manifiesta físicamente, digamos, como tuberculosis, existe una contraparte o recíproca psicológica, cuya naturaleza real está todavía por investigar, pero que podemos suponer, dentro de esta

discusión, que es *sbD*. Esta contraparte psicológica no puede ser ni causa ni efecto, porque si fuera una u otra cosa, debería derivar de una serie totalmente diferente de acontecimientos protomentales, o si no del supuesto básico operativo. Dentro de mi definición los hechos mentales a los que la tuberculosis está asociada no son necesariamente ni causa ni efecto; son derivados y desarrollos de los mismos fenómenos protomentales de los cuales deriva la tuberculosis misma. Se sabe que la tuberculosis se caracteriza por su sensibilidad a los procesos de desarrollo de la psicología de un grupo, y las cifras varían en lo referente a lo que parece ser una especie de simpatía con los cambios de la mentalidad grupal. La enfermedad citada reclama un cuidado y atención prolongados, y la dieta exigida tiene reminiscencias de las primeras experiencias gastronómicas del hombre. Debería estar y está asociada con muchas de las características del *sbD*, y los individuos reaccionan frente a su desorden y las limitaciones que éste les impone de manera muy parecida a la que los individuos con una personalidad similar reaccionan frente al *sbD*. A menudo, la existencia de estos hechos ha llevado a pensar, antes de que se demuestre la existencia de una lesión tuberculosa, que el paciente estaba fingiendo (Wittkower, 1943) o, para usar mi terminología, que el *sbD* es la causa teleológica del mal que aqueja al paciente. Pero por las razones que he dado no puedo considerar el *sbD* como una causa de ninguna naturaleza; es el estado mental con que se asocia la tuberculosis y, por consiguiente, no es causa ni efecto. Para encontrar la causa de la dolencia —me refiero, por supuesto, a la causa tal como debe ser entendida de acuerdo con el esquema que estoy elaborando, y no a las causas perfectamente conocidas y establecidas por la medicina— sería necesario correlacionar las fluctuaciones en la incidencia de la enfermedad con el *sb* prevalente en el grupo en cada uno de los momentos en que se obtuvieran datos cuantitativos de la enfermedad. Supongamos que las cifras más elevadas correspondieran siempre con *sbF*. Deberíamos entonces clasificar la tuberculosis como teniendo, además de las características ya establecidas,

Causa	*sbF*
Asociación	*sbD*
Matriz	*pmDA*

Cualquier intento de hacer semejante clasificación dependería, en el mejor de los casos, de una opinión, y de conjeturas desordenadas, en el peor; pero pienso que el intento es necesario: intento que, de mantenerse en el plano científico, debe ajustarse al estado de inmadurez del estudio,

y esto se aplica en forma particular a la evolución del *sb* en cualquier momento.

He venido afirmando que mi concepto del sistema protomental, junto con las teorías de los supuestos básicos, podría usarse para ofrecer un enfoque nuevo de la enfermedad física, y, particularmente, de las enfermedades llamadas psicosomáticas o que han sido consideradas como una parte de la medicina psicosocial y de la sociodinámica (véase Hallyday, 1948, pág. 142 y sigts.). Pero si podemos ampliar el campo de estudio de la enfermedad física para incluir el estudio de los supuestos básicos, sistema protomental, etc., a fin de llegar a una comprensión total de la dolencia física, en la misma forma podemos usar el campo así ampliado para llevar adelante el proceso opuesto. Pues debe recordarse que, si con relación al trastorno psicológico se postula que el sistema es protomental, desde el punto de vista de la enfermedad física es también protofísico. Sin embargo, puede que sea más fácil encontrar una técnica para investigar el sistema protomental como matriz para el trastorno físico por medio de una investigación que tenga un enfoque físico. Si mediante un enfoque físico podemos investigar ese aspecto del sistema protomental, podremos hallar una forma de ejemplificar qué es lo que el sistema protomental de un grupo contiene en un momento dado, y a partir de esto dar un paso adelante elaborando una técnica para observar las contrapartes protomentales de los hechos mentales. Cualquier desarrollo de esta naturaleza nos permitirá anticiparnos en la apreciación del estado psicológico de un grupo, dado que podríamos investigarlo mucho antes de que surja como un supuesto básico, básicamente expresado. Esto es importante para mí, pues una de las características que diferencia al grupo de pacientes de otros grupos es su tendencia a actuar básicamente de acuerdo con supuestos básicos.

Gracias al *British National Health Service* (Servicio Nacional de la Salud de Gran Bretaña) los pacientes pueden sentir que se manejan eficazmente con los problemas planteados por el aspecto financiero, en las relaciones entre ellos y con el médico. Aun así, hay ocasiones en que se mencionan problemas financieros, generalmente como si fueran asuntos de interés doméstico para el individuo, pero por eso no menos susceptibles de interpretación como material que expresa en forma indirecta algún aspecto de la vida mental del grupo y del individuo que participa en él. Propongo, en consecuencia, continuar mis especulaciones sobre el sistema protomental dentro de la esfera del dinero, viendo si puedo usar este concepto en forma paralela a como lo he empleado ya en la esfera de la enfermedad física.

Se ha dicho que "prácticamente cualquier cosa puede ser un medio

de cambio, siempre que sea generalmente aceptable" (Clay, 19, pág. 164). Y no sólo un medio de cambio, sino también un patrón de valores. Recientes trabajos sobre la moneda primitiva han mostrado que ésta no surgió como un desarrollo del sistema de trueque, ni siquiera como una parte del comercio. Por el contrario, el comercio, en su búsqueda de un medio que fuera generalmente aceptable y tuviera un valor establecido, adoptó para su uso la moneda corriente, que fue primitivamente una invención para facilitar las transacciones de *wergild* y precio de la novia. "Sería extravagante sostener que 'el precio de la novia' y el *wergild* dieron origen a la moneda corriente, pero es obvio que ellos establecieron patrones de valor y regularizaron ciertos medios de intercambio..." (Hingston Quiggin, 1949, pág. 7 y sigts.).

Al discutir este problema, Einzig dice que es posible que diversos objetos fueran elegidos como moneda, porque eran deseados como artículos de consumo o adorno, pero agrega que puede que el alto grado de aceptación haya obedecido a consideraciones no comerciales, tal como el hecho de que un objeto pudiera ser usado para sacrificios religiosos o pagos de origen político (multas, tributo, deudas de sangre), o como precio de la novia. (Einzig, 1949, pág. 353 y sigts.).

Tanto el *wergild* como el precio de la novia pueden ser considerados como compensaciones hechas a un grupo por la pérdida de uno de sus miembros, y bajo esta luz reflejan la supremacía del grupo sobre el individuo como en *sbF*. En la misma forma, el *wergild* puede ser considerado como una expresión del valor que la comunidad asigna al individuo, de manera que en algunas ocasiones podría ser interpretado como un aspecto del *sbF* y en otras como una expresión de *sbD;* de manera similar, el precio de la novia puede ser visto como una expresión del *sbA*. Sin embargo, por el momento no me interesa adscribir ninguna de las dos instituciones a un *sb* particular —ésta sería la tarea de la observación clínica—, sino sugerir la posibilidad de que, tal como en la discusión de la enfermedad física, pueden existir fundamentos para usar mis teorías como medio de añadir conocimiento y comprensión de la enfermedad al saber ya adquirido a través de la disciplina propia de la medicina física, también pueden mis teorías añadir algún conocimiento sobre la enfermedad de los mecanismos de intercambio al saber obtenido de antemano por las disciplinas económicas. Pues si el origen del valor del dinero reside no sólo en el valor intrínseco de los objetos usados como dinero y en las fuentes mencionadas por Einzig, sino también en los *sb*, deberíamos esperar que el valor psicológico fuera diferente en *sbF* del valor implícito en *sbA* o *sbD*, etc.

Además, podríamos esperar que el valor de cualquier moneda fluctúe según las fluctuaciones de valor en la fuente de la cual el dinero deriva su valor psicológico —los supuestos básicos. Si pudiéramos determinar clínicamente la naturaleza del valor del dinero en *sbF, sbD y sbA,* podríamos delinear la fuente de una de las causas de las fluctuaciones en el valor de la moneda tal como se la usa en el comercio.

Ahora bien, una de las ventajas de estudiar el dinero en el gran grupo consiste en que puede ser susceptible de un enfoque estadístico; es dudoso que las estadísticas disponibles estén menos sujetas a la crítica, por su falta de sensibilidad, de lo que lo están las estadísticas de enfermedad. Aun así, es necesario que se haga algo, y quien comience debe ser alguien que posea habilidad y competencia estadísticas. Pero el valor real de establecer algún tipo de correlación entre las fluctuaciones en el valor del dinero y los cambios en el *sb,* surgiría si se encontrara alguna correlación entre las pautas de las estadísticas de enfermedad y las estadísticas de las fluctuaciones en el valor del dinero en el grupo. Evidentemente, cualquier intento de aislar las fluctuaciones debidas a cambios en el origen psicológico del valor monetario (es decir, su origen en el *wergild* y en "el precio de la novia") de otras fuentes de las que el dinero derivara su valor, resulta muy ambicioso, a menos que, como sospecho, el valor de la moneda corriente descanse en medida mayor que la aceptada sobre fundamentos psicológicos, y en particular sobre el supuesto básico dominante y el *pm*. Si se probara que tales correlaciones existen, podría admitirse razonablemente que se ha ofrecido cierta evidencia para considerar los supuestos básicos como entidades clínicas, y esto, a su vez, podría conducir a cierta clarificación de ideas sobre la naturaleza del sistema protomental.

Al considerar los vínculos de la emoción en un *sb,* sugerí que era necesario considerar que cualquier sentimiento, tal como la ansiedad, difería de acuerdo con el *sb* del que formara parte: en forma similar, debemos considerar que el valor del dinero, digamos, por ejemplo, en el *sbD,* difiere del valor del dinero en el *sbF,* y con esto quiero decir que su valor difiere tanto con respecto a la cualidad como a la cantidad. Podrá entenderse qué es lo que quiero significar con esto si consideramos la actitud hacia el dinero y el valor que éste representa dentro de un grupo religioso donde T es suficientemente poderoso como para llamar al *sbD* a nna actividad completa, y comparamos este valor con el valor que representa el dinero en una nación en guerra cuando el *sbF* está en plena actividad. En el último caso el valor del dinero está ligado con su convertibilidad en municiones de guerra; en el primero, con su valor para compensar los sentimientos de culpa por una dependencia que va más allá de los límites razonables en el tiempo, y con res-

pecto a padres más que humanos: compensación que se manifiesta a través de la compra de sentimientos de virtud. En el *sbA* parecería apoyarse en su capacidad de facilitar, por medio de la compra de la novia o de la dote, la adquisición de pareja.

Mis especulaciones parecen sugerir que los conceptos de supuesto básico y sistema protomental pueden facilitar investigaciones en áreas distintas de aquellas de las cuales derivan, pero, antes de actuar sobre el supuesto de haber establecido un campo de futura investigación, sería más conveniente probar nuestras especulaciones poniéndolas en relación más estrecha con los hechos. La dificultad más evidente es establecer cuál es el supuesto básico operativo en un grupo más extenso. Por ejemplo: ¿podemos decir que el *sb* de una nación en guerra es *sbF*? Y si es así, ¿sostendremos que esto es válido para todas las partes de la nación — por ejemplo, la comunidad agrícola? Si suponemos que una nación en guerra ejemplifica el *sbF*, ¿supondremos que dicha nación se nos ofrece como uu campo de estudio inteligible con relación a los fenómenos asociados con tal supuesto básico? ¿Dónde hallaremos evidencia estadística de las fluctuaciones de la enfermedad? ¿Qué material estadístico revelará fluctuaciones en el valor de la moneda y, a su vez, dónde esperamos encontrar estas fluctuaciones, o la incidencia de la enfermedad que esperaríamos estuviesen correlacionadas, si es que lo están, por ejemplo, con el supuesto básico de agosto de 1939?

Aunque parezca una empresa muy alejada del estudio del pequeño grupo terapéutico, puede que valga la pena tratar de relacionar estas teorías con la historia reciente del gran grupo, a fin de comprobar si soportan la prueba de aplicación práctica a los acontecimientos reales, antes de intentar el proyecto más ambicioso de hacerlas objeto de investigación estadística.

Bibliografía

Clay, Henry (1916). *Economics for the General Reader.* Londres, Macmillan, pág. 164.

Einzig, Paul (1949). *Primitive Money.* Londres, Eyre y Spottiswoode, N. D., 1949, pág. 353 y sigts.

Einzig es más cauteloso que Hintston Quiggin, y, aunque sustancialmente llega a la misma conclusión, llama la atención sobre los numerosos elementos de los que depende el valor de la moneda: es una advertencia saludable que previene contra las generalizaciones fáciles. Me siento inclinado a pensar que el concepto de los supuestos básicos puede arrojar luz sobre este punto, cuya complejidad Einzig pone de manifiesto con más propiedad que Hingston Quiggin.

Gibbon, Edward (1781). *The Decline and Fall of the Roman Empire.* Londres, Methuen, ed. 1909, vol. 11, pág. 373.

Un estudio histórico sobre las disputas en torno a la naturaleza y características de la deidad, que puede contribuir a esclarecer muchos de los puntos que me hubiera agradado tocar con respecto a la naturaleza del *sbD*.

Halliday, J. L. (1948). *Psychosocial Medicine.* Nueva York, Norton; Londres, Heinemann, 1949, pág. 142 y sigts.

Hingston Quiggin, A. (1949). *A Survey of Primitive Money.* Londres, Methuen.

Hodgkin, R. H. (1935). *History of Anglo-Saxons.* Londres, Oxford, University Press, vol. 2, pág. 579.

Veáse tamhién Petit Dutaillis (1911). *Studies Supplementary to Stubbs' Constitucional History,* Manchester University Press, 1911, págs. 36-38.

Aunque el tema constituye un lugar común dentro de la mayoría de los estudios sobre historia constitucional, en estos trabajos encontramos muy pocos datos que confirmen o nieguen la posibilidad de relacionar el *Wergild* con un supuesto básico.

Toynbee, Arnold (1935). *A Study of History.* Oxford, vol. 1, págs. 12 y 17.

Las consideraciones de Toynbee con respecto a lo que constituye un campo inteligible para el estudio histórico pueden adecuarse muy bien al estudio de la psicología del grupo.

Wittkower, Eric (1949). *A Psychiatrist Looks at Tuberculosis.* Londres, The National Association for the Prevention of Tuberculosis.

Este estudio reciente ofrece un amplio material con el que se puede hacer el intento de juzgar la validez de mis teorías sobre las relaciones psicológicas de la enfermedad.

VI

En este capítulo consideraré uno o dos puntos relativos al pequeño grupo terapéutico; examinemos las vicisitudes de una interpretación. Si un psicoanalista debiera conducir un grupo de acuerdo con mi método, pronto se vería impresionado por su aparente futilidad; parece imposible lograr precisión por medio de la interpretación, pues aun cuando la interpretación fuera formulada satisfactoriamente, no parece que existe razón suficiente para suponer que alcance su finalidad. En un principio, en un intento de contrarrestar lo que me parecía una especie de resistencia que los pacientes lograban por medio del grupo, me dejé seducir por interpretaciones individuales, como en el psicoanálisis. Con ello hacía lo que con frecuencia hacen los pacientes —tratar de obtener tratamiento individual. Es verdad que trataba de obtenerlo como médico, pero de hecho esto puede expresarse como un intento de librarme de la "maldad" del grupo, y para el médico la "maldad" del grupo consiste en su evidente inadecuación como instrumento terapéutico— de lo cual, como ya hemos visto, también se queja el paciente. Dejando a un lado aquellas cualidades inherentes al grupo que parecieran dar fundamento a las quejas, y considerando la falta de adecuación como función del fracaso del médico o del paciente para usar el grupo en forma terapéutica, podemos ver que, cuando el analista cede a su impulso de hacer interpretaciones individuales, el fracaso reside en que está influenciado por el *sbD* en vez de interpretarlo, pues tan pronto como comienza a dar a un individuo interpretaciones aparentemente psicoanalíticas, refuerza la suposición —que es el *sbD*— de que el grupo se compone de pacientes que dependen del médico.

Podemos ver ahora qué es lo que da lugar al sentimiento de imprecisión cuando se hacen interpretaciones; comprender que el grupo está influido por ese aspecto del aporte médico que concuerda con el supuesto básico, y de ninguna manera por el que consiste en la interpretación de la conducta del grupo. Tratando de lograr precisión en el objetivo, sufría, como cualquier miembro del grupo, a causa del disgusto por mi propia cualidad emocional y la del grupo, que es inherente a la pertenencia al grupo humano. Esta cualidad es una especie de capacidad de cooperación con el grupo, pero propongo que de aquí en adelante reservemos

la palabra "Cooperación" para el trabajo consciente o inconsciente con el resto del grupo dentro del plano *T*, mientras que, para la capacidad de una cooperación espontánea e instintiva dentro de los supuestos básicos, de la cual acabamos de discutir, usaré la palabra "valencia".

Valencia

Con este término me propongo señalar la disposición del individuo para combinarse con el grupo al hacer y actuar de acuerdo con los supuestos básicos; si su capacidad de combinación es grande, hablaré de una valencia elevada; si es pequeña, de una valencia baja; en mi opinión, sólo puede *no* tener valencia si, en lo que hace a la función mental, deja de ser humano. Aunque uso esta palabra para describir fenómenos que son visibles como acontecimientos psicológicos, o pueden deducirse de ellos, deseo usarla también para indicar la disposición de combinarse dentro de niveles que apenas podrían llamarse mentales, pero que se caracterizan por un comportamiento humano más similar al tropismo de las plantas que a una conducta intencional, como la que implica la palabra "supuesto". En suma, deseo usarla, si fuera necesario, para acontecimientos del sistema *pm*.

Cuando cedí a la tentación de dar interpretaciones individuales, mi liderazgo del grupo fue más bien una expresión de que me veía en apuros que una aclaración de la realidad externa netamente percibida.

Mi contribución al *T* resultó disminuida, mientras aumentaba mi aporte al *sbD* y al componente "paciente" de mi contribución, considerada como un todo.

Manejo esta situación suponiendo que cada uno de los miembros del grupo sufre de la misma manera y, dejando de lado las interpretaciones supuestamente psicoanalíticas, interpreto sólo aquel aspecto de la contribución individual que muestra que, por ejemplo, cuando el individuo intenta obtener ayuda en su problema, está llevando al grupo a establecer el *sbD* o, alternativamente, a pasar al *sbA* o *sbF*.

Al hacer esto consigo disminuir el componente "paciente" de mi liderazgo, y a la vez llamo la atención de los individuos hacia el dilema que plantea la pertenencia al grupo. De ambos hechos se derivan consecuencias, pero por el momento ignoraré tanto los hechos citados en la situación grupal actual como las consecuencias que se siguen, en esta descripción, de la disminución del componente "paciente" en mi comportamiento.

El dilema del individuo

Al concentrarme en el aspecto de la contribución del individuo, que es una función de su valencia, obligo al grupo —con una rapidez que varía en proporción directa al grado de sofisticación que ha logrado el grupo dentro de esta clase de terapia— a refugiarse en puerilidades y finalmente en el silencio.

No perderé tiempo describiendo lugares comunes de la interpretación, tal como aquellos que sirven para ilustrar los sentimientos de culpa que nacen de la idea de que las interpretaciones del comportamiento son realmente expresiones de desaprobación; lo que debe demostrarse es que los individuos que experimentan este dilema se sienten intimados por él y, en consecuencia, exhiben su temor de los supuestos básicos y de la parte que ellos mismos desempeñan en su conservación; este temor está íntimamente ligado con el sentimiento de inadecuación a la vida grupal que acompaña al creciente "insight" de las complejidades —hasta entonces insospechadas— de la participación en el grupo humano.

Demuestro este dilema del individuo —con algunas intermitencias durante los diversos períodos en que otros fenómenos grupales se presentan con más urgencia— a través de todo el curso de la existencia del grupo. Aunque no se produce cambio alguno en la situación, los individuos se sienten gradualmente menos oprimidos por la impresión de verse cercados por una u otra de las alternativas del dilema, y menos bloqueados en su participación activa dentro del grupo. Un interesante resultado de la creciente familiaridad con el dilema del individuo es la demostración de que no existe ninguna posibilidad de que el individuo "no haga nada" en un grupo, ni siquiera cuando no hace nada. De esta manera, una vez más, aunque desde un ángulo diferente, llegamos a nuestra sospecha de que todos los miembros de un grupo son responsables del comportamiento mismo. (Véase pág. 52.)

En la práctica las cosas no se desenvuelven tan fácilmente como lo sugiere mi descripción, pues, como ya indiqué, durante semanas, aun meses, se interponen y exigen atención otros aspectos del grupo, aunque no sea más que por el hecho mismo de interponerse y prestarse así preferentemente para la demostración. Entre estos fenómenos se halla la consecuencia de la disminución del componente "paciente" en contribución del terapeuta. Y ahora debemos volver a esto.

Se recordará que de tanto en tanto los grupos afirman que el paciente soy yo, y a veces sugieren que me he beneficiado con la experiencia grupal. Un elemento que contribuye a esta expresión de sus creencias es

la envidia que sienten al comprobar que, aparentemente, soy más capaz que otros de transformar mi experiencia del grupo en algo de importancia, y en virtud de esto acercarme al "animal político" de Aristóteles, adquiriendo así el grado de madurez y desarrollo propios de un organismo dentro de su ambiente; quizás tipifico al paciente que está obteniendo más atención de la que corresponde y tal creencia es la que hace que el grupo elija otro miembro como líder. Sea como fuere, de acuerdo con mi experiencia, el nuevo líder es, sin excepción, un caso psiquiátrico cabal. Lo alaban por hacer que el grupo marche; por hablar con libertad; en suma, por ser en varios sentidos mucho mejor que yo. Aunque siempre existe algún fundamento para estos comentarios laudatarios, nunca se ha cuestionado que el hombre o la mujer elegido por el grupo es un "caso".

Hemos llègado a esta posición: el grupo está empeñado en sostener, calmar, suavizar, halagar y mostrarse deferente con el más enfermo de sus miembros, que ahora es el líder; debemos considerar este proceso como una situación dual del *sbD*, a cuya consideración debemos dedicarnos.

El dual del *sbD*

El aspecto del *sbD* se presenta cuando todos los individuos del grupo me consideran como una persona con la que cada uno tiene una relación exclusiva. Existe escaso contacto manifiesto entre los individuos, y se niegan, no sólo verbalmente, sino por una especie de inercia de masa que impide todo estímulo que parta de hechos que no se adecuen a las emociones del *sbD*, todos los hechos que se oponen a la idea de que yo resuelvo todos los problemas del individuo, y que tengo un especial interés por el bienestar individual. Entre tales hechos indeseables están las interpretaciones, hechas por mí o por otros, que impliquen que mi supuesta autoridad en experiencia de grupos es en sí algo que merece mayor consideración. En ocasiones, cuando el grupo no puede ignorar estas interpretaciones por más tiempo, las incluye dentro del sistema de *sbD* tratándome como a un bebé al que hay que complacer, y mostrándose indulgente con su exhibicionismo. Esto pone en juego el estado que describí como el "dual" de la forma simple del *sbD* —yo no nutro ni protejo al grupo; en consecuencia, éste debe nutrirme y protegerme a mí. A esta altura debo explicar al lector las dificultades que tengo para dar una idea de la evidencia en que baso mi hipótesis. Sin perjuicio de la necesidad de disimular suficientemente los hechos reales a fin de pre-

servar el anonimato de los individuos, me veo obligado a describir un incidente de manera que apoye mi teoría. Es obvio que debo producir mis hipótesis porque veo los acontecimientos de una manera muy particular, y no hay prueba de que mi manera de verlos sea la adecuada. Entonces, la descripción resulta poco más que una repetición de la hipótesis, traducida en términos de acontecimientos concretos. Quisiera encontrar algún medio para poder ofrecer al lector algo más convincente, y a este fin propongo, no sé con qué posibilidades de éxito, utilizar descripciones que provengan de otras fuentes, pero que me parezcan ilustrativas de los fenómenos que mi hipótesis se propone esclarecer. Intentaré tomar ejemplos de cualquier época y lugar; el primero ha sido extraído del libro de Toynbee, *A Study of History* (1948, Vol. I, págs. 141-144). En relación con este pasaje el lector puede formar su propia opinión y compararla con los acontecimientos que propongo a la luz de mi teoría. En resumen, Toynbee muestra cómo Egipto quedó exhausto luego de la construcción de las pirámides bajo Kephron y sus sucesores. Aplicando mi teoría describiría esta situación como un movimiento grupal tendiente a apaciguar el estado de ansiedad del líder. La naturaleza de esta ansiedad no es de relevancia inmediata, pero parece estar centrada en la muerte del líder y en la necesidad de negar su realidad. Lo que resulta de interés para mi propósito inmediato es la subsecuente evolución del grupo, es decir, que un número siempre creciente de miembros participen del mismo tratamiento recibido por el faraón, de manera que, como lo destaca Toynbee, la gente ordinaria recibe el mismo tratamiento que los faraones —de la misma calidad—, pero a un precio mucho más económico. Así, un cambio en la técnica puso todos los beneficios de la psicoterapia exclusiva de los faraones al alcance de los bolsillos más moderados. Pareciera que quienes buscamos en la terapia de grupo una solución de los problemas económicos planteados por el psicoanálisis, estuviéramos siguiendo realmente una tradición de respetable antigüedad.

Esta situación en la que todo un pueblo se sacrifica en pro de un individuo, es la que definiría como el dual del *sbD*. Podemos ver en ella hasta qué punto el enfrentarse con un *sbD* absorbe energías del grupo, energías que podrían haber sido dedicadas a las realidades externas de la seguridad del grupo si no hubiera habido técnicas disponibles para un manejo más directo del *sbD*.

Tendremos que examinar más de cerca estos problemas cuando nos dispongamos a considerar el *T* y particularmente algunas formas especializadas del grupo de trabajo, pero por el momento dejaré esto a un lado para considerar la complicación que introduce la estrecha conexión, en el *sbD*, entre el liderazgo del grupo y el miembro psiquiátricamente

más perturbado. No intento resolver el problema de por qué, cuando se permite al grupo comportarse espontáneamente, dentro del *sbD*, elige como líder al más enfermo de sus miembros. Esto ha sido siempre así; tanto es así, en verdad, que se supone comúnmente que el gran líder religioso —y el grupo religioso es, por razones obvias, un grupo en el cual el *sbD* es activo y vital— es insano o está poseído por un demonio, exactamente como si los miembros de un grupo dominado por el *sbD* sintieran que, si no están dirigidos por un loco, debieran estarlo. En verdad, podríamos decir que así como rechazan todos los hechos que se oponen a la creencia de que todos, individualmente, son protegidos por la persona o deidad de quien dependen, así también rechazan todos los hechos que pudieran indicar que el líder o deidad fuera sano. La creencia en la santidad de los idiotas, la de que el genio es afín a la demencia, indican todas esta misma tendencia del grupo, cuando se halla sin estructurar, a elegir como líder al más enfermo de sus miembros. Quizás sea un reconocimiento inconsciente de que el bebé es realmente un insano, si no nos hubiéramos acostumbrado a asociar su comportamiento con su desarrollo físico, y dentro del *sbD* es tan necesario contar con alguien que dependa como con alguien de quien depender.

Ansiedad del grupo de trabajo

En el punto que sigue, y al que retornaré más adelante cuando tenga que tratar en detalle el *T*, se muestra que el grupo más experimentado en manejarse con el *sbD*, es decir, el grupo religioso o sacerdocio, trata siempre este problema del líder dentro del *sbD* como si manejara dinamita. Constantemente y en forma creciente, se trata de asegurar que el líder del *sbD* no sea una persona concreta; la manera más común de lograrlo es, por supuesto, hacer del líder un dios; y cuando, por muchas razones, éste no resulta todavía bastante inmaterial, esforzarse por hacerlo Dios, espíritu. En mi opinión, la esencia de este intento consiste en evitar que el grupo haga alguna de estas dos cosas: 1) elegir a un hombre real; 2) permitir que la elección se haga por medios "inconstitucionales", es decir, por un acto de elección espontáneo en el que las emociones no se encuentren atemperadas por la disciplina implícita, por ejemplo, en la votación. La Iglesia, que, como dije, es el grupo *T'* más experimentado en manejar el *sbD*, se esfuerza con muy raras excepciones, por evitar ambas cosas, a la vez que hace alguna concesión a la demanda del grupo que solicita una persona real y concreta. Hasta las excepciones nos demuestran que la Iglesia, inconscientemente, se halla muy alerta ante el

peligro: el profeta Samuel se manifestó en desacuerdo con el clamor que solicitaba el fin de la teocracia israelita, y cuando se vio obligado a ceder, se aseguró que el líder fuera elegido por métodos que violaban ambos cánones. Fue una venganza sutil y existosa, y los resultados eran los que se podían haber esperado al elegir un triunfador psiquiátrico.

La causa de la ansiedad

¿Pero cuál es el peligro contra el que la Iglesia desea proteger al grupo? Me permito decir que no se trata meramente del peligro inherente a un liderazgo incompeter.te; por una parte, el liderazgo desempeñado por un individuo mentalmente perturbado no siempre es incompetente. Pero aparte de esto, espero demostrar que existen razones más poderosas por las cuales la Iglesia debe temer el desarrollo espontáneo del liderazgo dentro del *sbD*. Para demostrarlo debo volver a las experiencias dentro del pequeño grupo terapéutico.

En su búsqueda de líder, el grupo encuentra un esquizo-paranoide o un histérico maligno, si es posible; si éstos le fallan, le servirá al efecto una personalidad psicopática con tendencias delictivas; si la personalidad psicopática fracasa, el grupo elegirá un sujeto defectuoso en alto grado, de fácil verbosidad. No tengo experiencia de un grupo compuesto de más de cinco miembros que no pudiera ofrecer un buen ejemplar de uno de los tipos citados.

Una vez que se descubre al líder, el grupo lo trata con cierta deferencia, y la alabanza ocasional —"El señor Tal-y-Tal siempre logra que la conversación conserve su ritmo"— sirve para reforzar su posición como líder. Generalmente hay cierta tendencia a probar si yo manifiesto celos, pero esta etapa pasa rápidamente. Un comentario que se oye frecuentemente es que el grupo "no podría hacer nada sin la señorita o el señor Y", según el caso. Este comentario también se hace con relación a mí. Aunque parezca ser bastante insignificante, es un asunto al que más adelante tendré que prestar considerable atención.

Cuando el liderazgo del individuo en cuestión está bien establecido a los ojos de todos los miembros del grupo, surgen las dificultades. Los ejemplos de los faraones del Rey Saúl, y de las ranas de Esopo que decidieron tener una cigüeña por rey, ilustran en mayor o menor grado aspectos del grupo en su nueva situación.

Como mostré en un principio, el grupo vuelve a mí. Por supuesto, no sólo el clero se alarma con esta situación. Siempre que exista un estado que pueda activar el *sbD* —o sea activado por él— existe el temor a una

dictadura. Un ejemplo reciente es el temor reiteradamente expresado de que el *Welfare State* conduzca a una interferencia tiránica con la libertad, de que los comunistas, los burócratas, etc., se adueñen del poder. Uno de los recursos más comunes en esta situación es la exhortación a retornar a la fe en Dios; y en verdad resultaría sorprendente si en el pequeño grupo terapéutico ningún miembro formulara este mismo llamado que expresa el deseo de evitar que el liderazgo se corporice concretamente en un miembro real del grupo. Si dejo que las cosas se desarrollen, se propondrán muchos remedios; revueltas contra el líder elegido, reclamos de que el tratamiento debiera ser una posibilidad para todos y que ninguna persona debiera monopolizar, etc.... En efecto, todas las soluciones bosquejadas pueden reconocerse como estrechamente similares a los procedimientos intentados a través de la historia. No es tan fácil, en cambio, describir contra qué trata de protegerse el grupo.

Oscilación emocional en un grupo

Mi conclusión consiste en que la situación deriva del estímulo que se produce debido a que dentro del nivel *T* del grupo terapéutico, el líder y el psiquiatra están corporizados en una misma persona. El grupo se ve obligado a reconocer que el líder espontáneamente elegido se halla seriamente perturbado. Como dije anteriormente, parece ser esencial que dentro del *sbD* el líder deba ser "insano"; o de acuerdo con una descripción que al grupo y al individuo interesado les resulta más halagadora, un "genio". Al mismo tiempo el grupo está obligado a creer que es éste el líder del cual se puede depender. Ahora bien, esto sólo puede lograrse a través de una serie de oscilaciones de uno a otro punto de vista. Si rehuso intervenir, y en diversas ocasiones he probado esta situación dejando que los acontecimientos llegaran muy lejos, a veces demasiado lejos para no ser peligroso, las oscilaciones se hacen muy rápidas. Cuando, como en esta situación, la distancia que separa dos creencias es grande —ya que es difícil imaginar dos puntos de vista más divergentes que la creencia de que el líder es loco y la de que es una persona en quien se puede confiar— las oscilaciones tienen que ser rápidas en el tiempo y de gran amplitud. El resultado es que el grupo ya no puede dominar la situación emocional que, por lo tanto, se extiende con explosiva violencia a otros grupos, hasta incorporarse un número de grupos suficientes para absorber la reacción. En la práctica del pequeño grupo esto se manifiesta en la tendencia a quejarse a una autoridad externa, por ejemplo, enviar notas a los periódicos, a un miembro del Par-

lamento, o a las autoridades de la Clínica. Con este intento de atraerse otros grupos no se procura, como creí al principio, vengarse del psiquiatra por la incomodidad, aunque esto también puede estar implícito trayendo como consecuencia un daño para el psiquiatra o para el grupo. El aporte al grupo de tanto material inerte, en forma de individuos extraños que no comparten la situación emocional, trae como resultado que el nuevo grupo, mucho más extenso, cese de vibrar. Ya no hay así la violenta y desagradable oscilación en masa.

Por supuesto, mucho depende de la velocidad con que los otros grupos, o un grupo aislado, o aun parte de otro grupo, entren a participar en el proceso de absorción de las oscilaciones. Si acuden demasiado lentamente o en pequeño monto, entonces las oscilaciones se extienden a los que hasta entonces eran inertes y la situación se torna más desagradable que nunca. Por supuesto, no es deseable que tal explosión se produzca y, de hecho, salvo por razones de investigación, no se justifica permitir que una reacción llegue al punto en que el grupo se vea imposibilitado de contener sus emociones. Lo que es necesario es que el psiquiatra encuentre interpretaciones que den al grupo "insight" de lo que sucede; vincular el *sbD* con el *T*.

Las interpretaciones que, en detalle y en el curso de su evolución, exponen los fenómenos que describí en términos generales, me parecen lograrlo. El lector, como entretenimiento, puede ver si es capaz de descubrir situaciones que correspondan a la descripción que he hecho del *sbD* y su dual, en informes sobre actividades grupales, tales como las que yo mismo he usado, no sólo en trabajos históricos sino en artículos y reportajes periodísticos. En este país, al menos, los comentarios de la prensa con respecto al llamado *Welfare State*, me parecen descubrir una ansiedad que muestra que el *sbD*, ya sea en su forma simple o en su forma dual, es estimulado por el deseo de un *Welfare State*, o, por el contrario, es la fuente de donde este deseo surge. Sin embargo, debería añadir que es mucho más fácil creer que se pueden observar tales fenómenos en los grupos de los que uno está desligado, que en el pequeño grupo del cual se es participante activo. Pero la experiencia verdaderamente importante es esta última.

Bibliografía

Toynbee, Arnold (1934). *A Study of History*. (2ª ed. 1948), vol. 1, Londres, Oxford University Press.

VII

En el capítulo anterior describí una de las causas de oscilación en un grupo. Ahora deseo considerar un fenómeno que puede llevar, o bien a una oscilación semejante, o a la escisión. En el capítulo V dije que la "evolución" constituía una función importante del grupo *T*; debo añadir que es también una de las características que lo diferencian del grupo básico. El grupo *T* está necesariamente ocupado con la realidad y, en consecuencia, podría decirse que tiene alguna de las características que Freud atribuye al yo en su discusión sobre el individuo. Dado que el grupo *T* se ocupa de la realidad, sus técnicas tienden, en última instancia, a ser científicas. El punto que debemos aclarar es la resistencia que surge cuando se exige evolución del grupo, o de los individuos que lo componen.

Escisión

De acuerdo con su personalidad, el individuo se adhiere a uno de los dos subgrupos. Uno de dichos subgrupos se opone al avance, y para ello apela a la lealtad que se debe al líder de dependencia, o a la biblia del grupo, que, como hemos visto, es un sustituto del líder. Para resistir el cambio, los adherentes a este subgrupo se aferran a la tradición, a "la palabra del dios (del grupo)", o a cualquiera que se haya transformado en dios del grupo. Los miembros de este subgrupo manejan al líder o a los sustitutos a quienes pretenden apoyar, de tal modo que la pertenencia al grupo no demandará sacrificios penosos, y por lo tanto será popular. La actividad mental se estabiliza en un nivel trivial, dogmático e indoloro. Se detiene la evolución y el estancamiento resultante se generaliza.

El subgrupo recíproco se compone de aquellos que apoyan ostensiblemente las nuevas ideas. Este subgrupo se propone lograr los mismos fines que el anterior, pero de manera completamente distinta: se vuelve tan exigente en sus demandas, que pronto deja de recibir adherentes. De esta manera desaparece el doloroso proceso de la unión entre iniciados y no iniciados, primitivos y sofisticados, que constituye la esencia del conflicto evolutivo. Cuando ambos subgrupos llegan así al mismo fin,

el conflicto desaparece. Exagerando en interés de la claridad, diría que uno de los subgrupos está compuesto por gran cantidad de individuos primitivos y no sofisticados que constantemente aumentan en número, pero que no evolucionan; el otro snbgrupo evoluciona, pero en un frente tan estrecho y con tan pocos adherentes, que también aquí se evita la penosa armonización de la idea nueva con el estado primitivo. Este mecanismo compensa el grado de sofisticación de los individuos dentro de la comunidad y previene también el conflicto que se origina en el individuo entre evolución e instinto. Esto me recuerda los alegatos que expresan que la sociedad se multiplica copiosamente a través de sus miembros menos cultivados o educados, mientras que la gente de "más valor" permanece obstinadamente estéril.

La escisión en su forma más extrema, tal como la he descrito aquí, debe ser contrastada con el proceso que tiene lugar cuando el grupo trata de terminar con la oscilación por medio de la absorción de grupos externos (cap. 6): el grupo cismático intenta resolver su problema por medio de la guerra interna; el otro, por la guerra externa.

Otros puntos de vista sobre grupos

A esta altura creo que puede resultar valioso reunir los temas principales que he tratado en la parte que antecede y compararlos con algunos otros puntos de vista que se han adelantado con respecto a grupos.

El problema de la relación del individno con los demás y con su grupo ha sido discutido desde tiempos remotos. Platón subrayó la función del individuo dentro del grupo, es decir, la necesidad de que el zapatero se ajuste a su trabajo para bien de la vida armoniosa del grupo. Esta opinión parece ingenua cuando se la compara con las complejidades de la psicología actual; pero puede que se olvide que hay fundamentos para tal afirmación. Ella supone que los individuos son personas racionales y que la consideración que priva es la limitación que impone la realidad. Si el individuo se adhiere a su tarea, si coopera con otros permitiéndoles realizar las suyas, todo marchará bien. De acuerdo con mi terminología, esto equivale a decir que si el grupo *T* fuera el único componente de la vida mental del grupo, no habría dificultades. Pero el punto que he querido destacar a través de esta obra es que el grupo *T* se ve constantemente perturbado por influencias que provienen de los fenómenos mentales de otros grupos.

Esto se hizo evidente desde una edad muy remota, y dado que la teoría platónica no afrontó la prueba de la experiencia, fue considerada

como insatisfactoria. Aristóteles la criticó especialmente. Pero pienso que para nuestros propósitos no necesitamos ocuparnos de todo el desarrollo histórico, hasta que San Agustín produjo la *Ciudad de Dios*. Es muy significativo que la ocupación de Roma por Alarico haya producido una reacción tan intensa, y que su influencia haya hecho que San Agustín reconsiderara en su totalidad el problema de las relaciones humanas dentro del Estado. En su obra postula una ciudad celestial donde las relaciones entre los individuos se armonizan a través de la relación de cada individuo con Dios. Este punto de vista es, en verdad, muy diferente del de Platón. San Agustín introduce una nueva dimensión. Sus postulados implican que la descripción platónica de lo que yo llamo grupo *T* no es suficiente para explicar el grupo; se necesita algo aproximado a lo que entiendo por *sbD*. Ya describí cómo en el *sbD* los individuos no tienen relación entre sí, sino que cada uno la tiene con el líder de dependencia. Desde San Agustín, no ha habido un verdadero retorno al punto de vista clásico, aunque en ciertos sentidos Hobbes ignora casi por completo la clase de fenómenos que San Agustín intentó esclarecer. Los pensadores liberales de épocas recientes se muestran dispuestos a argumentar que la emoción y la razón armonizan con facilidad, es decir, usando mi terminología, que las operaciones del grupo *T* pueden armonizar fácilmente con las operaciones del grupo de supuesto básico. Nietzsche parece reaccionar contra esta opinión al sugerir que un grupo alcanza vitalidad sólo cuando libera los impulsos agresivos. Volviendo a mi terminología, esto significa que un sentimiento de vitalidad sólo podría alcanzarse si el supuesto básico se hace dominante, especialmente el *sbF*. De acuerdo con mi experiencia de grupos, todos estos aspectos se expresan en una u otra forma e incluso pueden ganar temporario ascendiente en la acción. Pero a través de lo que ya he dicho en esta obra, se comprenderá que considero que ninguno de ellos, llevado a la práctica, ofrece una solución duradera. De cualquier manera, y espero demostrarlo, las reacciones del grupo son mucho más complejas de lo que sugieren las teorías anteriores, aun dentro de su completo desarrollo. Freud sólo hizo un estudio superficial del problema de grupo (*Psicología de las masas y análisis del yo*). Sus observaciones se basan principalmente en la crítica, hecha a la luz del psicoanálisis, del trabajo realizado por otros estudiosos. (*Totem y Tabú*, trad. por S. Strachey, ed. inglesa 1950, p. 75, nota 1.)

En su obra *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud comienza su exposición señalando que la psicología individual y la psicología de grupo no pueden diferenciarse totalmente, puesto que la psicología del individuo es en sí una función de la relación del individuo con otra

persona u objeto. Freud afirma (pág. 3) que es difícil atribuir al factor número un significado tan grande como para considerarlo capaz por sí mismo de introducir en la vida mental un nuevo instinto que de otra manera no hubiera aparecido. En mi opinión, ningún instinto nuevo ha hecho su aparición, siempre ha estado presente. Lo único nuevo que la experiencia de grupo nos ofrece es la posibilidad de observar cómo operan las características "políticas" del ser humano. Ya he dicho que no considero necesario reunir un conjunto de personas —el individuo no puede evitar ser miembro de un grupo—, aun cuando su pertenencia a él consista en comportarse de manera que dé la sensación real de que no pertenece a grupo alguno. La situación psicoanalítica no es, en este sentido, "psicología individual" sino "bipersonal". El individuo es un animal de grupo que, por ello mismo, está continuamente en guerra, no sólo con el grupo, sino consigo mismo y con aquellos aspectos de su personalidad que constituyen su carácter gregario.

Es necesario que un grupo se reúna en una habitación, dado que sólo de esa manera se llenarán los requisitos necesarios para el estudio. De acuerdo con mi opinión, Freud y otros estudiosos a quienes menciona, tal como McDougall y Le Bon, consideran que la psicología de grupo es algo que se origina cuando un número de personas se reúne en el mismo lugar y al mismo tiempo, y en este sentido estoy de acuerdo con Freud, cuando protesta porque se ha concedido excesiva importancia al número; sin embargo, pienso que está equivocado cuando dice que la solución sólo puede buscarse a través de una u otra de las dos alternativas siguientes:

1) la posibilidad de que el instinto social no sea primitivo, o

2) que su desarrollo comienza de manera semejante al desarrollo de la familia.

Existe una tercera. Yo diría que la importancia del grupo real es similar a la importancia del analista y del analizado: para que la relación de transferencia sea demostrable es necesario que un individuo recurra al psicoanalista. Igualmente, para que puedan ser demostradas las características del grupo y de los individuos que lo constituyen, es importante que el grupo se reúna. No asigno una importancia intrínseca al hecho de que el grupo se reúna. Es importante que el grupo se una lo bastante estrechamente para que me posibilite dar una interpretación sin tener que gritarla. Esto significa que el número debe ser limitado. También debe ser limitado el grado de dispersión del grupo, pues deseo que todos los individuos tengan oportunidad de presenciar la evidencia en que baso mi interpretación. Por la misma razón los individuos deben reunirse en el mismo momento. Si bien el hecho de que el grupo se congregue en un lugar y tiempo particulares es evidentemente muy importante por las razones puramente mecánicas que acabo de señalar, no tiene ningún significado en la producción de fenómenos grupales. El atribuirle significado surge de la impresión equivocada de que una cosa comienza necesariamente en el momento en que su existencia se torna demostrable. Debo señalar que ningún individuo, aunque esté aislado en el tiempo y en el espacio, puede ser considerado como marginal respecto de un grupo o falto de manifestaciones activas de psicología de grupo, aunque no existan condiciones que hagan posible demostrar estas afirmaciones. Si se acepta la idea de que el ser humano es un animal de grupo, se resolverán las dificultades que se aprecian en la aparente paradoja de que un grupo es más que la suma de sus componentes. La explicación de ciertos fenómenos debe buscarse en la matriz del grupo y no en los individuos que lo constituyen. Señalar el tiempo no es función de ninguna de las partes aisladas del mecanismo del reloj; sin embargo, señalar el tiempo es una función del reloj y de sus diversas partes cuando ellas se combinan entre sí.

No existe ninguna razón para que nos dejemos confundir por la impresión de que un grupo es algo más que la suma de sus miembros, tanto como no hay razón para dejarnos confundir por la idea de que un reloj es algo más que una colección de piezas necesarias para hacer un reloj.

Abreviando, existen características en el individuo cuyo significado real no puede entenderse a menos que se comprenda que forman parte de su equipo como animal gregario y cuyo funcionamiento no puede ser observado a menos que lo busquemos en un campo de estudio inteligible, que en este caso es el grupo. No se puede entender a un recluso que vive aislado sin obtener información referente al grupo a que pertenece. Si afirmamos que en ese caso no nos estamos ocupando del grupo, demostramos nuestra incapacidad para la percepción. Por esta razón desapruebo la nomenclatura que usa Rickman de relaciones de dos cuerpos, tres cuerpos, etc. Pienso que tales términos se hallan expuestos a una interpretación demasiado ingenua. De acuerdo con mi opinión, el recluso no se hace más comprensible al ser considerado como parte de una relación de dos cuerpos, tan sólo porque él y el observador parezcan estar geográficamente juntos. Yo desearía saber si el recluso y el observador pertenecen al mismo grupo y, de no ser así, a qué grupo pertenece cada uno. El hecho de que ningún otro "cuerpo" esté presente no me impresiona en lo más mínimo. Puedo aclarar más mi posición si digo que este argumento contribuye a mis objeciones al estudio psicoanalítico de los caracteres históricos. Los efectos de cualquier error que pueda

haber en el psicoanálisis por descuidar los fenómenos grupales, pueden ser moderados por el hecho de que el analista y el paciente tienen en común muchas tensiones de grupo. Aun cuando un analista de hoy tenga conciencia de la importancia de conocer las circunstancias que rodean a la persona que esté estudiando, no puede sentir la situación en que vivió y se murió un personaje histórico de la misma manera en que puede sentir la que viven sus pacientes.

Tengo la impresión de que en algunos sentidos, al discutir los grupos, Freud no llega a comprender la naturaleza de la revolución que él mismo provocó al buscar la explicación de los síntomas neuróticos, no en el individuo, sino en la relación del individuo con los objetos. Debe tenerse en cuenta que al observar un grupo, el campo de estudio cambia al incluir fenómenos que no pueden ser estudiados fuera del grupo. Fuera del grupo como campo de estudio, la actividad de dichos fenómenos no se manifiesta. El grupo, en el sentido de un conjnnto de personas dentro de una habitación, no agrega nada al individuo o al conjunto de individuos, sólo pone de manifiesto algo que de otra manera no sería visible.

En otras palabras, la diferencia evidente entre psicología de grupo y psicología individual es una ilusión producida por el hecho de que el grupo ofrece un campo de estudio inteligible para captar ciertos aspectos de la psicología individual, y de esta manera se ponen en evidencia fenómenos que parecen extraños para nn observador no familiarizado con el grupo. En ninguno de sus escritos Freud afirma que sus puntos de vista con respecto al grupo deriven de un estudio del animismo; afirma en cambio que su contribución es visible sólo a través de su selección tanto de material como de opiniones (probablemente a partir del esquema referencial de *Totem* y *Tabú*, pág. 75, nota I). Las explicaciones del comportamiento grupal derivan al parecer de deducciones surgidas de la situación psicoanalítica. Por este motivo es posible que la lectura de la descripción que Freud hace del grupo, y más aún la de Le Bon, cuyo punto de vista cita Freud con cierta aprobación, me resulten hasta cierto punto extrañas cuando las comparo con mis experiencias reales dentro del grupo. Por ejemplo, cuando Freud, al citar a Le Bon, dice: "Los grupos nunca se interesan demasiado por la verdad. Sólo reclaman ilusiones y sin ellas no pueden vivir" (Freud, 1921), no pnedo aceptar esta afirmación. Tal como lo señalé al comienzo de este capítulo, atribuyo gran fuerza e influencia al grupo de trabajo, cuyo profundo interés en la realidad lo lleva a emplear los métodos de la ciencia, aun cuando

sea en forma rudimentaria. Pienso que una de las cosas más notables de un grupo es que, a pesar de la influencia de los supuestos básicos, a la larga triunfa el grupo *T*. El mismo Freud parece considerar —especialmente cuando discute la parte que desempeña el grupo en la producción del lenguaje, canciones y mitos tradicionales, etc.—, que la descripción de Le Bon no hace justicia al grupo. Cuando Freud critica los puntos de vista de McDougall relativos al grupo altamente organizado, señala que McDougall considera que las condiciones de organización hacen desaparecer "las desventajas psicológicas de la formación de grupo". Esto se acerca mucho a mi opinión de que el grupo especializado de trabajo tiene como función manejar el supuesto básico de manera que no obstaculice al grupo de trabajo. Freud prefiere describir el problema como si consistiera en lograr que el grupo adquiera "precisamente aquellos rasgos que fueron característicos del individuo y que desaparecieron en él como resultado de la formación del grupo". Postula así un individuo que está fuera del grupo primitivo, que posee su propia continuidad, su autoconciencia, sus tradiciones y costumbres, sus propias funciones y posición particulares. Freud dice que, debido a su ingreso en un grupo "no organizado", el individuo perdió por un tiempo sus características distintivas. En mi opinión, la lucha del individuo por mantener sus características distintivas presenta rasgos diversos de acuerdo con el estado mental del grupo en nn momento dado. La organización del grupo daría estabilidad y perduración al grupo de trabajo, que se siente mucho más amenazado por los supuestos básicos si el grupo no está organizado. La particularidad individual nó es parte de la vida de un grupo que actúa sobre supuestos básicos. La organización y la estructura son armas del grupo *T*. Son el producto de la cooperación que se establece entre los miembros del grupo, y una vez establecidas, tienen como efecto reclamar aún mayor cooperación de los individuos del grupo. En este sentido, el grupo organizado de McDougall es siempre un grupo de trabajo y nunca un grupo de supuesto básico. Un grupo que actúa sobre un supuesto básico no necesita organización ni cooperación. Dentro del grupo de supuesto básico la contraparte de la cooperación está dada por lo que he llamado valencia, una función espontánea e inconsciente de la cualidad gregaria propia de la personalidad humana. Sólo cuando un grupo comienza a operar de acuerdo con un supuesto básico surgen las dificultades. La acción significa inevitablemente contacto con la realidad, y el contacto con la realidad reclama consideración

por la verdad y, en consecuencia, impone el uso del método científico, y exige la constitución del grupo de trabajo.

Podemos volver a considerar el grupo especializado de trabajo en forma más extensa. Tal como he sugerido, Freud se vio obstaculizado por tener que deducir las situaciones grupales de su estudio de la transferencia. De acuerdo con las razones que he dado, existe la posibilidad de que la transferencia esté teñida por características grupales que se derivan del *sbA*; es decir, si consideramos los fenómenos de grupo que pueden ser activados por el estímulo de la situación de pareja que existe de hecho en el psicoanálisis. En verdad, es en la situación de grupo donde podemos buscar el origen de la prominencia de los elementos sexuales en el psicoanálisis, y de las sospechas y acusaciones de los oponentes de Freud de que el psicoanálisis era "sexual". La consecuencia inmediata de su estudio sobre grupos es que fue capaz de deducir mediante el psicoanálisis algunas características de dos grupos especializados de trabajo: el Ejército y la Iglesia, pero no lo condujo a considerar al grupo especializado de trabajo que tiene mayor posibilidad de operar dentro del *sbA*. Dentro de una sociedad, el subgrupo que tiene mayor posibilidad de habérselas con manifestaciones del *sbA*, es el subgrupo que concede mayor importancia a la crianza, es decir, la aristocracia. Si las características del grupo de trabajo desempeñaran un papel dominante, se manifestarían a través de alguna actividad tal como la subvención de investigaciones genéticas. Tal como son las cosas, no podemos considerar que el interés que dicho grupo tiene por la crianza posea la aureola científica patognómica del grupo de trabajo. Esto se debe, por supuesto, a que no está simplemente enfrentado con el problema del grupo de trabajo. Se trata de un subgrupo especializado que debe sufrir una escisión para poder manejarse con el *sbA* de la misma manera que el Ejército y la Iglesia tienen que manejarse dentro del *sbF* y *sbD* respectivamente. Por esta razón es posible que la relación de este subgrupo con el grupo principal no esté determinada por la precisión científica con que conduce sus asuntos sentimentales sobre principios estrictamente genéticos, sino más bien por la eficiencia con que satisface la demanda del grupo que requiere se maneje el *sbA* de manera tal que no obstaculice las funciones *T* del grupo como un todo.

Ya he dicho que la ansiedad en el *sbA* deriva del sentimiento de que tanto el grupo como el individuo están subordinados al genio por nacer. La función de la aristocracia consiste, a veces, en hallar una vía de escape para la actividad basada en el supuesto del grupo de emparejamiento sin violentar su sentido de realidad; otras, en impedir que dicho

sentido de realidad socave las instituciones de cuya preservación depende el grupo para obtener un medio inofensivo para expresar el *sbA*.

Bibliografía

Freud, S. (1913). *Totem and Taboo*, trad. inglesa por J. Strachey. Londres, Hogarth, 1950. [Traducción castellana: *Totem y Tabú*, Obras completas, Buenos Aires, 1943, t. VIII.]

Freud, S. (1921) *Group Psychology and the Analysis of the Ego*. Londres, Hogarth, 1922. *Complete Works*, vol. 18 [Traducción castellana: *Psicología de las masas y análisis del yo*. Obras completas, Buenos Aires, 1943, t. IX].

REVISION

DINÁMICA DE GRUPO

Utilizando su experiencia psicoanalítica, Freud[1] intentó iluminar algunos de los puntos oscuros que Le Bon, Mc Dougall y otros investigadores pusieron de manifiesto en sus estudios del grupo humano. Yo me propongo discutir los aportes que el psicoanálisis, en su evolución posterior, ofrece acerca de los mismos problemas, particularmente en aquellos aspectos vinculados con la obra de Melanie Klein. El trabajo de esta autora muestra que al comienzo mismo de la vida el individuo establece contacto con el pecho materno, y a través de una rápida extensión del primitivo grado de conciencia, con el grupo familiar; Melanie Klein enseña además que la naturaleza de este contacto pone de manifiesto cualidades peculiares, que tienen profunda significación tanto para el desarrollo del individuo como para comprender mejor los mecanismos ya demostrados por el genio intuitivo de Freud.

Espero mostrar que el adulto, en su contacto con las complejidades de la vida de grupo, recurre, en forma que podría ser una regresión masiva, a mecanismos que M. Klein describió (1931, 1946) como típicos de las fases más tempranas de la vida mental. El adulto debe establecer contacto con la vida emocional del grupo en que vive; esta tarea puede parecerle tan formidable como le parece al niño la relación con el pecho, y su regresión revela el fracaso en satisfacer las exigencias de esta tarea. Una parte esencial de su regresión consiste en la creencia de que un grupo existe como algo distinto de un agregado de individuos y también son partes de su regresión las características que el individuo atribuye al supuesto grupo. Alimenta la fantasía de que el grupo existe por el hecho de que la regresión implica para el individuo una pérdida de su "particularidad individual" (Freud, 1921, pág. 9), que no se diferencia de una despersonalización, y, por tanto, le impide observar que el grupo es un agregado de individuos. De esto se deduce que si el observador estima que hay un grupo, los individuos que lo componen deben haber experimentado esta regresión. Recíprocamente, cuando los individuos que componen un "grupo" (usando esta palabra para designar un agregado de indivi-

[1] Especialmente en *Totem y Tabú* (1913) y *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921).

duos en el mismo estado de regresión) por una razón u otra se sienten amenazados por la toma de conciencia de su particularidad como individuos, el grupo cae en el estado emocional conocido como pánico. Esto no quiere decir que el grupo se desintegre, y más adelante podrá comprobarse que no estoy de acuerdo con la idea de que el grupo pierda su cohesión a causa del pánico.

En esta sección resumiré ciertas teorías a las que he llegado aplicando en los grupos las intuiciones logradas en la práctica del psicoanálisis actual. Estas teorías difieren de muchas otras, tanto por sus méritos como por sus defectos, y por haber visto la luz en las situaciones de tensión emocional que intentan describir. Introduzco algunos conceptos nuevos para el psicoanálisis, en parte porque me ocupo de un asunto diferente, en parte porque deseo comprobar si el hecho de comenzar libre del compromiso que representan las teorías previas, nos puede conducir a que mi punto de vista sobre grupos y el punto de vista del psicoanálisis sobre el individuo sean comparables. Juzgaremos de este modo si ambos son completamentarios o divergentes.

Hay momentos en que pienso que el grupo tiene una actitud hacia mí, y que puedo verbalizar en qué consiste dicha actitud; hay momentos en que otro de los miembros actúa como si también pensara que el grupo tuviera una actitud hacia él, y creo que puedo deducir cuál es su creencia; en otros momentos pienso que el grupo tiene una actitud con respecto a un individuo y que yo puedo decir en qué consiste. Estas ocasiones ofrecen la materia prima de las interpretaciones, pero la interpretación en sí misma es un intento de traducir en un lenguaje preciso lo que supongo que es la actitud del grupo hacia mí o hacia algún otro miembro, y la actitud del individuo hacia el grupo. Solamente aprovecho algunas de esas ocasiones; juzgo que el momento está maduro para una interpretación cuando ésta parece ser evidente y sin embargo pasa inadvertida.

Los grupos en que intenté desempeñar este rol atraviesan una serie de complejos episodios emocionales que permiten deducir, en relación con la dinámica grupal, teorías que me resultan útiles tanto para aclarar lo que sucede como para descubrir los núcleos de futuras evoluciones. Lo que sigue es un resumen de esta teoría.

El grupo de trabajo

En cualquier grupo pueden encontrarse rasgos que revelan una actividad mental. Aunque sea en forma casual, todo grupo se reúne para

"hacer" algo: cada miembro coopera en dicha actividad de acuerdo con sus capacidades individuales. Esta cooperación es voluntaria y depende del grado de habilidad sofisticada que el individuo posea. Sólo pueden participar en tal actividad los individuos que tienen años de entrenamiento y una capacidad para la experiencia que les ha permitido evolucionar mentalmente. Dado que esta actividad va aparejada a una tarea, se halla ligada a la realidad, sus métodos son racionales y, en consecuencia, aunque sea en forma embrionaria, científicos. Sus características son similares a las que Freud (1911) atribuyó al yo. A este aspecto de la actividad mental en un grupo lo llamo Grupo de Trabajo. Este término comprende sólo una actividad mental de una naturaleza particular y no a la gente que se entrega a ella.

Puede comprobarse que cuando los pacientes se reúnen en una sesión de terapia de grupo, siempre se dedica parte de la actividad mental a plantear problemas para cuya solución los individuos buscan ayuda. He aquí un ejemplo de un episodio acaecido en un grupo:

Seis pacientes y yo estamos sentados en rueda en una pequeña habitación. La señorita A sugiere que sería una buena idea que los miembros del grupo se pusieran de acuerdo para llamarse por sus nombres de pila [1]. Se advierte una sensación de alivio porque ha surgido un tema de conversación; se intercambian miradas, y una breve llamarada de animación se hace momentáneamente visible. El señor B admite que se trata de una buena idea; el señor C dice que ello "haría las cosas más amigables". La señorita A es alentada a divulgar su nombre, pero se lo impide la señorita D que dice que no le gusta su nombre de pila, preferiría que no fuese conocido. El señor E propone el uso de seudónimo; la señorita F se observa las uñas. Pocos minutos después de la propuesta de la señorita A, la discusión ha languidecido, y en su lugar aparecen miradas furtivas, que en su mayoría se dirigen a mí. El señor B se levanta para decir que de alguna manera debemos llamarnos. El humor del grupo es ahora un compuesto de creciente ansiedad y frustración. Mucho antes de que me mencionen, se ve que mi nombre se ha transformado en un motivo de preocupación. Abandonado a sus propios recursos, el grupo amenaza hundirse en la apatía y el silencio.

A fin de lograr mis propósitos presentes pondré en evidencia aquellos aspectos del episodio que me sirven para ilustrar el uso que hago del término grupo de trabajo. Podría hacer lo mismo dentro del grupo, pero ello dependerá de mi apreciación del significado que el episodio tiene

[1] Véase la discusión que sobre el tabú en relación a los nombres hace Freud en su obra *Totem y Tabú* (1913, pág. 54).

dentro del contexto de su vida mental, hasta donde se ha manifestado en ese momento.

Primero, es evidente que si siete personas han de mantener una conversación, la discusión se vería facilitada si los miembros se llamaran por sus nombres. En la medida en que la discusión ha surgido de la comprensión de este hecho, es un producto de la actividad del grupo de trabajo. Pero el grupo ha ido más allá de la mera propuesta de dar un paso que resultaría útil en cualquier grupo, con prescindencia de su objeto. Al proponerse el uso de los nombres de pila se hizo referencia a que esto facilitaría la amistad. Creo adecuado decir que dentro del grupo del que me ocupo, la amistad se considera de importancia fundamental para las necesidades terapéuticas. En el momento en que el ejemplo fue tomado resultaría también exacto decir que tanto la objeción de la señorita D como la solución propuesta por el señor E, pueden ser consideradas como dictadas por necesidades terapéuticas; y de hecho señalo que las sugestiones se ajustaban a la teoría aún no formulada explícitamente, de que nuestras enfermedades se curarían si el grupo pudiera ser conducido de manera que sólo experimentara emociones agradables. Se verá que la demostración de la funciou del trabajo de grupo debe incluir: el proceso de desarrollo del pensamiento que se intenta traducir en acción; la teoría, en este caso la necesidad de amistad, en la cual se basa; la creencia en que el cambio de medio es en sí suficiente para curarse sin que se produzca un cambio correspondiente en el individuo; y, por último, una demostración de la clase de hechos que se consideran como "reales". En el ejemplo que acabo de dar sucedió que luego pude demostrar que la función del grupo de trabajo, aunque no la llamé así, basada en la idea de que la curación podía lograrse en un grupo que sólo experimentara sentimientos agradables, no parecía haber producido la anhelada cura; y de hecho se veía obstruida por la dificultad de traducirla a la acción, aparentemente simple, de asignar nombres.

Antes de pasar a la discusión de la naturaleza de las obstrucciones que sufre la actividad del grupo de trabajo, quisiera mencionar una dificultad en la exposición de mis teorías, que creo ya se habrá puesto de manifiesto. Describir un episodio del grupo, tal como el que he señalado, e intentar luego deducir de él algunas teorías, sólo representa para mí el decir que tengo la teoría de que sucedió tal y tal cosa y que puedo decirlo de nuevo, sólo que en diferente lenguaje. El único modo de que el lector pueda librarse del dilema, sería recordar el caso de algún comité u otro tipo de reunión en el que haya participado, y considerar hasta qué punto encuentra allí elementos que puedan apuntalar la existencia

de lo que he llamado función del grupo de trabajo, sin olvidar la estructura administrativa real, director y demás componentes, como material que debe ser incluido en tal revisión.

Los supuestos básicos

Las interpretaciones hechas en términos de la actividad del grupo de trabajo dejan mucho sin expresar. La sugestión sobre el uso de seudónimos ¿ha sido motivada sólo con el propósito de encarar las demandas de la realidad? Las miradas furtivas, la preocupación por la forma correcta de dirigirse al analista, que se hizo manifiesta en seguida, no pueden ser interpretadas provechosamente como relacionadas con la función del grupo de trabajo.

La actividad del grupo se ve obstruida, diversificada, y en ocasiones asistida por algunas otras actividades mentales que tienen en común el atributo de poderosas tendencias emocionales. Estas actividades, que a primera vista parecen caóticas, adquieren cierto grado de cohesión si admitimos que surgen de supuestos básicos comunes a la totalidad del grupo. En el ejemplo que he dado, era fácil reconocer que un supuesto común a todo el grupo consistía en que sus miembros estaban reunidos para recibir de mí cierta clase de tratamiento. Pero la investigación de esta idea como parte de la función del grupo de trabajo, mostró que existían ideas investidas de realidad por la fuerza de la emoción ligada a ellas que no conformaban siquiera las esperanzas algo ingenuas que alimentaban conscientemente los miembros menos sofisticados. Por otra parte, aun los individuos sofisticados (uno de los miembros, por ejemplo, era un diplomado en ciencias) mostraron con su comportamiento que compartían estas ideas.

El primer supuesto consiste en que el grupo se reúne a fin de lograr el sostén de un líder de quien depende para nutrirse material y espiritualmente y para obtener protección. Así establecido, mi primer supuesto básico podría ser considerado como una repetición de lo que he señalado anteriormente: que el grupo supone "que sus miembros se han reunido para recibir de mí alguna forma de tratamiento", con la sola diferencia de estar expresado en términos metafóricos. Pero lo esencial es que el supuesto básico sólo puede entenderse si las palabras que he usado se toman en un sentido literal y no metafórico.

He aquí una descripción de un grupo terapéutico en que actúa el supuesto básico de dependencia, como lo he llamado.

Estaban presentes tres mujeres y dos hombres. En una ocasión ante-

rior el grupo había mostrado señales de orientar la función del grupo de trabajo hacia la cura de las deficiencias de sus miembros; se podía suponer que esta vez los miembros habían reaccionado con desesperación, colocando toda su confianza en mí para sortear sus dificultades, mientras se conformaban con plantear problemas individuales, a los que yo debía darles solución. Una mujer había traído chocolate, y tímidamente invitó a otra mujer, su vecina de la derecha, para que lo compartiera. Un hombre estaba comiendo un sandwich. Un graduado en filosofía, que en sesiones anteriores había expresado ante el grupo su falta de fe en Dios, y en toda religión, estaba sentado en silencio, como lo hacía frecuentemente, hasta que una de las mujeres, con un dejo de aspereza en la voz, señaló que él no había hecho preguntas. El aludido contestó: "Yo no necesito hablar porque sé que lo único que debo hacer es asistir a las sesiones durante un tiempo bastante largo y todas mis interrogaciones serán respondidas sin que deba hacer nada".

Dije entonces que me había transformado en una especie de deidad del grupo; que las preguntas se me dirigían como si fuera alguien que podía saber las respuestas sin necesidad de apelar al trabajo, que el comer era parte de una maniobra del grupo para alimentar una creencia que sus miembros deseaban conservar acerca de mí, y que la respuesta del filósofo indicaba una negación de la eficacia de la oración, pero por otra parte parecía desmentir sus afirmaciones anteriores donde había expuesto su descreimiento. Cuando comencé mi interpretación no sólo estaba convencido de la verdad que ella encerraba, sino que estaba seguro de que podría convencer a los otros al enfrentarlos con el conjunto del material, que puedo exponer sólo en parte dentro de este relato escrito. Cuando hube terminado de hablar sentí que había cometido algún error; me rodeaban miradas desconcertadas. La evidencia había desaparecido. Después de un tiempo, el hombre que había terminado su sandwich y guardado en el bolsillo el papel cuidadosamente doblado, miró en derredor con las cejas levemente levantadas, interrogante. Una mujer me miró con expresión tensa; otra, con las manos recogidas observaba el piso en forma meditativa. Comenzó a robustecerse en mí la convicción de que había sido culpable de blasfemia dentro de un grupo de verdaderos creyentes. El segundo de los hombres, con los codos sobre el respaldo de la silla, jugaba con los dedos. La mujer que estaba comiendo tragó con rapidez el resto de su chocolate. Interpreté ahora que me había transformado en una persona muy mala al arrojar dudas sobre la deidad del grupo, pero que esto había traído como consecuencia un aumento de la ansiedad y la culpa en la medida en que el grupo había fracasado en desligarse del acto impío.

En este relato he hecho hincapié en mis propias reacciones por una razón que más adelante espero se haga patente. Puede afirmarse con justicia que las interpretaciones cuyas mayores evidencias se apoyan no en los hechos observados en el grupo, sino en las reacciones subjetivas del analista, tienen mayor posibilidad de encontrar su explicación en la psicopatología del analista que en la dinámica del grupo. Se trata de una crítica justa, una crítica que tendrá que ser confrontada a través de muchos años de trabajo cuidadoso realizado por más de un analista, pero por esta misma razón la dejaré a un lado y pasaré a plantear un argumento que sostendré a través de este capítulo.

En el tratamiento de grupo muchas interpretaciones, y entre ellas las más importantes, se basan en la fuerza de las propias reacciones emocionales del analista. Creo que estas reacciones dependen de que el analista es dentro del grupo el recipiente de lo que Melanie Klein (1946) llamó identificación proyectiva, siendo este mecanismo muy importante en los grupos. Ahora bien, la experiencia de la contratransferencia, de acuerdo con mi criterio, tiene una cualidad muy distinta que capacitaría al analista para distinguir cuándo es objeto de una identificación proyectiva y cuándo no lo es. El análista siente que lo están manejando para que desempeñe un papel, aunque sea difícil de reconocer, en la fantasía de alguien, o lo sentiría si no fuese por algo que sólo puedo llamar una pérdida temporaria de "insight", una sensación de experimentar poderosos sentimientos, y al mismo tiempo una creencia de que su existencia está adecuadamente justificada por la situación objetiva, sin recurrir a la explicación recóndita de su génesis.

Desde el punto de vista del analista, la experiencia está constituida por dos fases estrechamente relacionadas: en la primera existe un sentimiento de que, sea lo que fuere lo que uno ha hecho, por cierto no ha ofrecido una interpretación correcta; en la segunda surge el sentimiento de ser una clase especial de persona dentro de una singular situación emocional. Creo que la primera condición del analista en el grupo consiste en la habilidad para sacudirse ese entorpecedor sentimiento de realidad que es concomitante a este estado. Si puede lograrlo, estará en posición adecuada para dar lo que creo que es la interpretación correcta y, en consecuencia, para ver sus conexiones con la interpretación previa, de cuya validez lo hicieron dudar.

Debo volver a considerar el segundo supuesto básico. Igual que el primero, éste también se relaciona con el propósito del grupo. Mi atención fue reclamada en un principio por una sesión durante la cual la conversación fue monopolizada por un hombre y una mujer, que aparentemente ignoraban al resto del grupo. Las miradas que ocasional-

mente se intercambiaban los otros miembros parecían sugerir la opinión, no tomada muy seriamente en consideración, de que la relación era amorosa, aunque apenas podría decirse que el contenido manifiesto de dicha conversación fuera muy distinto de los otros intercambios dentro del grupo. Sin embargo, quedé impresionado por el hecho de que ciertos individuos, que generalmente eran sensibles a cualquier manifestación que los excluyera de la actividad supuestamente terapéutica, que en este momento consistía en hablar y obtener una "interpretación" mía o de algún otro miembro del grupo, no parecieron dar importancia al hecho de dejar la escena enteramente a disposición de dicha pareja. Más adelante se hizo evidente que el sexo de la pareja no tenía influencia en la suposición de que se estaba produciendo un proceso de emparejamiento. Estas sesiones se dieron en una atmósfera de esperanza y expectación peculiares que las diferenciaba mucho de aquellas reuniones ordinarias donde el tiempo transcurría entre el aburrimiento y la frustración. No debe suponerse que los elementos sobre los que haga recaer la atención, bajo el título de grupo de emparejamiento, se manifiestan en forma exclusiva o aun predominante. En verdad existen pruebas numerosas de estados mentales del tipo que nos es familiar en psicoanálisis; resultaría realmente extraordinario si, para tomar un ejemplo, uno no viera en los individuos evidencia de reacción ante una situación de grupo que pudiera aproximarse a una representación de la escena original. Pero, en mi opinión, si permitimos que nuestra atención se vea absorbida por tales reacciones, cualquier observación de lo que es específico del grupo se vería obstaculizada; pienso, además, que una concentración de tal naturaleza puede conducir, en el peor de los casos, a una falsificación del psicoanálisis antes que a una exploración de las posibilidades terapéuticas de un grupo. Por lo tanto, el lector debe suponer que en esta situación, como en otras, habrá siempre una gran cantidad de material familiar al psicoanálisis, pero que todavía espera su evaluación en la situación de grupo. Propongo que por el momento se ignore este material, y me dedicaré ahora a una consideración de la atmósfera de expectación llena de promesas que he mencionado como una característica del grupo de emparejamiento. Con frecuencia esto encuentra expresión verbal en ideas que apoyan la opinión de que el matrimonio pondrá fin a las incapacidades del neurótico; que cuando la terapia de grupo se haya extendido suficientemente, revolucionará la sociedad; que la próxima estación: primavera, verano, otoño o invierno, cualquiera sea el caso, será más agradable, que se debería desarrollar una nueva clase de comunidad —un grupo mejorado—, y otras ideas por el estilo. Esas expresiones tienden a dirigir la atención a un acontecimiento supuestamente futuro, pero para

el analista el problema a resolver no reside en un acontecimiento futuro, sino en el presente inmediato— el sentimiento de esperanza en sí mismo. Este sentimiento es característico del grupo de emparejamiento y debe tomarse como una evidencia de que el grupo de emparejamiento existe, aun cuando aparentemente no haya otra prueba. Es, a la vez, un precursor de la sexualidad y una parte de ésta. Las ideas optimistas que hallan su expresión verbal son racionalizaciones que intentan lograr un desplazamiento en el tiempo y un compromiso con los sentimientos de culpa; gozar de dicho sentimiento se justifica porque apela a un resultado que se supone como moralmente libre de toda objeción. Así, los sentimientos ligados al grupo de emparejamiento son el polo opuesto a los sentimientos de odio, destrucción y desesperación. Para que estos sentimientos de esperanza se sostengan es esencial que el "líder" del grupo, a diferencia del líder del grupo de dependencia y del grupo de ataque-fuga, no haya nacido. Será una persona o una idea la que salvará al grupo —de hecho lo librará de los sentimientos de odio, destrucción y desesperación que surjan en el propio grupo o en otro—, pero a fin de lograr esto, es obvio que la esperanza mesiánica no debe verse realizada. La esperanza sólo persiste cuando permanece como esperanza. La dificultad está en que, debido a la racionalización que el grupo hace de su naciente sexualidad, de la premonición del sexo que se impone como esperanza, haya en el grupo de trabajo una tendencia a dejarse influenciar por el sentido de producir un Mesías, sea éste una persona, una idea o una utopía. En la medida en que lo logra, la esperanza se desvanece; pues es evidente que ya entonces no hay nada que esperar, y, dado que la destrucción, el odio y la desesperación no se han visto radicalmente influidos, su presencia se hace sentir nuevamente. Esto, a la vez, aumenta el debilitamiento de la esperanza. Si, con fines de discusión, aceptamos la idea de que el grupo debiera ser manejado de manera que se mantenga la esperanza, sería necesario que aquellos que tengan un interés propio en tal tarea (tanto en función de su capacidad como de miembros de un grupo especializado de trabajo —tal como lo describiré en breve— o en función de individuos), procuren que las esperanzas mesiánicas no se materialicen. Por supuesto, existe el peligro de que tales grupos especializados de trabajo puedan pecar por un exceso de celo, y en consecuencia, interfieran con la función espontánea, creativa, del grupo de trabajo, o bien que se anticipen a sí mismos y se aboquen a la dolorosa necesidad de destruir al Mesías y recrear luego la esperanza mesiánica. El problema que debe enfrentarse dentro del grupo terapéutico consiste en capacitar al grupo para que esté conscientemente alerta a los sentimientos de esperanza y sus conexiones, y al mismo tiempo los tolere.

El tercer supuesto básico es que el grupo se ha reunido para luchar por algo o para huir de algo. Está preparado para hacer cualquiera de las dos cosas indiferentemente. A este estado mental yo lo llamo grupo de ataque-fuga; dentro de un grupo en tal estado se aceptará a aquel líder capaz de obtener del grupo que aproveche la oportunidad para escapar o para agredir. Si hace demandas que no se ajusten a esto, es ignorado. En un grupo terapéutico el analista es el líder del grupo de trabajo. El apoyo emocional que él puede brindar está sujeto a fluctuaciones en relación con el supuesto básico activo y con la medida en que sus actividades se ajusten a lo que se requiere de un líder en esos diversos estados mentales. En el grupo de ataque-fuga el analista encuentra que sus intentos para aclarar lo que está sucediendo se ven obstaculizados por la facilidad con que aquellas propuestas que expresan odio a toda dificultad psicológica, o bien los medios por los cuales ésta puede ser evadida, obtienen apoyo emocional. Debería señalar que dentro de este contexto, la propuesta para usar nombres de pila que mencioné en el primer ejemplo pudo muy bien haber sido interpretada como una expresión del deseo de huida dentro de un grupo de ataque-fuga, aunque, por razones ligadas con la etapa de evolución que el grupo había alcanzado, yo la interpreté en términos de la función del grupo de trabajo.

Características comunes a todos los grupos de supuesto básico

Participar en una actividad de supuesto básico no requiere entrenamiento, experiencia ni madurez mental. Es instantáneo, inevitable e instintivo; no he sentido la necesidad de explicar los fenómenos que he observado en el grupo [1] para postular la existencia de un instinto gregario. En contraste con la función del grupo de trabajo, la actividad de supuesto básico no demanda del individuo una capacidad para cooperar, sino que depende del grado en que los individuos posean aquello que he llamado valencia, término que tomé de la física para expresar la capacidad que poseen los individuos para combinarse entre sí instantánea e involuntariamente y compartir y actuar de acuerdo con el supuesto básico. La función del grupo de trabajo está siempre en relación con un supuesto básico, y sólo con uno. Aunque la función del grupo de trabajo pueda permanecer inalterable, el supuesto básico concomitante implícito en sus actividades puede cambiar frecuentemente. Pueden producirse dos o tres cambios en una hora, o bien el mismo supuesto básico puede predominar durante meses. Para explicar el destino de los supuestos básicos que no están en actividad he postulado la existencia de un sistema protomental dentro del cual la actividad física y mental está indiferenciada, y permanece fuera del campo que ordinariamente se considera adecuado para las investigaciones psicológicas. Debe tenerse presente que el hecho de que un campo sea adecuado para la investigación psicológica depende de otros factores además de la naturaleza del campo a investigar. Uno de ellos es la fuerza que posea la técnica de investigación psicológica. El reconocimiento del campo de la medicina psicosomática demuestra la dificultad con que tropieza el intento de determinación de la línea que separa los fenómenos psicológicos de los físicos. Por lo tanto, propongo dejar indeterminados los límites que separan el supuesto básico activo de aquellos que he dejado relegados al hipotético sistema protomental.

[1] En contraste con W. Trotter (1916), pero de acuerdo con Freud (1921, pág. 3).

Muchas técnicas son de uso diario para la investigación de la función del grupo de trabajo. Considero que el psicoanálisis, o ciertas extensiones de la técnica que derivan directamente de aquél, son esenciales. Pero dado que las funciones del grupo de trabajo están siempre ligadas con los fenómenos de supuesto básico, es evidente que las técnicas que ignoren a estos últimos darán una impresión equivocada de las primeras.

Las emociones asociadas con el supuesto básico pueden ser descritas con los términos usuales: ansiedad, temor, odio, amor y otros similares. Pero las emociones comunes a cualquiera de los supuestos básicos se influencian entre sí en forma sutil como si constituyeran una combinación peculiar del supuesto básico en actividad. Es decir, que la ansiedad dentro de un grupo dependiente tiene una cualidad diferente de la ansiedad que se manifiesta en el grupo de emparejamiento, y lo mismo ocurre con otros sentimientos.

Todos los supuestos básicos incluyen la existencia de un líder, aunque, como lo he dicho, en el grupo apareado el líder sea no-existente, es decir, no haya nacido. Este líder no necesita identificarse con ningún individuo del grupo; no necesita en absoluto ser una persona, sino que puede estar identificado también con una idea o un objeto inanimado. En el grupo dependiente el lugar del líder puede ser ocupado por la historia del grupo. Un grupo que se queja por su falta de habilidad para recordar lo que había sucedido en ocasiones previas, se estabiliza al hacer un registro de sus reuniones. Este registro se transforma así en una "biblia" a la cual se apela si, por ejemplo, el individuo que ha sido investido por el grupo para desempeñar el liderazgo demuestra ser material refractario para ajustarse a las caracte-

rísticas propias del líder dependiente. El grupo recurre al dictado de una "biblia" cuando se siente amenazado por una idea cuya aprobación significaría evolución por parte de los individuos que constituyen el grupo. Tales ideas engendran fuerza emocional y excitan una oposición también emocional, por su asociación con características adecuadas al líder del grupo de ataqne-fuga. Cuando un grupo de dependencia o de ataque-fuga está en actividad, se origina una lucha para suprimir la idea nueva, ya que se considera que la aparición de una idea nueva amenaza el *statu quo*. En una situación de guerra, la idea nueva —ya se trate de un tanque o de un nuevo método para selección de oficiales— se considera como una novelería, opuesta, por lo tanto, a la biblia militar. Dentro de un grupo dependiente la idea nueva se ve como una amenaza al líder de dependencia, sea este líder una "biblia" o una persona. El fenómeno resulta verdadero aun dentro del grupo de emparejamiento, pues, como he dicho antes, la idea o persona nueva, al ser equiparada con el genio no-existente o Mesías, no debe nacer si es que ha de llenar la función que demanda este grupo.

Formas aberrantes del cambio de un supuesto básico a otro

El cambio en la mentalidad del grupo no necesita obedecer a desplazamientos de un supuesto básico a otro y puede tomar ciertas formas aberrantes que dependen del supuesto básico que esté en actividad cuando la tensión aumenta. Estas formas aberrantes envuelven siempre a un grupo externo. Si el grupo dependiente está en actividad y es amenazado por la presión que ejerce el líder del grupo de emparejamiento —quizás en la forma de una idea que está teñida con esperanza mesiánica—, cuando métodos tales como el recurrir a una biblia resultan inadecuados, se conjura la amenaza provocando la influencia de otro grupo. Si está en actividad el grupo de ataque-fuga se tiende a absorber a otro grupo. Si el grupo de emparejamiento está en actividad, la tendencia es hacia la escisión. Esta última reacción puede parecer extraña, a menos que se recuerde que en el grupo apareado la esperanza mesiánica, ya se trate de una persona o una idea, debe permanecer en el plano de lo irrealizable. El núcleo de la cuestión reside en que una idea nueva amenaza reclamar evolución, y los grupos de supuesto básico están incapacitados para tolerar dicha evolución. Más adelante presentaré las razones de este fenómeno.

El grupo especializado de trabajo

Existen algunos grupos especializados de trabajo, sobre los que Freud (1921, pág. 41), ha llamado la atención, aunque no les diera tal nombre, cuya tarea es especialmente proclive a estimular la actividad de un determinado supuesto básico. El Ejército y la Iglesia son señalados como dos grupos típicos de esta naturaleza. Una iglesia tiende a verse interferida por fenómenos de grupo de dependencia, y un ejército muestra una propensión similar por los fenómenos del grupo ataque-fuga. Pero debe también considerarse la posibilidad de que esos grupos reciban un impulso que parta del grupo principal del que forman parte, cuyo propósito específico consista en neutralizar al grupo de dependencia y al grupo ataque-fuga respectivamente, y de esa manera impedir que la función de grupo de trabajo, del grupo principal, se vea obstaculizada por aquéllos. Si adoptamos la última hipótesis, el hecho de que la actividad del grupo de dependencia o del grupo de ataque-fuga deje de manifestarse dentro de los grupos especializados de trabajo o que por el contrario crezca hasta alcanzar un poder fuera de lo común, debe verse como un fracaso del grupo especializado de trabajo. En cualquiera de los casos mencionados, el resultado es el mismo: el grupo principal tiene que hacerse cargo de las funciones propias del grupo especializado de trabajo, y además desempeñar sus propias funciones. Si el grupo especializado de trabajo no enfrenta, o no puede hacerlo, los fenómenos del supuesto básico que son de su incumbencia, las funciones de grupo de trabajo del grupo principal estarán viciadas por la presión que ejercen dichos supuestos básicos. Si la función del grupo de trabajo consiste esencialmente en transformar los pensamientos y sentimientos en una conducta que se ajuste a la realidad, esta función está mal adaptada para dar expresión a los supuestos básicos. Estos se tornan peligrosos en la medida que se intente traducirlos en acción. En verdad, el grupo especializado de trabajo tiende a reconocer este hecho, lo que se ve a través de los esfuerzos que realiza para llevar adelante el proceso inverso, es decir, traducir la acción en términos de la mentalidad propia del supuesto básico — un procedimiento mucho menos arriesgado. Así, cuando una realización de notables características, fruto de la función del grupo de trabajo, es presentada ante una iglesia, ésta inducirá al grupo a dar gracias a su deidad y no a su capacidad para realizar una difícil tarea en el plano de la realidad, *non nobis, Domine*. Desde el punto de vista de facilitar el funcionamiento del grupo de trabajo, la Iglesia, próspera y triunfante, debe

combinar el robustecimiento de la creencia religiosa con la insistencia de que ésta no se lleve a la acción. Si la lucha cumple exitosamente su objetivo, se favorecerá la creencia de que todo se puede lograr por la fuerza, cuidando que ésta nunca se use. En ambos casos se demuestra que la mentalidad de supuesto básico no se presta para la acción, dado que la acción requiere la función del grupo de trabajo para mantener el contacto con la realidad. Dentro del pequeño grupo terapéutico cuando el grupo de dependencia está en actividad, existe la tendencia a producir un subgrupo que toma sobre sí la función de interpretar ante el grupo al líder del grupo dependiente, representado generalmente por el analista. Dentro del grupo de ataque-fuga existe un subgrupo que desempeña una función similar. Si el analista resulta material reacio, está expuesto a evocar aquellas reacciones que anteriormente he descrito como asociadas con la amenaza que representa una nueva idea.

He dicho (pág. 110) que la aristocracia puede ser el grupo de trabajo especializado, que llena, para el grupo de emparejamiento, funciones similares a las de la Iglesia o el Ejército con relación a los grupos de dependencia y de ataque-fuga, respectivamente.

La función que desempeña este subgrupo consiste en ofrecer una salida para sentimientos centrados en ideas de raza y nacimiento, es decir, para la esperanza mesiánica que, como he sugerido anteriormente, es precursora del deseo sexual, sin que provoque nunca el temor de que tales sentimientos originen un hecho que exija una evolución posterior. La aristocracia debe inspirar esperanza mesiánica, pero, al mismo tiempo, confianza en que, si el líder del grupo de emparejamiento se materializa, nacerá en un palacio, pero será semejante a nosotros —probablemente el término actual más adecuado para expresar la cualidad deseada, dentro del lenguaje convencional, sea el de "democrático"—. En el grupo terapéutico el subgrupo "aristocrático" contribuye generalmente a que el grupo comprenda que la idea nueva es en realidad una idea con la cual ya están completamente familiarizados.

Supuestos básicos, tiempo y desarrollo

Al hablar de la mentalidad del supuesto básico deberemos mencionar dos características sobre las que llamaré la atención. El tiempo no tiene que ver con ella; es una dimensión de la función mental no reconocida; por tanto, todas las actividades que reclaman conciencia

del tiempo son captadas imperfectamente y tienden a provocar sentimientos de persecución. Las interpretaciones de la actividad en el nivel de los supuestos básicos revelan una relación distorsionada con el tiempo. La segunda característica consiste en la ausencia de todo proceso de evolución como parte de la mentalidad del supuesto básico; los estímulos para el desarrollo reciben una respuesta hostil. Podrá comprobarse que éste es un asunto de importancia en cualquier grupo cuyo propósito sea promover por medio del estudio del grupo un desarrollo terapéutico del "insight". La hostilidad así engendrada tiende a determinar que la reacción ante la aparición de la persona o idea mesiánica tome una forma aberrante, y no que evolucione cíclicamente de un supuesto básico a otro. Porque, si un grupo desea impedir el desarrollo, la manera más simple de lograrlo es abandonarse a la mentalidad del supuesto básico, y acercarse así al tipo de vida mental que no requiere capacidad de desarrollo. La mayor compensación que se puede obtener por tal cambio parece consistir en el aumento de un placentero sentimiento de vitalidad.

Podemos apreciar la defensa que la escisión representa contra la amenazadora idea del desarrollo en la dinámica de los grupos cismáticos, que ostensiblemente se oponen, pero que en realidad procuran el mismo fin. Un grupo se adhiere al grupo dependiente, con frecuencia en la forma de "biblia" grupal. Este grupo populariza las ideas establecidas al despojarlas de cualquier elemento que requiera esfuerzos penosos, y de esta manera se asegura la adhesión numerosa de los que se oponen al sufrimiento que significa la evolución. El pensamiento se estabiliza así en un nivel que es trivial y dogmático. El grupo recíproco, que aparentemente apoya la idea nueva, se hace tan exigente en sus demandas, que cesa de renovarse. Así, ambos grupos evitan el choque doloroso entre lo primitivo y lo sofisticado, que constituye la esencia del conflicto evolutivo. Los cismáticos superficiales, pero numerosos, se oponen así a los cismáticos profundos, pero desdeñables desde el punto de vista numérico. El resultado recuerda el temor, a veces expresado, de que eventualmente la sociedad se reproduzca abundantemente a través de sus miembros menos cultivados, mientras la gente "mejor" permanece obstinadamente estéril.

Relación entre un supuesto básico y otro

Podemos retomar ahora los tres grupos de supuesto básico y el grupo de trabajo para comprobar si no pueden resolverse en algo

más fundamental. Aun concediendo que el postulado de los supuestos básicos contribuye a dar forma y significado al complejo y caótico estado emocional que el grupo descubre ante el participante dado a la investigación, no existe una explicación razonable de por qué deben existir tales supuestos. Es evidente que ninguno de los tres supuestos básicos alivia el temor del grupo y sus emociones; de otra manera no se produciría ningún cambio de un supuesto básico a otro, y no se formarían los correspondientes grupos especializados de trabajo que ya he descrito. Cada uno de los tres supuestos incluye la idea de un líder. El grupo ataque-fuga muestra un total desconocimiento de la comprensión como técnica. Todos sus miembros se oponen al desarrollo, que en sí depende de la comprensión. El grupo de trabajo, por el contrario, reconoce ambas necesidades: comprensión y desarrollo. Si consideramos los grupos especializados de trabajo, los tres se ocupan de asuntos que parecen residir fuera del ámbito del supuesto básico con el que se relacionan fundamentalmente. Así, el grupo especializado de trabajo que funciona de acuerdo con el supuesto básico de dependencia, no está exento de preocupaciones ligadas con ideas mesiánicas que parecerían corresponder con más propiedad al grupo de emparejamiento. En este caso los esfuerzos parecen estar dedicados a un Mesías nacido como hijo ilegítimo en un lecho de juncos o en un pesebre, uno de cuyos padres es del más elevado rango (la hija de un Faraón o la Deidad misma) y otro más humilde. En el grupo de emparejamiento el subgrupo aristocrático permite padres de elevado rango, y cuna palaciega, pero el niño es notable sólo por identificarse con el resto de nosotros. Al analizar los hechos, parece que lo difícil es combinar amor sexual, padres de igual nivel, un niño como nosotros, la esperanza mesiánica —que yo considero como componente esencial del amor sexual—, y una compulsión hacia el desarrollo que reclama en sí la capacidad de comprensión. El grupo ataque-fuga expresa un sentimiento de incapacidad para la comprensión y el amor sin el cual, por otra parte, la comprensión no puede existir. Pero el líder del grupo ataque-fuga vuelve a poner a la vista uno de los componentes temidos, una aproximación al padre temido o al niño.

Por otra parte, los tres grupos de supuesto básico parecen ser, a la vez, agregados de individuos que comparten entre sí las características de uno de los personajes de la situación edípica, que son dependientes de cualquiera de los supuestos básicos que esté en actividad. Este paralelo con los personajes de la situación edípica está, sin embargo, marcado por divergencias importantes. La relación parece darse entre el individuo y el grupo. Pero el grupo es sentido como un individuo fragmentado, dentro del cual hay otro escondido, en reserva. El individuo oculto es el líder, y aunque esto parece contradecir la afirmación constantemente reiterada de que el analista es el líder, la contradicción se resuelve si recordamos que en el grupo terapéutico el analista es el líder del grupo de trabajo, y que si bien se supone que él es quien desempeña el liderazgo, aparentemente se lo percibe como líder sólo en raras ocasiones. De acuerdo con mi experiencia, muy frecuentemente se me dice que no tomo parte en el grupo o que nunca doy una oportunidad para que el grupo conozca mis opiniones, aunque probablemente yo hable más que ningún otro. Lo esencial aquí, como siempre en un grupo, consiste en el sentimiento que acompaña a la idea expresada, y vuelvo a subrayar el hecho de que, si bien se supone que soy el líder del grupo, no se me percibe como tal.

He indicado ya que dentro del plano emocional, en aquellas situaciones donde los supuestos básicos son dominantes, se pueden percibir en el material las figuras edípicas tal como sucede en un psicoanálisis. Pero ellas incluyen un componente, poco tenido en cuenta, del mito de Edipo: la esfinge. En la medida en que se me considera el líder en la función de grupo de trabajo, y el reconocimiento de este hecho raramente falta, tanto yo como la función del grupo con la cual me identifico, somos investidos de sentimientos que serían completamente apropiados en relación con la enigmática e inquisitiva esfinge de la que emana el desastre. Algunas veces, cuando mis intervenciones han provocado mayor ansiedad que la usual, se emplean ciertos términos que casi no requieren interpretación para que el grupo capte la similitud. No conozco ninguna otra experiencia que demuestre más claramente el terror que suscita una actitud inquisitiva que la experiencia grupal. Esta ansiedad no sólo se dirige hacia el que interroga, sino también hacia el objeto de la interrogación y, según sospecho, es secundaria con relación al último. Pues el grupo, al ser en sí mismo el objeto de la interrogación, origina temores de una naturaleza extremadamente primitiva. Mi impresión es que el grupo se aproxima estrechamente, en las mentes de los individuos que lo componen, a fantasías muy primitivas con respecto al contenido del cuerpo materno [1]. El intento de realizar una investigación racional de la dinámica del grupo, se ve, en consecuencia, perturbado por temores y por mecanismos que surgen a fin de enfrentarlo y que son característicos de la posición esquizo-paranoide. La investigación no puede ser llevada a cabo sin estimular y activar estos niveles.

[1] Melanie Klein.

Estamos ahora en una posición más favorable para considerar si los supuestos básicos son capaces de reducirse a algo más fundamental. He llamado ya la atención sobre el hecho de que estos tres estados mentales guardan entre sí ciertas semejanzas que me hacen suponer que ellos pueden no constituir fenómenos fundamentales, sino más bien expresiones de un estado que merecería ser considerado como primario o de reacciones contra él. En verdad, aunque he comprobado que la hipótesis de los supuestos básicos es una valiosa ayuda para ordenar el caos que representa el material resultante de una sesión de grupo, pronto se hace evidente que una investigación posterior reclama nuevas hipótesis. Esta necesidad, y el camino hacia la hipótesis que pueda satisfacerla, se me hicieron claros al considerar cuál era el elemento que podía precipitar el cambio de un supuesto básico a otro. En este análisis incluyo las formas aberrantes que he descrito anteriormente.

En suma, sin tomar en cuenta cuál de los supuestos básicos está en actividad, la investigación revela que los elementos de la situación emocional están tan estrechamente ligados a las fantasías propias de las ansiedades primitivas que, cuando la presión de la ansiedad se hace demasiado grande, el grupo se siente impulsado a tomar una acción defensiva. Enfocados desde este nivel primitivo, los supuestos básicos toman un aspecto diferente del que adoptaron a través de las descripciones que ya he dado. El impulso a aparearse puede ser visto ahora como poseyendo un componente que deriva de la ansiedad psicótica, asociada a los conflictos edípicos primitivos que actúan basados en relaciones parciales objetales. Esta ansiedad incita a que los individuos busquen aliados. Esta derivación del impulso de apareamiento está encubierta por la explicación aparentemente racional dentro del grupo de apareamiento, que afirma que el motivo de la relación es sexual y su objeto la reproducción.

Pero si el grupo de emparejamiento está en actividad, nuevamente encontramos que muchos de sus componentes están demasiado próximos a partes de objetos primitivos para que se pueda evitar identificarlos con ellos, de manera que no pasa mucho tiempo antes de que la ansiedad psicótica surja con tal fuerza que deba encontrarse una nueva defensa. Supongamos que toma la forma del grupo de ataque-fuga, es decir, una descarga de odio que encuentra salida en ataques destructivos dirigidos a un supuesto enemigo, o en huir del objeto aborrecido. La indiferencia que el grupo manifiesta con respecto al individuo, y sobre todo la incapacidad del grupo para escapar por este medio de la escena primaria primitiva, conduce nuevamente a una descarga de ansiedad y a la necesidad de otro cambio de supuesto básico.

A través de esta descripción podrá apreciarse que los supuestos básicos emergen como formaciones secundarias de una escena primaria muy temprana, elaborada en un nivel de objetos parciales, y asociada con la ansiedad psicótica y los mecanismos de división y de identificación proyectiva, que Melanie Klein ha descrito como característicos de las posiciones esquizo-paranoide y depresiva. La introyección y la proyección del grupo, que por momentos es el temido investigador y por momentos el temido objeto de la investigación, constituyen una parte esencial del cuadro y contribuyen a aumentar la confusión que reina en la escena, a menos que se las reconozca como muy activas.

El concepto clásico de la escena primaria no llega bastante lejos como para ser aplicable a la dinámica del grupo. Debo destacar el hecho de que, según pienso, es esencial elaborar por completo la escena primaria, tal como ella se manifiesta en el grupo. Esta difiere en grado extremo de la escena primaria tal como se la describe clásicamente, en que es mucho más grotesca y que parece suponer que una parte de uno de los padres, el cuerpo o el pecho materno, contiene, además de otros objetos, una parte del padre. En su ensayo referente a las etapas primitivas del conflicto de Edipo, Melanie Klein (1928; también 1945) hace una descripción de estas fantasías, tales como se le hicieron manifiestas en el proceso del análisis individual (véase Paula Heimann, 1952 b) [1]. De acuerdo a mi criterio, la experiencia del grupo brinda extenso material para apoyar el punto de vista de que dichas fantasías son de capital importancia para el grupo [2]; cuanto más perturbado se halla el grupo, tanto más fácil resulta encontrar manifestaciones que correspondan a estas fantasías y mecanismos primitivos; cuanto más estable, corresponde tanto más a las descripciones que hace Freud del grupo como una repetición de las pautas del grupo familiar y de los mecanismos neuróticos. Pero aun en el grupo "estable" los niveles psicóticos profundos debieran ser demostrados, aunque ello pueda significar temporariamente un aumento aparente del estado de "enfermedad" del grupo.

[1] Paula Heimann (1952 a.) nos describe este proceso tal como se presenta en el psicoanálisis.

[2] Es importante señalar que la descripción que Melanie Klein hace de la reacción del psicótico frente a los objetos externos, en su ensayo sobre *Early Stages of the Oedipus Conflict* (1928), es totalmente similar a las reacciones del grupo con respecto a las ideas. Hacer una "biblia" es una forma de defensa contra este fenómeno.

Resumen

Antes de considerar los puntos de vista del psicoanálisis con relación al grupo, pienso que es necesario resumir las teorías que he expuesto hasta aquí. Debe recordarse que en forma deliberada intenté, en la medida en que ello es posible para un psicoanalista que admite que se ha propuesto investigar el grupo por medio de intuiciones desarrolladas psicoanalíticamente, dejar a un lado todas las teorías psicoanalíticas de grupo precedentes, a fin de lograr una perspectiva desprejuiciada. Como resultado, he llegado a una teoría de grupo que pone en evidencia que las funciones del grupo de trabajo se dan junto a un comportamiento, con frecuencia fuertemente teñido con elementos emocionales, que sugería que los grupos reaccionaban emocionalmente a uno de los tres supuestos básicos. La idea de que tales supuestos básicos surgen en forma involuntaria, automática e inevitable, ha parecido útil para iluminar la conducta del grupo. Sin embargo, existen muchos elemeutos que sugieren que estos aparentes "supuestos básicos" no pueden ser considerados como estados mentales bien diferenciados. Con esto no pretendo sostener que sean explicaciones "básicas" que aclaren todo el comportamiento del grupo —lo que sería en verdad un disparate—, sino que, aun cuando sea posible diferenciar con razonable certeza un estado de los otros dos, cada uno de ellos participa de una cualidad que pareciera ser en cierto sentido el dual o la recíproca de uno de los otros dos, o quizás, simplemente, otro aspecto de lo que había sido considerado como un supuesto básico distinto. La esperanza mesiánica del grupo de emparejamiento, por ej., guarda cierta similitud con la deidad del grupo depeudiente. Puede que esto sea difícil de ver, dado que el tono emocional es muy diferente. Como he dicho, dentro de cada grupo de supuesto básico encontramos ansiedad, temor, odio, amor. Es probable que se produzca una modificación de los sentimientos al combinarse con el respectivo grupo de supuesto básico, pues el "cemento", por así decir, que los liga unos con otros está constituido por culpa y depresión, en el grupo dependiente; por esperanza mesiánica, en el grupo de emparejamiento; y por disgusto y odio, en el grupo de ataque-fuga. De cualquier manera, la consecuencia es que el contenido mental implícito en la discusión puede aparecer como un resultado engañosamente distinto dentro de los tres grupos. En ocasiones es posible apreciar que el genio nonato del grupo de emparejamiento es muy similar al dios del grupo dependiente; en verdad, en aquellas ocasiones en que el grupo dependiente apela a la autoridad de un líder del "pasado" se aproxima muy estrechamente al grupo apareado, que apela a un líder "futuro". En ambos el líder no existe; sólo existe una diferencia de tiempo y una diferencia en la emoción.

Insisto sobre estos puntos para mostrar que la hipótesis de los supuestos básicos que he formulado no puede ser considerada como una fórmula rígida.

El punto de vista psicoanalítico

Las teorías del grupo que sostiene Freud derivan de su estudio de la transferencia. Dado que la relación de apareamiento que se establece en el psicoanálisis puede ser considerada como parte de una situación de grupo más amplia, podría esperarse que la relación transferencial estuviera teñida, dadas las razones a que me referí antes, por las características asociadas con el grupo. Si se considera al análisis como parte de la situación total de grupo, se esperará encontrar elementos sexuales destacados en el material que allí se presente, y en aquella parte del grupo que se encuentra de hecho excluida del análisis, sospechas y hostilidad hacia el psicoanálisis, considerado como una actividad sexual.

Partiendo de su experiencia como analista, Freud fue capaz de deducir la significación de dos de los que yo he llamado grupos especializados de trabajo, el Ejército y la Iglesia, pero no se refirió al grupo especializado de trabajo que concede importancia fundamental a la raza, y que por lo tanto está más relacionado con los fenómenos del grupo de emparejamiento. Me refiero a la aristocracia. Si la aristocracia estuviera relacionada simplemente con la realidad externa, su actividad se asemejaría más profundamente al trabajo de un departamento genético en una universidad. Pero el interés que se pone de manifiesto en pro de la conservación de una casta carece de la atmósfera científica que asociaríamos con la actividad mental dirigida hacia la realidad externa: se trata de un grupo especializado de trabajo que se divide para manejar los fenómenos del grupo de apareamiento de igual manera en que el Ejército tiene que manejar los fenómenos de ataque-fuga y la Iglesia los fenómenos de dependencia. En consecuencia, la relación que este subgrupo mantiene con el grupo principal no estará determinada por el grado de fidelidad a los principios estrictamente genéticos con que maneja sus asuntos, sino por la eficiencia con la que dicho subgrupo satisface las demandas del grupo

principal. Este exige que los fenómenos del grupo de emparejamiento sean manejados de tal forma, que las funciones de grupo de trabajo del grupo total no se vean obstaculizadas por los impulsos emocionales que emanan de esa fuente. Aunque Freud desautorizó expresamente cualquier estudio superficial del problema de grupo (1913, pág. 75), y a pesar de que sus observaciones fueron hechas en el curso de una discusión de los puntos de vista de Le Bon, McDougall y Wilfred Trotter, la verdad (1921, passim) es que tenía amplia experiencia de grupo y de lo que significa ser un individuo envuelto en tensiones emocionales —tal como lo he indicado a través de mi esquema de la posible posición que el psicoanálisis puede ocupar en un grupo en el cual estimula los fenómenos de emparejamiento.

Freud (1930, pág. 44) expresa que la psicología individual y la psicología de grupo no pueden diferenciarse en absoluto, pues la psicología del individuo es en sí una función de la relación entre una persona y otra. Cree difícil que podamos atribuir al número una importancia tan grande como para creer que éste, por sí mismo, sea capaz de hacer surgir en nuestra vida mental un nuevo instinto que, de otra manera, no se hubiera manifestado. Pienso que Freud está muy acertado en este aspecto; en ningún momento me he encontrado frente a fenómenos que deban ser explicados, postulando la existencia de un instinto gregario. El individuo es miembro de un grupo, y lo ha sido siempre, aun cuando su participación en dicho grupo consista en comportarse de tal manera que parezca demostrarnos que no pertenece en absoluto a ningún grupo. El individuo es un animal de grupo que está en guerra tanto con el grupo como con aquellos aspectos de su personalidad que constituyen la esencia de su carácter gregario. Freud (1921, pág. 29) limita esta guerra a una lucha contra la "cultura", pero quisiera demostrar que esto requiere mayor extensión.

McDougall y Le Bon hablan como si la psicología de grupo surgiera sólo cuando un conjunto de personas se reúnen en un mismo lugar y al mismo tiempo, y Freud no desaprueba esto. De acuerdo con mi criterio, tales requisitos no son imprescindibles, excepto para hacer posible el estudio: el agregado de individuos sólo es necesario en la forma en que, para que sea posible demostrar una relación de transferencia, es necesario que el analista y el analizado se reúnan. Sólo a través de la reunión se presentan las condiciones adecuadas para que las características del grupo se revelen; sólo si los individuos se acercan suficientemente unos a otros es posible dar una interpretación sin necesidad de gritar; de la misma manera es necesario que todos los miembros del grupo puedan comprobar los elementos en los

que se fundamentan las interpretaciones. Por estas razones el número y el grado de dispersión del grupo deben ser limitados. El hecho de que el grupo se constituya en un lugar determinado y en un momento determinado, es importante por las razones mecánicas señaladas, pero no tiene mayor significado para la producción de fenómenos de grupo; la idea de que ello sea significativo surge de la impresión que establece que una cosa comienza en el momento en que su existencia se hace palpable. En verdad, ningún individuo, aunque esté aislado en tiempo y espacio, debe ser considerado como fuera de un grupo o como falto de manifestaciones activas de psicología de grupo. Repito, sin embargo, que la existencia de la conducta de grupo se hace evidentemente más fácil de demostrar, y aun de observar, si el grupo se constituye como tal; y pienso que es esta facilidad para la observación y la demostración la responsable de la idea de un instinto gregario, tal como lo postula Trotter, o de otras teorías que he mencionado ya, y que se reducen a la idea de que un grupo es algo más que la suma de sus miembros. Mi experiencia me convencé de que Freud estuvo acertado al rechazar tal concepto que, de acuerdo con la evidencia presente, demostraba ser innecesario. La aparente diferencia que existe entre la psicología de grupo y la psicología individual es una ilusión que surge del hecho de que el grupo coloca en un primer plano ciertos fenómenos que se presentan como extraños para un observador que no está familiarizado con el grupo [1].

Asigno gran fuerza e influencia al grupo de trabajo que, a través del interés que demuestra por la realidad, se siente obligado a emplear los métodos de la ciencia aunque sea en forma rudimentaria; a pesar de la influencia de los supuestos básicos, y a veces en armonía con ellos, a la larga el grupo de trabajo es el que triunfa. Le Bon dijo que el grupo nunca se interesa demasiado por la verdad. Estoy de acuerdo con la opinión de Freud —tal como la encontramos particularmente al discutir el papel que desempeña el grupo en la producción del lenguaje [2], canciones populares, folklore, etc.— que manifiesta que al expresarse así Le Bon es injusto con el grupo. Cuando McDougall afirma que en el grupo altamente organizado existen ciertas condiciones que contrarrestan "las desventajas psicológicas de la forma-

[1] Se trata también de un asunto característico del desarrollo histórico; existen ciertos aspectos del comportamiento de grupo que parecen extraños, a menos que se posea cierta familiaridad con la obra sobre psicosis realizada por Melanie Klein. Especialmente los ensayos sobre la formación de símbolos y de mecanismos esquizoides. Este punto será desarrollado por mí más adelante.

[2] Más adelante, en otra parte de este trabajo, estudio un aspecto del desarrollo del lenguaje.

ción del grupo", se acerca a mi punto de vista, que sostiene que la función del grupo especializado de trabajo consiste en manejar el supuesto básico previniendo el bloqueo del grupo de trabajo. Según Freud estamos frente al siguiente problema: que el grupo adquiera "precisamente aquellos rasgos que fueron característicos del individuo y que están ahora extinguidos en él a raíz de la formación del grupo". Freud postula un individuo fuera del grupo primitivo que posee su propia continuidad, su autoconciencia, su tradición y sus costumbres, sus funciones particulares, y su posición propia. Debido a su integración dentro de un "grupo no-organizado", dice Freud, el individuo había perdido por un tiempo sus características distintivas. Yo pienso que la lucha que mantiene el individuo para preservar su peculiaridad toma diferentes aspectos de acuerdo con el estado mental del grupo en un momento dado. La organización del grupo da estabilidad y permanencia al grupo de trabajo, que corre el peligro de ser fácilmente ahogado por los supuestos básicos cuando el grupo carece de organización. La peculiaridad individual no constituye una parte de la vida de un grupo que actúa sobre supuestos básicos. La organización y la estructura son armas del grupo de trabajo. Constituyen el producto de la cooperación entre los miembros del grupo, y una vez establecidos en el grupo, su efecto consiste en reclamar una mayor cooperación de los individuos. El grupo organizado al que hace referencia McDougall es siempre, en este sentido, un grupo de trabajo y nunca un grupo de supuesto básico. Un grupo que actúe sobre un supuesto básico no necesitará ni organización ni capacidad de cooperación. La contraparte de la cooperación en el grupo de supuesto básico es la valencia —una función espontánea e inconsciente de la cualidad gregaria de la personalidad humana—. Las dificultades surgen sólo cuando el grupo comienza a actuar de acuerdo con un supuesto básico. La acción implica inevitablemente contacto con la realidad, y el contacto con la realidad obliga a tener en cuenta la verdad; se impone el método científico, y como consecuencia, se impone también un grupo de trabajo. De acuerdo con la descripción que hace Le Bon, un líder es alguien bajo cuya dirección se coloca instintivamente un conjunto de seres humanos, aceptando su autoridad como jefe; el líder debe adaptar sus cualidades personales al grupo, y debe estar sostenido por una fe poderosa para despertar la fe del grupo. Esta opinión de Le Bon, que sostiene que el líder es alguien que debe adaptar sus cualidades personales al grupo, es compatible con mi opinión, que sostiene que cuando el comportamiento o las características de un líder no se ajustan a los límites fijados por el supuesto básico predominante, el grupo lo ignora. Además, el líder debe ser sostenido por la misma "fe" que sostiene el grupo —no para despertar la fe del grupo, sino porque las actitudes del grupo y del líder son funciones del supuesto básico.

La distinción que hace McDougall (1920, pág. 45) entre el grupo simple "no-organizado" y el grupo "organizado" me parece aplicable, no a dos grupos diferentes, sino a dos estados mentales que podemos observar como coexistentes dentro del mismo grupo. Por las razones que ya he dado, el grupo "organizado" puede mostrar los rasgos característicos del grupo de trabajo, mientras que el "no-organizado" muestra los rasgos característicos del grupo de supuesto básico. Freud discute los puntos de visa de McDougall, citando la descripción que éste hace del grupo "no-organizado". Con respecto a la sugestionabilidad del grupo, pienso que ésta depende de cuál sea la sugestión. Si ella está de acuerdo con los términos del supuesto básico, el grupo la seguirá; si no sucede así, será ignorada. De acuerdo con mi parecer, esta característica surge muy claramente en la situación de pánico, a la que haré referencia luego.

McDougall, discutido por Freud en los pasajes mencionados, señala ciertas condiciones que son necesarias para elevar el nivel de vida mental colectivo. "La primera de estas condiciones", dice McDougall (1920, pág. 49), "que es la base de todo el resto, consiste en un cierto grado de continuidad de la existencia del grupo". Esto me convence de que el grupo organizado que describe McDougall no es otra cosa que lo que yo llamo el grupo de trabajo. Al discutir los puntos de vista de Radcliffe Brown sobre estructura social, particularmente aquellos que se refieren a la distinción entre "estructura como una realidad concreta que tiene existencia verdadera" y "forma estructural", Meyer Fortes afirma que la distinción está asociada con la continuidad de la estructura social a través del tiempo. De acuerdo con mi opinión, la continuidad de la estructura social a través del tiempo es una función del grupo de trabajo. Meyer Fortes sostiene que el factor tiempo dentro de la estructura social no incide de manera uniforme y añade que, por definición, todos los grupos colectivos deben tener continuidad. Tal como sucede con la distinción que McDougall hace entre grupos no organizados y grupos organizados, yo creo que al tratar la incidencia del factor tiempo no estamos operando con dos grupos de clases diferentes, en el sentido de dos agregados diferentes de individuos, sino más bien con dos categorías diferentes de actividad mental que coexisten en el mismo grupo de individuos. Dentro de la actividad del grupo de trabajo, el tiempo es intrínseco: dentro de la ac-

tividad de supuesto básico, no tiene lugar. Las funciones propias de los grupos de supuesto básico son siempre activas antes de que el grupo se reúna en un lugar, y continúan su existencia luego que el grupo se ha dispersado. Dentro de las funciones de supuestos básicos no existen procesos de desarrollo ni de decadencia, y en este sentido difieren totalmente de las funciones del grupo de trabajo. En consecuencia, debe esperarse que si no se ha reconocido que dentro del grupo operan al mismo tiempo dos clases diferentes de funciones mentales, la observación de la continuidad del grupo en el tiempo producirá resultados anómalos y contradictorios: El hombre que pregunta cuándo se reúne el grupo nuevamente, en la medida en que hable de los fenómenos mentales, se está refiriendo al grupo de trabajo. El grupo de supuesto básico no se dispersa ni reúne, y dentro de él las referencias al tiempo no tienen significado. He conocido un grupo compuesto por hombres inteligentes, que conocían perfectamente los horarios de las sesiones, que se mostraban disgustados porque la sesión había finalizado, y que por un tiempo apreciable fueron completamente incapaces de captar un hecho que no hubiera representado ninguna duda en la mentalidad del grupo de trabajo. En consecuencia, lo que de ordinario se llama impaciencia, debe ser considerado, dentro del grupo de supuesto básico, como una expresión de la ansiedad originada por los fenómenos que están intrínsecamente confundidos con una dimensión que es completamente ajena a la mentalidad del supuesto básico. Es como si a un ciego se lo hiciera consciente de fenómenos que sólo pudieran ser entendidos por alguien que estuviera familiarizado con las propiedades de la luz.

Describiría los principios que plantea McDougall para elevar la vida mental colectiva a un nivel superior, como expresión de un intento de impedir el bloqueo del grupo de trabajo por obra del grupo de supuesto básico. Su segunda condición señala la necesidad que tiene el individuo de lograr una visión clara de los objetivos del grupo de trabajo. El punto cuarto expresa la necesidad de la existencia de un cuerpo de tradiciones, costumbres y hábitos, dentro de la mente de los miembros del grupo, que determinarán las relaciones entre unos y otros y el grupo como una totalidad; esto se aproxima al punto de vista sostenido por Platón, que afirma que la armonía del grupo debe estar basada en la función individual y en la firmeza con que el individuo se ajusta a ella. Pero tiene también ciertas afinidades con las opiniones de San Agustín, en el libro 19 de la *Ciudad de Dios*, que establecen que una relación adecuada entre un hombre y sus semejantes sólo puede ser lograda por aquel que, antes que nada, haya

regulado sus relaciones con Dios. Esto pareciera contradecir mi afirmación que sostiene que McDougall, al describir el grupo organizado, se ocupa en forma fundamental de los fenómenos del grupo de trabajo. La diferencia entre los dos escritores pareciera residir en el hecho de que McDougall pretende enfrentar los supuestos básicos al robustecer la capacidad del grupo de trabajo para conservar el contacto con la realidad externa, mientras que el interés de San Agustín reside en elaborar una técnica por medio de la cual el grupo especializado de trabajo se constituya teniendo como función específica la de mantener contacto con el supuesto básico —en particular con el supuesto básico dependiente. Es útil recordar que San Agustín dedicó sus afanes a defender al mundo cristiano contra el cargo de haber minado de tal modo la moral, que Roma había sido incapaz de resistir el asalto de Alarico. Dicho en un lenguaje diferente, había surgido una corporación o un grupo al que se le acusaba de haber manejado el supuesto básico de una manera menos eficiente que sus predecesores paganos. San Agustín se sentía ante la difícil tarea de refutar esto. Se trata de una situación que no deja de ser familiar para los que intentan conducir tanto al público como al grupo: estimular y manejar el supuesto básico, especialmente cuando se lo hace sin un conocimiento adecuado o siquiera con cierto grado de conciencia, como en cierto sentido pasa siempre, conduce a resultados adversos, y en ocasiones aun al desastre.

Consideraré ahora la parte de los escritos de Freud que sostiene que, dentro de un grupo, las emociones del individuo se intensifican en forma extraordinaria, mientras que su habilidad intelectual se reduce notablemente. Más adelante me referiré a esto cuando considere el grupo desde el punto de vista del individuo, pero por el momento enfocaré el problema tal como lo hace Freud (1921, pág. 33), es decir, como un fenómeno de grupo. En los grupos que he estudiado, se ha considerado siempre como cosa natural el esperar que yo tomara la delantera al organizar sus actividades. Como aprovecho la posición que se me otorga para orientar al grupo hacia una demostración de la dinámica grupal, la "organización" del grupo no actúa como debe actuar según McDougall. El deseo de un grupo "organizado", en el sentido en que McDougall lo entiende, se ve frustrado. El temor ante los supuestos básicos, que no pueden enfrentarse en forma satisfactoria con la estructura y la organización, se expresa en la supresión de la emoción, y la emoción constituye una parte esencial de los supuestos básicos. Se produce así una tensión que, ante los ojos del individuo, aparece como una intensificación de la emoción; la falta

de estructura permite que intervenga el grupo de supuesto básico, y dado que en un grupo de tal naturaleza la actividad intelectual es, como ya he dicho, sumamente reducida, el individuo, que se adapta al comportamiento impuesto por la participación en el grupo de supuesto básico, siente como si su capacidad intelectual se viera reducida. Esta creencia se ve reforzada porque el individuo tiende a ignorar toda actividad intelectual que no se ajuste al supuesto básico. En verdad, yo no creo que exista una reducción de la capacidad intelectual en el grupo, ni siquiera que "las grandes decisiones en el campo del pensamiento, así como los descubrimientos momentáneos y las soluciones de problemas, sean posibles sólo para un individuo que trabaje aisladamente" (McDougall, 1920), a pesar de que el grupo expresa tan comúnmente la creencia en que lo anterior es verdadero, y se elaboren toda clase de planes para contrarrestar la influencia, supuestamente perniciosa, que las emociones ejercen sobre el grupo. En verdad doy interpretaciones porqueo creo que es posible que dentro de un grupo pueda desarrollarse una actividad intelectual de alto rango, siempre que se sea consciente (y no en un plano de evasión) de las emociones de los grupos de supuesto básico. Si se encuentra algún valor en la terapia de grupo, creo que ésta debe consistir en experimentar en forma consciente una actividad de grupo de tal naturaleza.

Freud se empeña en el análisis de un elemento conocido por una variedad de nombres, tales como "sugestión", "imitación", "prestigio de los líderes", "contagio". Yo he usado el término "valencia" en parte porque deseo evitar los significados implícitos de antemano en los vocablos mencionados por Freud, en parte porque el término "valencia", tal como es usado en física para denotar el poder de combinación de los átomos, lleva en sí un grado considerable de sugestión valiosa para mi propósito. Con el término "valencia" identifico la capacidad del individuo para combinarse en forma instantánea con otros individuos, de acuerdo con una pauta de conducta establecida —los supuestos básicos—. Más adelante he de considerar con mayores detalles cuál es el significado que atribuyo a dicho término cuando me manejo dentro del enfoque psicoanalítico de la contribución del individuo.

No seguiré el análisis de Freud en todo su detalle; me detendré a explicar el uso que hace del término "libido", que toma de su estudio de la psiconeurosis (Freud, 1921). Freud enfoca el grupo a través del psicoanálisis, y a la luz de mi experiencia en grupos, el psicoanálisis puede ser considerado como un grupo de trabajo que tiende a estimular el supuesto básico de emparejamiento; siendo así, es probable que la investigación psicoanalítica, como parte de un grupo de emparejamiento, revele que la sexualidad ocupa una posición central. Por otra parte, de acuerdo con mi opinión sobre el grupo de emparejamiento, el psicoanálisis será considerado en sí mismo como una actividad sexual, dado que el grupo supondrá que dos personas sólo pueden reunirse por propósitos sexuales. Por lo tanto, es natural que Freud considerara que el lazo de unión entre dos individuos pertenecientes a un grupo fuera de naturaleza libidinosa. El componente libidinal dentro de los nexos que unen al grupo es característico del grupo de emparejamiento, pero yo pienso que su naturaleza es distinta cuando se trata de un grupo dependiente y del grupo ataque-fuga. Freud describe al jefe supremo de la Iglesia como a Cristo, pero yo afirmaría que es la Deidad. Cristo, o el Mesías, no es el líder del grupo dependiente, sino del grupo de emparejamiento. En el psicoanálisis, considerado como parte del grupo de emparejamiento, el Mesías, o la idea mesiánica, ocupa una posición central, y el nexo entre los individuos es libidinal. La idea mesiánica se hace manifiesta en la creencia de que el paciente individual merece del analista una dedicación muy considerable, tanto como en la opinión, que muchas veces se expresa en forma abierta, de que como resultado del trabajo psicoanalítico se perfeccionará una técnica que, en última instancia, salvará a la humanidad. Resumiendo, considero que el uso que Freud hace del término libido es correcto sólo para una etapa, en verdad una etapa muy importante, y pienso que para describir los lazos de unión en todos los niveles del supuesto básico, se necesita un término más neutral. El lazo que une al grupo de trabajo, cuya naturaleza se me aparece como sofisticada, puede ser descrito más adecuadamente a través de la palabra cooperación.

De acuerdo con mi criterio, la noción que Freud tiene sobre el líder, al que describe como aquel de quien el grupo depende y de cuya personalidad derivan sus cualidades, surge de considerar la identificación como si fuera casi por completo un proceso de introyección de parte del yo. Para mí el líder es un producto del supuesto básico tanto como cualquier otro miembro del grupo y pienso que no puede esperarse otra cosa, siempre que consideremos que la identificación del individuo con el líder depende, no de la introyección como elemento aislado, sino también de un proceso simultáneo de identificación proyectiva (Melanie Klein, 1946). Dentro del nivel de supuesto básico, el líder no crea el grupo basado en su fanática adhesión a una idea, sino que es más bien un individuo cuya personalidad lo hace particularmente susceptible a sacrificar su individualidad en pro de las exigencias

que el liderazgo implica dentro de los grupos de supuesto básico. La "pérdida de las características distintivas del individuo" se da en el líder del grupo tanto como en cualquier otro miembro —un hecho que probablemente explica ciertas actitudes a las cuales los líderes son muy afectos—. En el grupo ataque-fuga, por ejemplo, el líder aparenta tener una personalidad distintiva porque su propia personalidad es de tal naturaleza que se presta a servir al requerimiento del grupo, cuyas exigencias reclaman un líder que tenga capacidad para luchar o huir; el líder no goza de mayor libertad para ser él mismo que cualquier otro miembro del grupo. Podemos apreciar que esto difiere de la idea de Le Bon, que sostiene que un líder debe poseer una voluntad poderosa y que sea capaz de imponerse, y también de la idea de Freud, que manifiesta que el líder participa de las características de un hipnotizador. En realidad, el líder se ha transformado, de la misma manera que los otros miembros del grupo, en lo que Le Bon describe como "un autómata que ha cesado de ser conducido por su voluntad", y de este hecho es precisamente de donde deriva su poder. En suma, un individuo es líder en virtud de su capacidad para combinarse en forma instantánea, involuntaria (puede que voluntaria también) con todos los otros miembros del grupo, y lo único que lo separa de éstos es que, cualquiera sea su función en el grupo de trabajo, él es la encarnación del líder del grupo de supuesto básico.

El punto de vista de Freud parece no revelar las peligrosas posibilidades que existen en el fenómeno de liderazgo. Su opinión sobre el líder, y en verdad todas las otras opiniones de las que tengo conocimiento, no se ajustan fácilmente a mi experiencia sobre el liderazgo, tal como surge en la práctica. El líder del grupo de trabajo tiene, al menos, la virtud de poseer contacto con la realidad externa; en cambio, al líder del grupo de supuesto básico no se le exige esa cualidad. La descripción usual que se hace de un líder, lo presenta como algo semejante a una mezcla que comprende varios fenómenos de grupo, predominando las características del líder del grupo de trabajo. Por las razones que he dado, el líder del grupo de trabajo es un individuo inofensivo que carece de influencias en el grupo, o por el contrario un hombre que capta la realidad de una manera que incluye autoridad. En consecuencia, es posible que las discusiones sobre liderazgo, influidas sobre todo por las cualidades del líder del grupo de trabajo, estén teñidas de optimismo. Mi punto de vista en relación con el líder del grupo de supuesto básico no excluye la posibilidad de la identidad con el líder del grupo de trabajo, pero tiene en cuenta la existencia de un líder que concentra la lealtad eutusiasta del grupo,

pero que no tiene contacto con otra realidad que la que demanda el grupo de supuesto básico. Es necesario comprender que esto puede significar que frente al grupo se encuentra un individuo cuyo mérito consiste en que su personalidad ha sido bloqueada, "un autómata, un ser que ha perdido sus características distintivas", pero que sin embargo está tan envuelto por las emociones del grupo de supuesto básico, que lleva en sí todo el prestigio ligado al líder del grupo de trabajo. Será posible así explicar algunos de los desastres a que han sido conducidos ciertos grupos por líderes que, cuando las emociones que prevalecen en un nivel superficial desaparecen, muestran carecer de las cualidades sustanciales para desempeñar su cargo.

Freud (1921, pág. 45) dice que el pánico puede ser estudiado con mayor propiedad en los grupos militares. Personalmente, en dos ocasiones he experimentado situaciones de pánico con tropas en acción, y en diversas ocasiones, en la vida civil, dentro de pequeños grupos, he vivido ciertos fenómenos que me confirman que tengo razón al pensar que la experiencia emocional implícita en ellos tiene una semejanza tan estrecha con mi experiencia militar, como para merecer el nombre de pánico. Pienso que Freud discute el mismo fenómeno, aunque estas experiencias no parezcan justificar por entero las teorías freudianas. La descripción del pánico que hace McDougall se refiere a una experiencia que, en sus elementos esenciales, coincide con la mía, y me siento justificado en esta afirmación cuando aquél dice: "Entre las emociones más crudas y primarias, otras suelen propagarse a través de una muchedumbre en una forma muy similar, aunque el proceso es raramente tan rápido e intenso, como en el caso del temor" (McDougall, 1920, pág. 24); y a continuación, en una nota al pie de página, McDougall describe un ejemplo que presenció en Borneo, donde se muestra cómo una situación de ira se propagó casi instantáneamente a través de una multitud (ibíd., pág. 26). De esta manera McDougall ha relacionado ira y temor en forma muy estrecha, aunque sin hacer la conexión, y así apoya mi opinión de que el pánico es un aspecto del grupo de ataque-fuga. Yo sostengo que el pánico, la huida y el ataque incontrolado son en esencia lo mismo. No estoy familiarizado con la parodia de Nestroy, tal como la cita Freud (1931, pág. 49), pero considerando el relato tal como nos es dado, estoy de acuerdo en que podría ser tomado como un ejemplo típico de pánico, pero diría además que no existe ninguna manera más absoluta de escapar de una batalla que a través de la muerte. No hay ningún elemento en el relato del pánico que sucede a la muerte del general, que podamos considerar como incompatible con la fide-

lidad al líder del grupo ataque-fuga; él es seguido aun cuando muere, pues su muerte es un acto de liderazgo.

El pánico no surge frente a cualquier situación, a menos que se trate de una situación que fácilmente pueda dar lugar a la ira. La rabia o el temor no ofrecen una salida inmediata: la frustración, que se hace inevitable, no puede ser tolerada, porque la frustración requiere toma de conciencia del transcurrir del tiempo, y el tiempo no es una magnitud que quepa dentro de los fenómenos de supuesto básico. La huida ofrece una oportunidad al alcance inmediato para la expresión de la emoción en el grupo de ataque-fuga y, por consiguiente, cumple la demanda de satisfacción instantánea: el grupo huirá. El ataque ofrece una salida inmediata semejante; en consecuencia, como alternativa, el grupo luchará. El grupo de ataque-fuga seguirá a cualquier líder (y, a pesar de las opiniones expresadas hasta ahora, al hacerlo mantendrá su coherencia) que dé órdenes que signifiquen la huida o el ataque instantáneos. Siempre que un individuo se adapte a las limitaciones del líder de ataque-fuga, no tendrá dificultades en lograr que el grupo se vuelque de una situación de huida precipitada a otra de ataque o de un ataque precipitado hacia el pánico.

El estímulo del pánico, o de la rabia, que considero intercambiables, debe ser siempre un hecho que caiga fuera de las funciones de grupo de trabajo del grupo considerado. Es decir, el grado de organización del grupo no es un factor en el pánico, a menos que la organización (que, como he dicho, constituye una parte de la función del grupo de trabajo) haya sido desarrollada a fin de enfrentar al acontecimiento externo, específico, responsable del pánico. En el ejemplo que da Freud (1921, pág. 47) sobre un incendio en un teatro o lugar de diversión, el grupo de trabajo está dedicado a observar el espectáculo, pero no a presenciar un desastre, y menos a remediarlo. El punto esencial con respecto a la organización consiste en que ésta debe adaptarse tanto al objetivo externo del grupo como al manejo del supuesto básico que tal objetivo tenga mayores probabilidades de evocar. Dentro del ejército, el pánico no surge a raíz de un peligro militar, aunque, dada la naturaleza de las cosas, es posible que el peligro esté presente. En verdad, es probable que el pánico no surja a raíz de ninguna situación en la que el ataque o la huida sean expresión adecuada del grupo de trabajo. Si aparece como producto de una situación semejante, se debe a que la causa real ha pasado inadvertida.

Es evidente que existe una brecha entre las teorías elaboradas por Freud y las que yo he esbozado aquí. Puede que esta brecha parezca más considerable de lo que es en realidad a causa del uso deliberado de una terminología nueva con la que he vestido el aparato de los mecanismos que creo haber mostrado. Será necesario comprobar esto observando al grupo desde un punto de vista que se acerque más al individuo. Pero antes de hacer esto deseo resumir, diciendo que Freud ve el grupo como una repetición de las relaciones parciales objetales. De esto se deduce que, de acuerdo con las opiniones de Freud, los grupos se aproximan a pautas de conducta neurótica, mientras que en mi opinión, los grupos reflejan pautas de conducta psicótica.

La sociedad o el grupo normales muestran semejanza con el grupo que Freud describe como grupo familiar. A medida que el grupo está más perturbado, se hace más difícil de entender sobre la base de las pautas familiares o de la conducta neurótica, tal como la conocemos en el individuo.

Esto no significa que yo considere que mis descripciones sólo se aplican a grupos enfermos. Por el contrario, tengo serias dudas con respecto a que una terapia verdadera pueda resultar, a menos que estas pautas psicóticas se manifiesten en toda su desnudez, cualquiera sea el grupo en cuestión. En algunos grupos tales pautas quedan muy pronto al descubierto; en otros, para que ellas se pongan de manifiesto es preciso un trabajo previo. Estos últimos grupos se asemejan al paciente analítico que, después de muchos meses de tratamiento, aparenta estar mucho más enfermo que lo que parecía antes de haber tenido ningún análisis.

El individuo que participa en un grupo terapéutico tiene derecho a esperar su curación. Los pacientes están convencidos casi sin excepción —y debe considerarse que las excepciones son más aparentes que reales— que el grupo es inútil y no los puede curar. Estos pacientes experimentan algo muy parecido a una conmoción al comprobar, al menos cuando yo soy un miembro del grupo, que sus ansiedades no encuentran nada que las mitigue, sino que, por el contrario, se trata de una demostración detallada y cuidadosa de que sus sospechas y resentimientos, vagos y defectuosamente formulados, se basan con frecuencia sólo en actitudes de grupo demasiado sustanciales con respecto a ello y sus problemas. Sus sospechas están bien fundadas; se relacionan, por lo menos en un sentido, con lo que parecería ser una indiferencia genuina hacia ellos, o peor aún, odio por ellos. Por ejemplo: Una mujer está hablando en medio de un grupo compuesto por seis personas y yo. Se queja de una dificultad con relación a la comida, del miedo que tiene de sentirse sofocada si come en un restaurante y de la sensación embarazosa que experimentó recientemente cuando una

mujer muy atractiva se sentó a su mesa. "Yo no siento lo mismo", dice el señor A., y su comentario es recibido por un sonido que partió de uno o dos de los otros miembros, que podría indicar que estaban en todo con él; podría indicarlo y en realidad lo indicaba, pero al mismo tiempo los dejaba en libertad de decir —pues este grnpo se había puesto muy astuto— que ellos "no habían dicho nada", si esto era necesario. El resto del grupo observaba como si el asunto no le interesara. Si durante un análisis un paciente hablara de la manera en que había hablado la mujer, es evidente que, de acuerdo con el estado de su análisis, el analista no tendría gran dificultad en advertir un cierto número de posibles interpretaciones.

No puedo apreciar cómo algunas de estas interpretaciones, basadas en muchos años de estudios psicoanalíticos de la pareja, pueden ser consideradas como adecuadas para el grupo; o si no tendremos que revisar nuestras ideas con respecto a lo que constituye la situación analítica. En realidad, las interpretaciones que di tendían a señalar que el material que siguió a la confidencia del paciente mostraba la ansiedad del grupo por negar que la dificultad manifestada por la mujer —cualquiera fuese su naturaleza— era una dificultad común a todos, y que, además, los miembros del grupo eran, en ese sentido, superiores a la paciente en cuestión. Sentí que ese era el momento de mostrar que la acogida que el grupo brindara a la candorosa declaración de la mujer había hecho que, desde ese momento, le fuera muy difícil hablar a cualquiera de los otros miembros, en forma individual, de ciertos aspectos que, en un arranque de franqueza, les hiciera admitir que eran "inferiores". En suma, no fue difícil mostrar que si una paciente llegó al extremo de confesar ante el grupo una dificultad a fin de ser ayudada, lo que obtuvo fue un mayor sentimiento de inferioridad, y un robustecimiento de los sentimientos de soledad y de falta de valor.

Esta situación no es de ninguna manera similar a la que se produce durante un análisis, cuando el analista logra hacer manifiestos temores y ansiedades inconscientes. En el ejemplo que he dado, no se hizo ninguna interpretación que le aclarara a la paciente cuál era el significado de sus ansiedades cuando comía en presencia de "una mujer atractiva". La serie de interpretaciones que yo di, en la medida en que lograron su propósito, pudieron hacerle ver a la paciente las emociones desagradables que surgen del hecho de ser el receptor en un grupo que recurre a la identificación proyectiva. Pude haberle aclarado que su "comida" en la sesión le causaba embarazo, y hasta cierto punto esto se hallaba implícito en las interpretaciones que le estaba dando al grupo

en su totalidad. Pero me parece justo decir que, desde un punto de vista analítico, la paciente no recibió una interpretación satisfactoria, y que sufrió una experiencia cuyo tono desagradable no era inherente a su incapacidad, sino que surgía del hecho de que el tratamiento de grupo no era un tratamiento adecuado. Sin embargo, existe otra posibilidad: aunque yo no tenía ninguna razón para suponer, y no supongo, que ella fuera algo más que un caso de psiconeurosis, la manera en que se expresaba me recordaba mucho el candor y la coherencia de la expresión inconsciente que en el psicótico contrasta tan frecuentemente con la confusión que acompaña a sus intentos de comunicación racional. Más claramente: creo que si esta paciente me hubiese hablado durante un análisis como lo hizo ante el grupo, su entonación y sus maneras no me habrían permitido dudar de que la interpretación que cabía era la apropiada ante un caso de incapacidad neurótica; en el grupo, tales maneras y entonación me parecieron indicar que su conducta podría ser explicada más adecuadamente si se la consideraba como afín a las manifestaciones del psicótico. En este sentido, diría que la paciente sentía que había un objeto único, llamado grupo, que ella había roto en pedazos (los miembros del grupo) al comerlo, y que la creencia en que esto era así robustecía los sentimientos de culpa de que las emociones surgidas de ser la receptora de identificaciones proyectivas eran efecto de su comportamiento. Estos sentimientos de culpa aumentaban su dificultad para entender la parte que las acciones de los demás tenían en sus emociones.

Hasta ahora he tratado la "falta de consideración" que el grupo demostró con respecto a la paciente que intentaba obtener tratamiento; ahora debemos considerar esto desde el punto de vista de los miembros del grupo que estaban procurando "curarse" a través de los mecanismos de escisión y proyectivos descritos por Melanie Klein (1946). Aquéllos no sólo se habían desentendido de los conflictos de la paciente, sino que, si los mecanismos se cumplían con eficacia, se habían preparado para librarse de cualquier sentimiento de responsabilidad con relación a la mujer. Lograban esto separando las partes buenas de su personalidad y localizándolas en el analista. De esta manera, el "tratamiento" que tales individuos recibían del grupo consistía en alcanzar un estado mental que podía homologarse, por una parte, con la "pérdida de las características individuales", de las que habla Freud, y, por otra, con la despersonalización que encontramos en los psicóticos. En este momento el grupo se halla en el estado que he descrito cuando el supuesto básico dependiente es dominante.

No profundizaré más en la descripción del posterior desarrollo del grupo, excepto para mencionar una peculiaridad de su comportamiento subsecuente que es muy común en todos los tipos de situaciones de grupo; las comunicaciones que se produjeron luego se manifestaron en términos de interjecciones breves, largos silencios, muestras de aburrimiento, movimientos de incomodidad. Cuando un grupo manifiesta tales signos, la situación debe ser observada con gran atención. El grupo parece capaz de soportar semejante tipo de conversación, o ninguna en absoluto, por períodos interminables. Surgen ciertas protestas, pero seguir en la monotonía parece constituir un mal menor que iniciar cualquier acción para acabar con ella. No es posible dar todas mis razones para pensar que esta fase del comportamiento del grupo era de importancia. Me conformaré con decir que ella está estrechamente ligada con la división y despersonalización que mencioné anteriormente. También creo que dicha fase se relaciona con sentimientos de depresión, tal vez de la misma manera que el mantener una posición esquizoide sirve para suprimir la posición depresiva (Klein, 1946).

Comunicación verbal

Las interpretaciones que se hacen en esta etapa son dejadas de lado. Esta indiferencia puede ser, como en psicoanálisis, más aparente que real; quizás las interpretaciones sean imperfectas y por lo tanto ineficaces, o quizás los supuestos básicos sean tan dominantes que se ignora cualquier sugerencia que no se ajuste a las limitaciones de esos estados. Pero aun considerando estas posibilidades, queda algo sin explicar. Me he visto obligado a admitir que el intercambio verbal es una función del grupo de trabajo. Cuanto más se ajuste el grupo al supuesto básico, menor será el uso racional que se haga de la comunicación verbal. Las palabras sirven de vehículo en la comunicación sonora. Melanie Klein (1930) ha subrayado la importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del individuo y, de acuerdo con mi criterio, su estudio sobre la pérdida de la capacidad para la formación de símbolos, es de gran interés para el estado que describo. El grupo de trabajo entiende la particular manera de usar los símbolos que está implícita en la comunicación; el grupo de supuesto básico no. Alguna vez he oído la sugestión de que el "lenguaje" del grupo de supuesto básico es primitivo. No creo que esta creencia sea verdadera. Creo que es rebajado más bien que primitivo. En vez de desarrollar el lenguaje como un método de pensamiento, el grupo usa un lenguaje existente, como una forma de acción. Este método de comunicación "simplificado" carece de la vitalidad del lenguaje primitivo. Su simplicidad no es más que una degeneración o una falsificación. En contraste con ello, observamos ocasiones en que un grupo, consciente de la falta de exactitud de su vocabulario, discute y llega a un acuerdo sobre los términos que se desean usar. Podemos decir que en estos casos contemplamos la evolución de un método científico "primitivo" como parte de la función del grupo de trabajo, pero aquí no existe nada de falso. El "lenguaje" propio del grupo de supuesto básico carece de la precisión y amplitud que se adquiere por medio de la capacidad para formar y usar símbolos: este elemento necesario para el desarrollo está ausente, y los estímulos que ordinariamente provocarían evolución no tienen efecto. Pero bien se podría reclamar para los métodos de comunicación que emplea el grupo el título de Lingüística Universal que Croce daba a la estética. En el nivel de los supuestos básicos, todos los grupos humanos se entienden entre sí instantáneamente, sin importar cuán diversas sean sus culturas, idiomas y tradiciones.

Como un ejercicio de aplicación de algunas de las teorías que he adelantado, pondré el ejemplo bíblico sobre la construcción de la "Torre de Babel" [1]. Dicho mito combina —en forma muy similar a como lo hacen las asociaciones de un paciente psicoanalítico— varios componentes: un lenguaje universal; el grupo empeñado en la construcción de una torre que la Deidad considera una amenaza a su posición; la confusión del lenguaje universal y la dispersión de las gentes a través de toda la superficie de la tierra. ¿Cuál es el hecho implícito en este mito? Usaré mis teorías para interpretar el mito como un relato que corporiza el desarrollo del lenguaje dentro de un grupo donde predomina el supuesto básico de dependencia. El nuevo desenvolvimiento —es útil recordar que Freud toma el desenvolvimiento del lenguaje como un ejemplo de actividad de grupo de un nivel mental elevado— exige ún desarrollo posterior del grupo; considero que esto está implícito en el simbolismo de la torre cuya construcción amenaza la supremacía de la Deidad. La idea de que la torre alcanzará el Cielo introduce el elemento de esperanza mesiánica que yo considero como propio del grupo de emparejamiento. Pero una esperanza mesiánica que se realiza viola el canon del supuesto básico de emparejamiento, y el grupo se disuelve en cismas.

Melanie Klein (1930) ha demostrado que la incapacidad para cons-

[1] Génesis XI. 19. Este relato es parte del código llamado de Jehová. En consecuencia puede ser considerado como un ejemplo de conservación ofrecido por un grupo cuyo supuesto básico dominante es el de dependencia, cuando se siente amenazado por la aparición del supuesto básico de emparejamiento.

truir símbolos es característica de ciertos individuos; yo ampliaría esta afirmación a todos los individuos en la medida en que funcionan como miembros de un grupo de supuesto básico.

Sumario

De acuerdo con mi opinión, los puntos de vista de Freud con respecto a la dinámica del grupo requieren ser completados antes que corregidos. Hay ocasiones en que la interpretación adecuada es la que señala un comportamiento del grupo que sería apropiado si se tratara de una reacción ante una situación familiar. En otras palabras, esto confirma la idea de Freud que sostiene que el grupo familiar es el fundamento básico para todos los grupos. Si no me he detenido especialmente en esto, es porque no creo que esa opinión lleve muy lejos. Dudo que cualquier intento para establecer un procedimiento terapéutico de grupo pueda lograr sus propósitos limitándose a investigar los mecanismos que tienen dicho origen. Yendo más lejos, pienso que la posición central dentro de la dinámica de grupo está ocupada por aquellos mecanismos más primitivos que Melanie Klein ha descrito como peculiares de las posiciones esquizo-paranoide y depresiva. Aunque no quisiera verme desafiado a probarlo con mi limitada experiencia, pienso que no se trata simplemente de decir que, al sostener el grupo familiar como prototipo de todos los grupos, Freud hace un esquema incompleto, sino que este esquema deja a un lado la fuente de los principales impulsos emocionales del grupo.

Por supuesto, puede que esto sea un mecanismo producido por la frustración, dentro del grupo, del deseo que experimenta el individuo de estar solo conmigo. No quiero restar importancia a este hecho, pero la verdad es que no creo que los fenómenos que he presenciado sean peculiares del grupo terapéutico. Todos los grupos estimulan y al mismo tiempo frustran a los individuos que los integran; pues dentro del grupo cada uno se siente impulsado a buscar satisfacción para sus necesidades, y al mismo tiempo se siente inhibido por los temores primitivos que el grupo origina.

En suma: cualquier grupo de individuos que se reúnan para trabajar muestran signos propios de la actividad del grupo de trabajo, es decir, funcionamiento mental dedicado a llevar adelante la tarea emprendida. La investigación muestra que en algunas ocasiones tales objetivos se ven entorpecidos, y en otras favorecidos, por impulsos emocionales de origen oscuro. Si se supone que en el plano emocional el grupo actúa como si participara de ciertos supuestos básicos en relación con aquellos objetivos, daremos una cierta cohesión a estas actividades mentales anómalas. Estos supuestos básicos, que aparecen delineados con propiedad por las formulaciones de dependencia, apareamiento y ataque-fuga, a la luz de una nueva investigación parecen desplazarse mutuamente, como respondiendo a un impulso inexplicable. Además, dichos supuestos aparentan tener cierto nexo común, o, quizás, sólo sean diferentes unos aspectos de otros. Una investigación más exhaustiva muestra que cada supueso básico contiene rasgos tan estrechamente relacionados con objetos parciales extremadamente primitivos, que tarde o temprano se libera la ansiedad psicótica ligada a esas relaciones primitivas. Dentro del psicoanálisis, Melanie Klein ha puesto de manifiesto estas ansiedades y los mecanismos que les son propios, y sus descripciones se ajustan perfectamente a lo estados emocionales que encuentren una salida en la acción del grupo, dentro de un comportamiento que adquiere coherencia si se lo considera como producto del supuesto básico. Enfocados desde el ángulo sofisticado de la actividad del grupo de trabajo, los supuestos básicos aparecen como fuente de impulsos emocionales dirigidos a objetivos muy diferentes, tanto con respecto a la tarea manifiesta del grupo, como con las tareas que corresponderían a la visión de Freud sobre el grupo basado en el núcleo familiar. Pero enfocados desde el ángulo de la ansiedad psicótica, asociada con fantasías de relaciones primitivas con objetos parciales, tal como las describe Melanie Klein y sus colaboradores, los fenómenos de supuesto básico aparentan tener las características de las reacciones defensivas ante la ansiedad psicótica, y no se contradicen totalmente con las opiniones de Freud, sino que más bien las suplementan.

En mi criterio, es necesario ahondar en las tensiones que pertenecen a las pautas familiares, y aún más en las ansiedades primitivas de las relaciones parciales objetales. En realidad, considero que en éstas se encuentran las causas últimas de todo el comportamiento del grupo.

Si se piensa que cualquier intento de establecer un procedimiento terapéutico de grupo como método de tratamiento individual, resulta valioso, sería aconsejable que el psicoanálisis hallara un nuevo nombre para designarlo. No veo niuguna justificación científica para denominar psicoanálisis el trabajo en el que estoy empeñado —ya he dado mis razones para esto (págs. 144-47). Además, debemos considerar el hecho —del que todos somos conscientes —de que "la amarga experiencia nos ha enseñado que la resistencia contra el inconsciente llega a ser tan sutil que puede distorsionar los descubrimientos analíticos, y reinterpretarlos

en apoyo de alguna defensa personal" (Jones, 1952), y en consecuencia el término psicoanálisis debe continuar aplicándose, en la medida en que podamos controlar la situación, a los principios fundamentales del psicoanálisis. Permanece abierta la cuestión de cuál es el valor terapéutico que debe acordarse al procedimiento que he tratado de describir. Pienso que todavía no se puede dar una opinión definitiva, y creo que existen posibilidades para que los psicoanalistas capacitados puedan realizar investigaciones de valor, posiblemente con grupos cuyos integrantes sean, o hayan sido, psicoanalizados.

Como descripción de dinámica de grupo, cada individuo puede decidir por sí mismo si las teorías que he esbozado ofrecen alguna explicación para los fenómenos que él, como miembro de un grupo, puede presenciar diariamente.

Bibliografía

Fortes, Meyer (1949). "Time and Social Structure: an Ashanti Case Study". En *Social Structure*. Oxford, Clarendon Press.

Freud, S. (1911). "Formulations on the two Principles of Mental Functioning". Londres, Hogarth Press, *Collected Papers*, vol. IV; *The Complete Psychology Works of Sigmund Freud*, vol. 12. [Traducción castellana: *Los dos principios del suceder psíquico*, Obras completas, Buenos Aires, 1943, t. XIV.]

Freud, S. (1913). *Totem and Taboo*, Londres, Hogarth Press, 1950. *Complete Works*, vol. 13. [Traducción castellana: *Tótem y Tabú*, Obras completas, Buenos Aires, 1943, t. VIII.]

Freud, S. (1921). *Group Psychology and the Analysis of the Ego*, 1922. Londres, Hogarth Press, *Complete Works*, vol. 18. [Traducción castellana: *Psicología de las masas y análisis del yo*, Obras completas, Buenos Aires, 1943, t. IX.]

Freud, S. (1930). *Civilization an its Discontents*, Londres y Nueva York, 1930. *Complete Works*, vol. 21. [Traducción castellana: *El malestar en la cultura*, Obras completas, Bs. Aires, 1943, t. XIX.]

Heimann, Paula (1952 a). "Certains Functions of Introjection and Projection in Early Infancy". En M. Klein y otros (eds.). *Developments in Psycho-Analysis*. Londres, Hogarth Press, 1952. [Traducción castellana: *Desarrollos en Psicoanálisis*, Bs. Aires, Hormé, 1962.]

Heimann, Paula (1952 b). "A Contribution to the Re-evaluation of the Oedipus Complex - The Early Stages". *Int. J. Psycho-Anal.*, vol. 23. Pt. 2. También en Klein y otros (eds.). *New Directions in Psycho-Analysis*; Londres, Tavistock Publications, 1955; Nueva York: Basic Books. [Edición castellana en prensa, Bs. Aires, Paidós.]

Jones, Ernest (1952). Preface to *Developments in Psycho-Analysis*, Londres, Hogarth Press. [Traducción castellana: *Desarrollos en Psicoanálisis*, Bs. Aires, Hormé, 1962.]

Klein, Melanie (1928). "Early Stages of the Oedipus Complex". En *Contributions to Psycho-Analysis*, 1921-1945. Londres, Hogarth Press, 1948. [Edición castellana en prensa, Bs. Aires, Hormé.]

Klein, Melanie (1930). "The Importance of Symbol-Formation in the Development of the Ego". *Contributions to Psycho-Analysis*, Londres, Hogarth Press, 1948. [Edición castellana en prensa, Bs. Aires, Hormé.]

Klein, Melanie (1935). "A Contribution to the Psychogenesis of Manic-Depressive States". En *Contributions to Psycho-Analysis*. Londres, Hogarth Press, 1948. [Edición castellana en prensa, Bs. Aires, Hormé.]

Klein, Melanie (1945). "The Oedipus Complex in the Light of Early Anxieties". En *Contributions to Psycho-Analysis*. Londres, Hogarth Press, 1948. [Edición castellana en prensa, Bs. Aires, Hormé.]

Klein, Melanie (1946). "Notes on Some Schizoid Mechanisms". En M. Klein y otros (eds.) *Developments in Psycho-Analysis*. Londres, Hogarth Press, 1952 [Traducción castellana: *Desarrollos en Psicoanálisis*, Bs. Aires, Hormé, 1962.]

McDougall, W. (1920). *The Group Mind*. (2ª ed.) Londres, Cambridge University Press, 1927.

Le Bon, G. (1896). *The Crowd: a Study of the Popular Mind*. Londres, Benn, 1920.

Trotter, W. (1916). *Instincts of the Herd in Peace and War*. Londres.